

ROBERT BADEN-POWELL



Roverismo hacia el éxito

Rovering to Success

1922

EDICIÓN REVISADA

Roverismo hacia el éxito

(Rovering to Success)

ROBERT BADEN-POWELL

Roverismo hacia el éxito. (Rovering to Success)

© 1922 Robert Baden-Powell

Texto original de Robert Baden-Powell, de dominio público. Traducción al castellano difundida por siemprescout.org y reproducida con permiso (traductor y edición de origen en la «Nota sobre esta edición»). Reedición digital revisada (2026): corrección ortográfica y gramatical, lenguaje actualizado al español de España, sin ilustraciones.

Primera edición: 1922

Índice

Nota sobre esta edición	7
Nota sobre el contexto histórico	9
Presentación	11
Introducción	13
Prólogo	17
Prefacio	19
1. Apuestas	45
2. Vino	97
3. Mujeres	149
4. Charlatanes y presuntuosos	199
5. Irreligión	245
Sumario	283

Nota sobre esta edición



ROVERISMO HACIA EL ÉXITO ES LA VERSIÓN EN ESPAÑOL DE *Rovering to Success*, un libro del deporte de la vida para jóvenes que Lord Baden-Powell of Gilwell, fundador del Movimiento Scout, publicó en 1922. La traducción es de Jorge Núñez Prida, y la edición de la que parte este texto la publicó la Gerencia de Publicaciones de la Asociación de Scouts de México, A.C. Esta reedición digital corrige la ortografía y la gramática, actualiza el lenguaje al español de España y conserva las ilustraciones originales, sin cambiar el contenido. Las notas que aclaraban algo se han integrado en el texto, en el lugar al que se refieren.

Nota sobre el contexto histórico



ESTE LIBRO SE ESCRIBIÓ HACE CASI UN SIGLO, EN TIEMPOS DEL Imperio británico, y refleja las ideas, el lenguaje y los valores de su época. Algunos pasajes contienen expresiones y opiniones sobre otros pueblos, razas y culturas que hoy consideramos racistas o coloniales; hablan de la caza, la guerra, la violencia o los castigos con una naturalidad que hoy no compartimos; presentan una visión de los papeles de hombres y mujeres, de la religión o de la sexualidad propia de entonces, o recogen consejos de salud y de primeros auxilios que la medicina actual desaconseja.

Esos pasajes se han conservado tal como están, sin suprimirlos ni suavizarlos, porque forman parte del documento histórico y ayudan a entender cómo nació el Escultismo y cuánto ha cambiado desde entonces. Mantenerlos no significa compartirlos. Los consejos prácticos de seguridad, salud y primeros auxilios no deben seguirse sin contrastarlos con las recomendaciones actuales.

Si este libro lo leen niños o jóvenes, conviene que lo hagan acompañados de un adulto que pueda comentar con ellos esos pasajes.

Presentación



EN *ROVERISMO HACIA EL ÉXITO*, EL FUNDADOR DEL MOVIMIENTO Scout nos deja los sentimientos más íntimos de su corazón, el recuerdo de los hechos que más le impresionaron a lo largo de su vida y los deseos más intensos que tuvo al fundar el Escultismo. En este libro se encuentran algunas de sus confidencias más personales.

Lord Baden-Powell escribió este libro para los muchachos mayores, los que por su edad se enfrentan a diario con una sociedad llena de contrastes. Nos enseña a descubrir el lado brillante y el lado oscuro de las situaciones que nos presenta la vida, y nos invita a resolver nuestros problemas a lo largo del «río de la vida» con un consejo: «Rema tu propia canoa».

Quizá a algunos les parezca muy romántico y a otros un tanto anacrónico. Por eso invito a los jóvenes de nuestro tiempo a leerlo y a ponerlo en práctica. Estoy seguro de que nunca se arrepentirán del tiempo que dediquen a su lectura, sea cual sea su edad, su cultura, su ideología o su condición social. Este libro enseña a sortear los peligros que nos salen al paso en este camino; por eso conviene que asimiles en lo más hondo cada uno de los mensajes que Baden-Powell nos deja en estas líneas y en cada una de sus anécdotas.

En él encontraréis un verdadero código moral y un verdadero ejemplo de servicio, de lealtad, de superación personal, de hermandad, de cortesía, de humildad... Ha llegado el momento de que vosotros, los jóvenes de hoy, hagáis vuestros los valores humanos que se desprenden de este libro, como una forma de vida frente a las tentaciones del mundo.

Después de disfrutar de esta grata lectura, descubriréis la idea que Baden-Powell resume en su célebre frase: dejar el mundo en mejores condiciones de como lo encontramos.

Que seáis todos felices en el viaje de la vida.

Introducción



Remad vuestra propia canoa

ESTE GRABADO ES EL ÍNDICE DEL LIBRO. ES UNA ILUSTRACIÓN DE vuestro viaje hacia el éxito y muestra algunos de los mayores escollos a los que tendréis que enfrentaros.



Remad vuestra propia canoa

Puede que os parezcan muy oscuros, pero no olvidéis que el paraje espléndido al que queréis llegar está detrás de ellos; si conseguís franquearlos, también os enseñarán su lado brillante.

Chocaréis con los escollos solo si os dejáis arrastrar hacia ellos: si navegáis con inteligencia, podréis salvarlos.

Con esto quiero explicar dos cosas que reconfortan. La primera, que por difícil que parezca un escollo, siempre tiene su lado brillante. La seg-

unda, que quien trabaja activamente por labrarse su propio éxito, en lugar de dejarse arrastrar sin hacer nada hacia la ruina, recibe una recompensa: ganaréis «carácter» a medida que salvéis cada escollo y os acerquéis al final, al tramo recto que lleva a la Felicidad.

Nota: ¿Veis aquella estrella en lo alto del firmamento? Encaminad vuestros pasos hacia ella. Tomad la estrella como guía. En otras palabras: «apuntad alto».

Prólogo



EL ESCULTISMO ES UNA FORMA DE VIDA, UN CAMINO HACIA LA realización personal, y solo hay una manera de comprenderlo: vivirlo, siendo un verdadero Rover.

En este libro, Baden-Powell nos dejó una gran base para captar el verdadero espíritu y el método del Roverismo. Hay que leerlo y también ponerlo en práctica. Así se llega a vivir el Roverismo y a ser un Rover.

Es una obra atemporal que sigue enviando su mensaje a las generaciones de jóvenes que quieren hacer algo por sí mismos, superarse y salir adelante en la vida, y que además quieren ser verdaderos líderes en su comunidad.

En él encontraremos los verdaderos valores del ser humano, los que a pesar del tiempo siguen latiendo en el corazón de los hombres: el servicio, el esfuerzo, la audacia, la iniciativa, la lealtad, la cortesía, la humildad, etc.

También encontraremos los verdaderos problemas de la sociedad: no saber administrarse bien, caer en excesos, tener un desarrollo sexual, físico, emocional y mental equivocado, no definir la propia personalidad o carecer de una escala de valores, de unos principios que nos permitan volver a unirnos con lo trascendente.

Encontraremos asimismo un lado luminoso y un lado oscuro en las distintas situaciones de la vida, los famosos pros y contras de todas nuestras acciones. Pero lo más importante es que encontraremos soluciones a los problemas: el «rema tu propia canoa», el «dirige tu vida adonde quieras», por medio de la acción, del amor y de la vida de aventura en un Clan de Rovers.

Rovers, os invito a leer *Roverismo hacia el éxito* y a captar el mensaje que nuestro Fundador nos envió entre líneas. Él enriquecerá vuestras ideas con anécdotas sacadas de su propia vida. Al leerlo, captad el mensaje, adaptadlo a vuestra vida y podréis cosechar la riqueza de la humanidad. Podréis ser hombres.

En nuestra época, el «río de la vida» quizá sea más caudaloso, más rápido y más violento, pero la solución sigue siendo la misma: «rema tu propia canoa», dirige tu propia vida hasta donde quieras llevarla.

Siempre listo para servir.

*Miguel A. Martagón Vázquez Comisionado Nacional de Rovers
(1978-1979)*

Prefacio



Cómo ser feliz, pobre o rico

ESTO OS DARÁ UNA IDEA DE QUÉ TRATA ESTE LIBRO Y DE QUÉ SE entiende por «éxito»:

- Cómo ser feliz, pobre o rico.
- Una excursión en canoa es como el viaje por la vida.
- Hay que sortear los escollos con los consejos de los viejos pilotos.
- Y llegar a la conclusión de que el verdadero éxito es la felicidad.
- Dos bases de la felicidad son: «Tomar la vida como un juego y prodigar amor».
- Los birmanos son el ejemplo de un pueblo feliz.
- La felicidad no es el mero placer. Tampoco es el resultado de la riqueza.
- Es el resultado de un trabajo activo, más que del disfrute pasivo del placer.
- El éxito depende del esfuerzo individual en el viaje por la vida y de evitar ciertos escollos peligrosos.

- La autoeducación, como continuación de lo que se ha aprendido en la escuela, es indispensable.
- Avanzar con confianza.
- ¡Remando cada uno su propia canoa!
- Lo que otros han dicho sobre este asunto.
- Cantos.
- Libros que leer.

Este prefacio explica el objeto del libro.

El viaje de la vida

Una vez me sorprendió un temporal mientras remaba en una canoa de corteza de abedul, cruzando un lago en el norte de Canadá. Fue una experiencia emocionante mientras duró, pero mereció la pena.



Habíamos viajado por ríos y arroyos, unas veces tranquilos y otras turbulentos, pero siempre entre los paisajes variados de unos bosques grandiosos. Por eso fue algo nuevo salir de la corriente a un gran lago. Habíamos empezado la travesía con un sol radiante y, de repente, nos encontramos con un cielo que se oscurecía, un vendaval que se levantaba y unas aguas embravecidas. La frágil canoa, que hasta entonces solo habíamos visto como un medio para movernos por el río, se había convertido en nuestra única esperanza de salvar la vida. Si hacía agua o chocaba contra algún obstáculo (y allí había bastantes), estábamos perdidos. El remo ya no era un simple medio para avanzar: se había convertido en una herramienta para esquivar el embate de las olas y, a la vez, hacernos avanzar. Todo dependía de cómo lo usáramos.

«En una travesía de cuatro horas por una bahía abierta, os encontraréis con miles de olas, ninguna igual a otra, y cualquiera de ellas puede llenaros la canoa de agua con suma facilidad si no la cruzáis como es debido.» Así lo escribe Stewart E. White en su delicioso libro *El bosque* (*The Forest*), y a continuación explica cómo hay que afrontar el problema. Cuando las olas azotan la proa, hay que remar por el lado de sotavento. Cuando la canoa remonta una ola, hay que dejar que la cresta le levante un poco la proa, pero en cuanto empieza a bajar por el otro lado, hay que girar enseguida el remo para recuperar el rumbo.

El efecto de esta palada para enderezar la canoa debe compensarse con un movimiento del cuerpo en sentido contrario. Después, el seno de la ola os permitirá dar dos o tres paladas y avanzar un poco. Este doble giro en cada cresta hay que hacerlo con mucha delicadeza; si no, la embarcación se llenará de agua. Con las olas de costado, hay que remar de frente, y todos los ajustes se hacen únicamente con el movimiento del cuerpo. Para que la canoa no vuelque al chocar con el ángulo de la ola, hay que inclinarse hacia un lado. El momento crítico, por supuesto, es aquel en que la

cresta pasa por debajo de la canoa. Si hay que atravesar una ola encrespada, hay que hundir bien en el agua la pala del remo para no volcar e inclinarse mucho hacia sotavento, de modo que el costado y la mitad de la quilla no reciban el golpe del agua.

«Hay que recuperar la posición correcta al instante, porque, si os quedáis inclinados un segundo más de la cuenta, os hundiréis. ¡Trabajo arriesgado!»

El autor sigue dando detalles parecidos e instrucciones sobre cómo arreglárselas con el mar en calma o con las olas de frente, de costado o de popa.

En todos los casos, todo depende de la atención concentrada, la serenidad y la rapidez. El menor descuido, y todo está perdido; pero la lucha tiene su recompensa. «Probablemente no hay nada más eficaz para despertar hasta la última de vuestras fibras físicas, mentales y nerviosas. Os llenará de euforia. Cada músculo, en tensión, responderá por instinto y con precisión al menor aviso. Sentiréis un estremecimiento de energía contenida en cuanto hayáis resuelto el problema de la última ola, y vuestra mente la olvidará para ponerlos delante, con ansia insistente, la siguiente. Es una especie de embriaguez. Veréis en cada ola a una persona, os enfrentaréis a ella como a un adversario personal y disfrutaréis aunque os golpee y os zarandee mientras la tormenta silba a sotavento. Gritaréis: “¡Ah, conque creías que ibas a poder conmigo! ¿Lo pensabas, verdad? ¿Creías que podrías?”. Y entre el rugido del viento y del agua os encogeréis como el boxeador que se cubre para parar los golpes, pero listos para dar una o dos paladas en la primera ocasión. Estaréis demasiado ocupados en salvar las olas para pensar en lo que avanzáis. No caeréis en la cuenta de que os vais acercando muy despacio a la meta hasta que estéis a unos pocos pasos de ella. Pero entonces no aflojéis el esfuerzo: las olas de los últim-

os cien metros son exactamente igual de peligrosas que las que hayáis vencido a cuatro kilómetros de la orilla.»

Sí, y así pasa en la vida.

La intención de este libro

Todo esto —el viaje tranquilo por una corriente mansa, la salida a un lago amplio, las dificultades que surgieron, la sucesión de escollos que hubo que salvar con un pilotaje cuidadoso, el triunfo sobre todos aquellos peligros, el desembarco con éxito en un lugar seguro, la hoguera de un campamento feliz y, por la noche, el sueño dichoso de un hombre cansado— es exactamente el recorrido que un hombre tiene que hacer a lo largo de su vida. Pero con frecuencia naufraga entre las dificultades o las tentaciones de un mar embravecido, sobre todo porque nadie le advirtió de los peligros que iba a encontrar ni de cómo sortearlos.

He copiado unos cuantos párrafos de los consejos prácticos de Stewart White sobre cómo remar en distintas aguas. Ahora, en las próximas páginas, quiero ofreceros consejos parecidos, sacados de mi propia experiencia, para sortear los obstáculos y las olas con los que es fácil que tropecéis al remar por los caminos de la vida.

Entre estos escollos y arrecifes están los que pueden agruparse bajo el viejo brindis «Apuestas, vino y mujeres», a los que hay que añadir los prejuicios y la charlatanería. En vuestro camino, en un momento u otro, tropezaréis con la mayoría de ellos. En los capítulos siguientes me propongo mostraros las luces y las sombras de estos escollos, y cómo, gracias al Roverismo, no solo podréis sortearlos, sino también sacarles ventaja y serviros de ellos para alcanzar el éxito.

Dar consejo

Siempre me ha parecido muy extraño que, cuando un hombre muere, se lleve a la tumba todo lo que ha aprendido en la vida, en sus travesuras de juventud o en sus éxitos, y deje a sus hijos o a sus hermanos menores la tarea de empezar a aprenderlo todo por experiencia propia. ¿Por qué no transmitirles sus conocimientos para que empiecen la vida con cierto bagaje y puedan subir enseguida en la escala de la eficacia y la sensatez?

Con esa idea me siento empujado a anotar algunas de las dificultades que me han salido al paso en la vida y a contar cuál me pareció la mejor manera de afrontarlas. No digo «cómo las afronté», porque a veces no hice lo que debía, y solo más tarde mis propios errores me enseñaron lo que tendría que haber hecho.

Así pues, este libro no es para los hombres con experiencia. Os lo advierto. Es para vosotros, los jóvenes, que debéis tener la sensatez de mirar hacia el futuro con ganas de vislumbrar adónde vais y qué tenéis que hacer en la vida. Y debo decir que vosotros, las nuevas generaciones, sois un poco más sensatos en este sentido que quienes os precedieron. No hagáis como los gansos que describe B. B. Valentine en la balada de negros «Ole Master»:

Hay quienes parecen gansos por cómo van en fila: los de delante no saben adónde van; solo siguen las huellas, porque los hijos imitan a los padres y nunca hacen nada que papá no haya hecho.

Propongo que llamemos a este libro *Roverismo hacia el éxito*. En el último capítulo veréis por qué.

Por Roverismo no entiendo vagabundear sin rumbo, sino abrirse camino por senderos con un objetivo definido y con una idea de las dificultades.

ades y los peligros que uno va a encontrar en ellos.

Contad con que os saldrán muchos escollos. He probado muchas de las amarguras, pero también muchas de las dulzuras de la vida en distintos lugares del mundo; así que no penséis que os pongo delante estas ideas sacadas de los libros. La vida sería insípida si fuera de azúcar. La sal es amarga si se toma sola, pero mezclada con los alimentos les da sabor. Las dificultades son la sal de la vida. La madre de Goethe resumía bien la vida con estas palabras: «No busco las espinas, pero recojo las pequeñas alegrías. Si la puerta es baja, me agacho. Si puedo quitar una piedra del camino, la quito. Si pesa demasiado, la rodeo».

En otras palabras, no iba dándose cabezazos en busca de dificultades: tomaba las cosas como venían y les sacaba el mejor partido. Y ese es el camino del éxito.

El único éxito verdadero es la felicidad

¿Qué es el éxito?

¿Subir a lo más alto del árbol? ¿La riqueza? ¿La posición? ¿El poder?

No, ninguna de estas cosas.

Se os ocurrirán estas y muchas otras ideas. Eso es lo que suele considerarse éxito, y además supone ganar a los demás y demostrar que uno es mejor en esto o en aquello. Dicho de otro modo, conseguir algo a costa de alguien. No creo que eso sea el éxito.

Creo que se nos puso en este mundo de maravillas y belleza con una capacidad especial para apreciarlas; en algunos casos, para disfrutar ayudando a desarrollarlas, y también para poder ayudar a nuestros semejantes en lugar de ganarles; y, con todo ello, para disfrutar de la vida, es decir, para SER FELICES.

Eso es lo que creo que es el éxito: ser feliz. Pero la felicidad no es algo pasivo, es decir, no se consigue sentándose a esperarla; eso sería muy poca cosa: solo placer.

A nosotros se nos han dado brazos, piernas, cerebro y ambiciones con los que podemos ser activos; y para alcanzar la verdadera felicidad cuenta más la actividad que la pasividad.

Dos llaves para la felicidad

El rico tiene sus limitaciones. Quizá tenga dos o tres casas con una docena de habitaciones cada una, pero solo puede ocupar una cada vez, porque no tiene más que un cuerpo.

En este sentido no está mejor que el más pobre de los pobres. Puede ver y admirar una puesta de sol, disfrutar de un día claro o de una vista hermosa, pero el pobre puede disfrutar de todo eso tanto como él. Si el pobre tiene la sensatez de hacer dos cosas en la vida, podrá disfrutarla tanto como el millonario, y probablemente más.

La primera es esta:

No tomarse las cosas demasiado en serio, sino sacar el mejor partido de lo que se tiene y ver la vida como un juego y el mundo como un patio de recreo. Shackleton dijo: «La vida es el mayor de los juegos, pero se corre el peligro de tratarla como un juego trivial... Lo principal es ganar con honradez y de forma espléndida».

La segunda es esta:

Dejad que el Amor guíe vuestros actos y vuestros pensamientos. Por Amor, con mayúscula, no me refiero a enamorarse ni a todo lo que vulgarmente se cobija bajo esa palabra. Me refiero a ese espíritu bondadoso que se hace patente cuando se presta un servicio a un semejante, cuando se es bondadoso y compasivo, cuando se muestra gratitud a los demás por

los favores recibidos. Eso es buena voluntad, y la buena voluntad es la voluntad de Dios.

Un pueblo feliz

El pueblo más feliz que conozco, como nación, es el birmano; su ingenio y su alegría son proverbiales. Su bondad con los animales es su mayor «debilidad»: ningún birmano mata un animal, ni siquiera para librarlo de un sufrimiento. No comen carne y, en general, tratan a todos los animales como si fueran domésticos. Hombres, mujeres y niños parecen disfrutar con la misma alegría de la belleza de su país, de las flores, de la luz del sol y de los bosques, y todo eso se traduce en sonrisas, canciones y risas.

Sobre todo, están libres de la avidez por el dinero, hasta el punto de que alguien podría llamarlos casi perezosos. Se conforman con reunir el dinero o la cosecha suficientes para sus necesidades y, en cuanto a lo demás, se dedican sencillamente a disfrutar de la vida. Pero su disfrute no es un disfrute inútil. Todo joven pasa por un periodo de formación como *phoongy*, es decir, como monje: por rico que sea, durante un tiempo se somete a la pobreza voluntaria, sin un céntimo. Vive con austeridad en un monasterio, dedicado a la oración y la meditación y a enseñar a los niños los principios y la ética de la religión. Aprende de la mejor manera posible a ayudar a quienes lo necesitan. Así, cuando vuelve al mundo, vuelve convertido en un hombre con sentido del servicio a los demás y con gusto por las cosas sencillas, que hacen de él un buen ciudadano. Una muestra digna de mención de estos buenos sentimientos se ve a lo largo de los caminos del país: de vez en cuando, el viajero encuentra recipientes de agua a cubierto donde puede calmar la sed, y bancos para los caminantes, contruidos por quienes tienen medios para hacerlo.

El escritor Fielding Hall, en su libro sobre los birmanos *El alma de un pueblo* (*The Soul of a People*), dice: «Tengan éxito o fracasen como individuos, la nación birmana será siempre la más grande del mundo, porque es la más feliz».

Felicidad

La felicidad está al alcance de todos, ricos o pobres.

Sin embargo, en proporción, muy pocas personas son felices.

Creo que la razón es que la mayoría no se da cuenta de la felicidad aunque la tenga al alcance de la mano.

¿Habéis leído *El pájaro azul* (*The Blue Bird*), de Maeterlinck? Es la historia de una niña llamada Mytyl y de su hermano Tyltyl, que se propusieron encontrar «el pájaro azul de la felicidad». Recorrieron todo el país buscando y rebuscando sin encontrarlo jamás, hasta que al final se dieron cuenta de que no tenían por qué haber ido tan lejos: la felicidad, el pájaro azul, estaba allí donde ellos decidieran hacer el bien a sus semejantes, en su propia casa.

Si meditáis y aplicáis el sentido profundo de esta leyenda, veréis que se reduce a ayudaros a encontrar la felicidad a vuestro alrededor, sin tener que ir a la luna a buscarla.

Hay mucha gente que ve su trabajo como una molestia y no hace más que pensar en las vacaciones, cuando podrá disfrutar. Con frecuencia, cuando llegan las vacaciones, llueve, hace frío o les entra la morriña, y aquellos días tan deseados se convierten en un auténtico fastidio.

La verdad es que no hay que aplazar la felicidad para el futuro: hay que disfrutar de la vida todo el tiempo. El hombre sensato no ahorra para un cielo vago en un futuro borroso. Se da cuenta de que puede construir su propio cielo aquí, en este mundo y ahora mismo, y de que cuanto mej-

or sea el cielo que construya aquí, mejor será el que consiga en el futuro. Y así acabará entrando en el verdadero Cielo que él mismo se haya preparado: el Cielo del descanso, de la paz y de la acción de gracias.

El placer no es la felicidad

Mucha gente cree que el «placer» es lo mismo que la «felicidad», y ahí es donde se tuerce el camino.

El placer, a menudo, no es más que una distracción. Quizá encontréis placer en ver un partido de fútbol o una obra de teatro, en leer una buena historia, en criticar a los vecinos, en comer demasiado o en emborracharos. Pero el efecto es solo pasajero: dura un instante. Y muchas veces la reacción es cualquier cosa menos placentera: ¡qué dolor de cabeza al día siguiente!

La felicidad es otra cosa: uno la lleva consigo y le llena toda la vida. Uno se da cuenta de que el cielo no es algo vago que está allá arriba, en las nubes, sino algo tangible que está aquí, en el mundo, en el propio corazón y en lo que nos rodea.

Arnold Bennett define la felicidad como «la satisfacción que se siente después de realizar un esfuerzo honrado».

Pero la felicidad es algo más que eso. Por ejemplo, como él mismo dice: «Casi cualquier matrimonio es mejor que no casarse; hay una felicidad intensa en la camaradería amorosa de la compañera y en la confianza sin límites de la compañía de los hijos».

El difunto sir Ernest Cassel, a quien casi todo el mundo señalaba como «un hombre que ha triunfado en la vida», confesó al final que había fracasado.

Había reunido grandes riquezas, poder y posición, y había tenido un éxito fuera de lo común en sus actividades comerciales, industriales y dep-

ortivas. Pero al final de su vida confesó que no tenía lo más importante: la felicidad.

Era, como él mismo dijo, «un hombre solitario».

«La mayoría de la gente —dijo— cree en la teoría de que la riqueza da la felicidad. Quizá yo, que soy rico, tenga derecho a decir que no es así. Las cosas más valiosas que uno desea conseguir son las que el dinero no puede comprar.»

Al menos hay algo reconfortante y estimulante para el pobre en esta declaración.

Así lo dice también el proverbio cingalés: «El que es feliz es rico», pero de ahí no se sigue que el que es rico sea feliz.

Los pobres ricos

Mi mujer y yo hicimos un viaje original: una excursión a pie por el borde del desierto del Sáhara, donde se une con el terreno árido y pedregoso de los montes Aurés. Llevábamos dos mulas para cargar el equipo de acampada y dos guías árabes armados que también nos servían de escolta.

Durante la excursión cruzamos la carretera que construyeron los franceses hasta la ciudad del desierto llamada Biskra, y allí, en lugar de la habitual hilera serpenteante de camellos, vimos coches alborotando la llanura.

Iban a toda velocidad hacia su destino, el gran hotel de Biskra, sin poder darse cuenta del encanto que tiene caminar buscándose uno mismo la comida (hasta en las pequeñas grietas del suelo que anuncian que debajo hay setas), cocinarla al aire libre y pasar la noche bajo las estrellas.

Al verlos, los dos exclamamos a la vez: «¡Pobres millonarios!».

Sí, los ricos se pierden muchas diversiones.

El trabajo activo trae la felicidad

Ni siquiera la felicidad del hogar es completa, porque no llega lo bastante lejos fuera de él y corre el riesgo de volverse egoísta. Y el egoísmo es la raíz del malestar.

Un scout no se conforma con ser bueno: hace el bien. Es bueno de forma activa, no pasiva.



La verdadera felicidad es como el radio, el elemento radiactivo. Es una especie de amor que crece en proporción a lo que da; por eso la felicidad está al alcance de todo el mundo, incluso de los pobres.

El reverendo canónigo Mitchell decía: «No pidáis a Dios que os haga felices; pedidle que os haga útiles, y de verdad creo que entonces la felicidad os vendrá por añadidura».

A mí la felicidad me parece en parte pasiva, pero sobre todo activa.

Pasiva por la contemplación de las bellezas de la naturaleza: la gloria de una puesta de sol, la majestad de las montañas, las maravillas de la vida animal, el olor de una hoguera de campamento. Todo eso, unido a la alegría de un hogar feliz, produce un sentimiento de gratitud hacia el Creador que solo puede satisfacerse expresándolo de forma activa: el esfuerzo por ayudar a los demás es lo que calma ese anhelo. Lo que cuenta es la actividad de hacer el bien.

«La felicidad del hogar, unida a la actividad del servicio al prójimo, da la mejor felicidad.»

A un muchacho lo llevaron ante un tribunal acusado de ser incorregible, y se excusó diciendo que la culpa era de Dios: «Si Dios no quisiera que yo fuera malo, me salvaría y me haría bueno».

Esto me recuerda a uno de los comandantes bóeres que, después de que nuestras tropas lo capturaran, lanzaba amargas inectivas contra el presidente Kruger por no haberle dado suficiente artillería.

Contaba que, cuando se la pedía, el presidente le daba una respuesta muy suya: «Si Dios quiere que ganemos la guerra, la ganaremos con artillería o sin ella».

A lo que él contestaba: «Eso está muy bien, pero Dios os ha dado un estómago con el que podéis digerir un buen pato asado, y aun así espera que lo despluméis y lo cocinéis antes de comérselo». Y en esto hay muc-

ho de verdad. Dios nos ha dado este mundo, con todo lo que contiene, para hacernos la vida agradable, pero de nosotros depende sacarle el mejor partido o, por el contrario, convertirlo todo en un enredo. Solo tenemos una vida corta, y es esencial hacer las cosas que merecen la pena, y hacerlas ya. Uno de los pasos principales es no conformarse con dedicar la vida y las ideas a los muros de piedra y cemento, a los negocios y a la política o a otras muchas cosas pasajeras inventadas por el hombre que, en realidad, no importan.

Observad también todo lo que podáis del mundo, con su variedad de bellezas y todo lo interesante que Dios os ofrece. Pronto os daréis cuenta de qué cosas merecen la pena para una vida feliz y cuáles no. Mirad a vuestro alrededor y aprended todo lo que podáis de las maravillas de la naturaleza.

En mi caso, desde hace algunos años me digo: «Dentro de tres años estaré muerto. Así que tengo que arreglar esto y aquello ahora mismo, porque después será tarde». Esta costumbre me ha llevado a darme prisa y a hacer cosas que, de otro modo, seguiría dejando para mañana.

De paso —y lo agradezco mucho—, también me ha llevado a visitar varias partes del mundo sin la espera fatal de «una ocasión mejor».

Una vez, soñando despierto, me vi llegar a la puerta del cielo después de haber terminado esta vida, y san Pedro me preguntaba con amabilidad:

—¿Qué tal? ¿Le gustó Japón?

—¿Japón? Yo vivía en Inglaterra.

—¿Y qué hizo usted todo el tiempo que pasó en aquel mundo de lugares tan bellos e interesantes, puestos allí para su instrucción? ¿Estuvo malgastando el tiempo que Dios le había dado?

Por eso decidí enseguida ir a Japón.

Sí, una de las cosas que atormentan a los hombres al final de su vida es que solo entonces ven las cosas en su verdadera proporción, y reconocen

demasiado tarde que han perdido el tiempo en cosas que no valían la pena.

Remad vuestra propia canoa

Vosotros, los jóvenes que empezáis a vivir, tenéis una tendencia: sentir os parte de una multitud y, por tanto, dejaros llevar a la deriva con ella, pensando que así os irá bien. Sois como aquella señora a la que su director espiritual reprendió advirtiéndole de que su forma de vida la llevaría al infierno, y que replicó: «Bueno, allí irán también otros, ¿qué más da?».

Pues bien, esa es una tendencia nefasta. Recordad que vosotros sois vosotros. Tenéis vuestra propia vida que vivir y, si queréis tener éxito, si queréis ser felices, sois vosotros mismos quienes tenéis que ganároslo. Nadie puede hacerlo por vosotros.



Remad vuestra propia canoa mirando hacia delante. Si os dejáis llevar por otros, de espaldas al peligro, podéis sufrir un accidente.

Cuando yo era joven había una canción popular titulada «Remad vuestra propia canoa», con este estribillo:

Nunca os sentéis a fruncir el ceño o a llorar: remad vuestra propia canoa.

Era un consejo para la vida, y un buen consejo, por cierto.

En la imagen que me hago de vosotros, estáis remando en vuestra propia canoa, no bogando en una barca de remos.

La diferencia es que en la canoa veis hacia dónde vais y la impulsáis vosotros mismos, mientras que en la barca no veis adónde vais y tenéis que fiaros del timonel; así que podéis chocar con algún obstáculo sin daros cuenta. Mucha gente atraviesa la vida de esta forma. Otros muchos prefieren navegar tranquilamente en un velero, empujados por el viento del azar o la corriente de la suerte; es más fácil que remar, pero también más funesto.

El hombre que mira hacia delante y rema activamente en su propia canoa forja su futuro.

Remad vuestra propia canoa; no dependáis de que otros remen por vosotros. Estáis al principio de un viaje lleno de aventuras que empieza en el arroyo de la niñez, sigue por el río de la adolescencia, cruza el océano de la edad adulta y os lleva al puerto al que queréis llegar.

Tropezaréis con dificultades y peligros, con bancos de arena y tormentas; pero sin aventura la vida sería insípida. Con un pilotaje cuidadoso y una alegre constancia, no hay razón para que vuestro viaje no sea un éxito completo, por pequeño que sea el riachuelo del que hayáis partido.

La autoeducación es necesaria

Recordad que, al salir de la escuela, no tenéis todavía la educación suficiente para convertirlos en hombres. Lo principal que os han enseñado es a aprender. Si queréis tener éxito, tendréis que terminar vuestra educación por vuestra cuenta. Os propongo que lo hagáis con tres objetivos principales. Preparaos para asumir responsabilidades:

- En vuestra profesión u oficio.
- Como futuros padres de familia.
- Como ciudadanos y como jefes de otros hombres.

Cuando salí de la escuela, me sentí como si estuviera en una habitación a oscuras, y la educación que había recibido fuera una cerilla encendida que solo servía para enseñarme lo oscura que estaba la habitación; pero también para enseñarme que allí había una vela que podía encender con aquella cerilla.

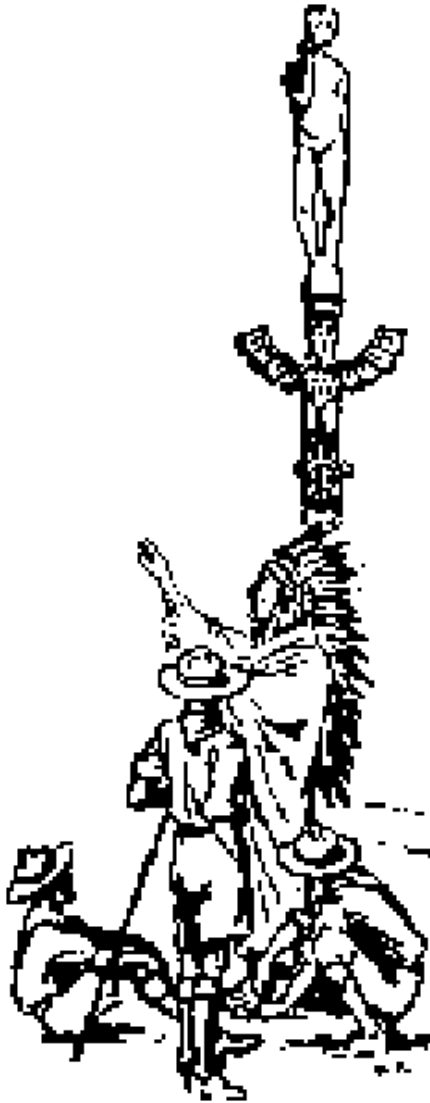
Y aquella era solo una de las muchas habitaciones que tiene este mundo. Conviene ver lo que hay en las demás, es decir, en otros ámbitos de la vida, en lugares cercanos o en otros países, y ver cómo vive allí la gente.

Puede que descubráis que, aunque vuestra habitación parezca oscura y triste, hay manera de dejar entrar en ella algo más de sol y mejores perspectivas, si queréis aprovecharlas. Y al tratar de hacer de vuestra vida un éxito, estaréis haciendo algo más grande que conseguir vuestra propia felicidad: estaréis haciendo algo por vuestra nación.

Os parecerá raro que una persona sola, que en comparación no es más grande que un insecto, pueda ayudar a la nación.

Pero, aun así, es cierto.

Dios hizo a los hombres para que fueran hombres.



Eso es lo que intentamos evitar. Habréis oído decir muchas veces que la educación que reciben los jóvenes ricos en las grandes escuelas privadas inglesas, las llamadas *public schools*, no sirve para nada. Es una buena educación, pero no tanto por lo que se aprende en las aulas como por lo que se aprende en el patio y fuera de la escuela. Allí el muchacho aprende a jugar limpio, a ser un verdadero deportista y a tratar a los demás con rectitud, y a tener un auténtico sentido del honor, porque sus compañeros se lo exigen. Allí adquiere disciplina.

Hasta que se gana el derecho a hacer oír su voz, se le obliga a no salirse de su sitio. En otras palabras, «se le forma a golpes». Pasa por un proceso de formación que, al final, le resulta beneficioso.

En la Antigüedad, los espartanos sometían a sus muchachos a un sistema riguroso de formación y resistencia antes de que pudieran considerarse hombres, y muchas tribus salvajes todavía lo hacen.

En el África Central, en las islas de los Mares del Sur y entre los aborígenes de Australia, esta costumbre sigue en pleno apogeo. Yo la he visto entre los zulúes, los suazis y los matabeles, donde la formación se hace así: cuando un muchacho llega a la edad viril, lo envían solo al bosque para que demuestre allí que ya es un hombre.

Lo pintan de blanco con una sal de bismuto que no se puede lavar y que tarda varias semanas en desaparecer.

Le dan como única arma una azagaya, una lanza pequeña, y lo sueltan solo para que se valga por sí mismo.



Tiene que rastrear, acechar y matar animales para conseguir comida y ropa; tiene que encender su propio fuego frotando dos palos hasta sacar chispas, y mantenerse escondido, porque las normas establecen que, si otro hombre lo ve mientras está pintado de blanco, puede matarlo.

Pues bien, el muchacho que sale vivo de esta prueba y vuelve a su tribu es aclamado por haber demostrado que ya no es un niño y que merece el título de hombre.

Por desgracia, el joven corriente de los países civilizados no pasa por pruebas de este tipo.

Necesitamos con urgencia una formación parecida para nuestros muchachos si queremos conservar en ellos la dignidad de la raza y que nuest-

ra nación no se convierta en un montón de personas débiles y desmadejadas que no hacen otra cosa que fumar cigarrillos.

Por eso digo que, si os preparáis para el éxito como os propongo en estas páginas, no solo os haréis un bien a vosotros mismos, sino también a vuestro país. «Serás un hombre, hijo mío», y así estarás formando a otros y dando un hombre más a la nación.

Y, lo que es más, gracias a vuestro ejemplo, que se extenderá por todas partes, otros también se harán hombres.

Avanzad con confianza

Pues bien, ya os he esbozado algunos de los «escollos» que encontraréis en vuestro camino por la vida. Pero habrá más.

Para vuestro consuelo, puedo deciros que he tropezado con muchos escollos que parecían insalvables, pero en todos los casos he visto que, a medida que se sortean, siempre tienen algún lado bueno. Una y otra vez me he encontrado con perspectivas que parecían malas y, una vez pasadas, los resultados han sido mucho mejores de lo que esperaba. Me ha ocurrido tantas veces que ahora casi recibo con alegría las malas perspectivas, seguro de que acabarán siendo mucho mejores de lo que parecen a primera vista.

Tengo sobre mi escritorio un pequeño recuerdo, una figura que me inspira. Me da ánimos cuando tengo delante una tarea desagradable o difícil. Tengo de ella un sinnúmero de dibujos, antiguos y modernos.

Uno de ellos es mejor que los demás. No porque esté mejor dibujado, que no lo está, sino porque en él san Jorge aparece con una sonrisa magnífica: está atacando al dragón, y la sonrisa demuestra que lo hace con alegría, decidido a vencer. Y así es como hay que atacar las dificultades, por desagradables que parezcan.

Cuando éramos un país rico y podíamos gastar monedas de oro, esa misma figura estaba grabada en ellas: un hombre a caballo atacando a un dragón horrible.



Cargad con vuestro equipo, como hombres.

Así que no os conforméis con defenderos y esquivar lo peor del problema; no: atacadlo con la determinación de vencer y de sacarle el mejor partido de una forma u otra. Para resumir esta introducción, no se me ocurre nada mejor que copiar un párrafo de R. Blatchford publicado en *The Clarion*:

«Digo que en la compasión por los demás y en el servicio a la humanidad encontrará el hombre la felicidad más perfecta y duradera. Pero en esa compasión y en ese servicio hay que ser justo y no egoísta. Tod-

as las desgracias, todos los crímenes, toda la opresión, todo lo que es repugnante, odioso y execrable, proviene de los actos injustos de los hombres egoístas. En cambio, todas las delicias, todas las bendiciones del arte, la poesía, la literatura, la amistad, la paz y el amor, son la aportación del servicio y del amor a sus semejantes de los sabios, los poetas, los pintores, los amigos leales, los padres cariñosos, los maridos y las esposas.»

Lo que otros han dicho

- «La mejor manera de tener éxito en este mundo es seguir los consejos que uno da a los demás» (Anónimo). (Esto parece una pulla dirigida a mí).
- Lo importante en este mundo no es saber dónde estamos, sino en qué dirección nos movemos (Holmes).
- El éxito no depende tanto de la ayuda ajena como de la confianza en uno mismo (Abraham Lincoln).
- No seáis hierba, sino cedro en vuestra generación (sir Thomas Browne).
- No somos lo que creemos ser, sino que somos lo que pensamos (Anónimo).
- El mundo está tan lleno de cosas que todos podríamos ser tan felices como reyes (R. L. Stevenson).
- El que es feliz es rico, pero de ahí no se deduce que el que es rico sea feliz (proverbio cingalés).
- Cada uno ha de cargar con su propio fardo (dicho canadiense).
- La felicidad es algo más que una sonrisa en los labios: es la gloria del corazón. Es la conciencia de que la propia maquinaria funciona en

perfecto orden para aquello para lo que fue hecha (R. Parlette).

Remad vuestra propia canoa (canción)

Es absurdo que un hombre sea parte de un rebaño y necesite que otros tiren de él. Si tiene fuerza propia, llevará a cabo su empresa él solo y remarará su propia canoa. Mirará sin miedo los obstáculos que le salgan al paso: el vino, las mujeres y las cumbres elevadas. No retrocederá ante la dificultad, sino que intentará vencerla, con la sonrisa en los labios y en su propia canoa.

Estríbillo: Ama a tu prójimo como a ti mismo mientras el mundo sigue su curso, y nunca te sientes a llorar o lamentarte: sigue remando tu propia canoa.

(Parodia)

Libros útiles que leer

- *Doce pruebas del carácter (Twelve Tests of Character)*, de H. E. Fosdick (Hodder & Stoughton).
- *Amistad y felicidad (Friendship and Happiness)*, de Arnold Bennett (Hodder & Stoughton).
- *Los placeres de la vida (The Pleasures of Life)*, de lord Avebury (Macmillan).
- *El alma de un pueblo (The Soul of a People)*, de Fielding Hall (Macmillan).
- *El bosque (The Forest)*, de Stewart E. White (Nelson).

- *La vida de B.-P. en cuadros*, de Burham y Brookes (Editorial Escultismo).

1. Apuestas



LA PARTE OSCURA DE ESTE ESCOLLO ES LA OCIOSIDAD Y LAS apuestas en las carreras, en el fútbol y en los combates de lucha.

La parte buena es el sano disfrute del verdadero deporte, de las aficiones y de ganarse la vida.

- Deportes y falsos deportes.
- Los caballos: su lado bueno y su lado malo.
- La lucha es un deporte; el boxeo por dinero es un negocio para sacar dinero. El fútbol es un gran juego para los jugadores, pero malo para los espectadores.
- El negocio del dinero está matando el verdadero deporte...
- ... con la ayuda de los anuncios de prensa.
- El daño de las apuestas.
- Jugar el juego es mejor que apostar en el juego.
- Lo que se puede hacer en su lugar:
 - No estar ocioso.
 - Aficionarse al verdadero deporte.

- Tener aficiones.
- Trabajar para vivir en vez de fiarse de la suerte.
- Escoger bien la profesión.
- Aprender a asumir responsabilidades.
- Ahorrar en las buenas épocas.
- Servir al prójimo y sacar de ese servicio toda la felicidad que se desee.
- Sentido común.
- Sonreír siempre.
- Libros útiles que leer.

Mis caballos, camaradas míos

Dick no era malo en el fondo. Era un gran amigo mío y le enseñé un montón de trucos. El primero, quedarse quieto durante horas si yo le ordenaba no moverse de un sitio. Una vez, en la frontera noroeste de la India, eso me fue muy útil. Uno de los caballos de mi escuadrón se había escapado del campamento durante la noche y había desaparecido. Aquel caballo, el A44, era uno de los mejores del regimiento y lo montaba el sargento mayor, así que todo el mundo estaba preocupado por su desaparición, sobre todo el coronel.



Salí a buscarlo montado en Dick. Había estado lloviendo y nevando toda la noche, y gracias a eso encontré pronto sus huellas, que seguí unas

Tras horas de trabajo y unos cuantos kilómetros recorridos, las huellas me condujeron a una montaña por la que era más fácil subir a pie. Así que desmonté, ordené a Dick que me esperase allí y seguí arrastrándome entre rocas y barrancos hasta que tuve mi recompensa: encontré al viejo A44 temblando de frío, sangrando por muchos cortes y muerto de miedo. Me costó un buen rato bajarlo de la montaña; pero cuando por fin llegamos al llano, allí estaba Dick esperándonos tan tranquilo, y pronto pude volver en él al campamento, llevando triunfante mi presa. El pobre A44 nunca se recuperó: jamás volvió a ser el caballo de antes y al final murió de unas fiebres malignas. Pero el coronel quedó muy contento de que Dick y yo lo hubiéramos encontrado, y más tarde aquello me vino de maravilla.

Fue así.

Dick era mi caballo «de lujo»; es decir, aunque era mío, solo se me permitía usarlo para desfiles o para dar un paseo normal por los alrededores. No podía usarlo para tirar ni para cazar.

Pues bien, un día que lo montaba cerca del campamento, vi un precioso jabalí que cruzaba mi camino. Aquello fue demasiado para mí. Ordené a mi asistente indio que me diera la lanza y me lancé con Dick tras él para intentar cazarlo, olvidándome de las órdenes.

Después de un buen galope llegamos cerca de él. Me preparé para clavarle la lanza, pero Dick se paró en seco y se encabritó. Por poco me tira de la silla. El motivo era que, entre otras cosas, yo le había enseñado que, cuando yo le hiciera una reverencia a alguien, él debía alzarse de manos y patear el aire.

Así que, cuando me agaché para herir al jabalí, Dick pensó que yo estaba saludando e hizo lo que tenía por costumbre: se encabritó.

El jabalí podía haberse escapado fácilmente mientras Dick hacía el tonto, pero era listo y se dijo: «Esta es mi oportunidad de acabar con estos dos». Y, en vez de huir, se lanzó contra nosotros.

Cuando se nos echó encima, me preparé para recibirlo con la lanza; pero, como para hacerlo tenía que agacharme, Dick volvió a hacer su gracia y no acerté a herirlo, de modo que el jabalí pudo hacerle a Dick un corte con los colmillos en las patas traseras, por suerte sin alcanzarle la barriga. Volvió a la carga por segunda vez, pero, cuando se nos echó encima de nuevo, le clavé a Dick las espuelas en los ijares con tanta fuerza que lo hice saltar en el aire en lugar de encabritarse, y, como el jabalí pasó por debajo, pude clavarle la lanza en el lomo y matarlo.

Ahora el problema era dar la cara ante el coronel y explicarle por qué estaba herido mi caballo «de lujo».

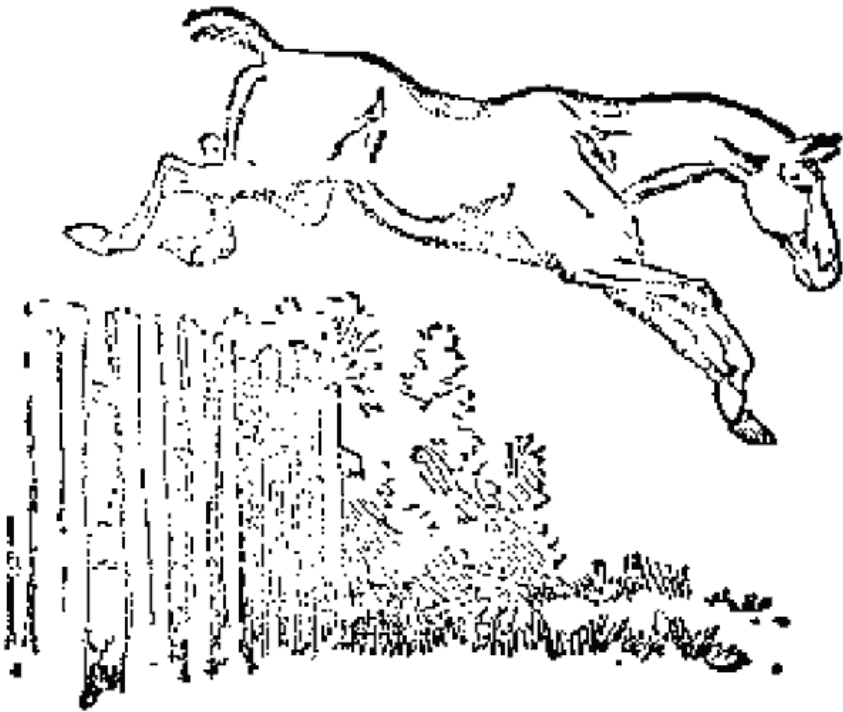
—Disculpe, señor —le dije—, un jabalí me atacó y tuve que defenderme.

—Muy bien, todo eso está muy bien —dijo el coronel—, pero ¿cómo es que llevaba usted una lanza en la mano montando su caballo de lujo? Aunque, déjeme ver, ¿no es ese el mismo caballo que le ayudó a recuperar al A44 cuando se escapó? Sí. Pues bien, joven, no use su caballo de lujo cuando vaya a cazar jabalíes.

Caballos

Me encantan los caballos. En mi habitación tengo una lista de honor con los distintos caballos que me han acompañado en diferentes momentos de mi vida.

Han sido muy buenos amigos míos, ya fuera en el campamento, en la caza, jugando al polo o en las carreras. Hierve la sangre al ver a esos animales espléndidos, los mejores de su raza, entrenados al minuto, darlo todo para ganar bajo la dirección de los maestros del arte de las carreras.



Un ejemplo: hacerlo por puro deporte.

Pero, como pasa con todo, ir a las carreras acaba aburriendo de tanto repetirlo, igual que acabaría aburriendo comer siempre buena carne asada si no tuviéramos sal a mano para sazonarla. A los asiduos de los hipódromos no les gustarían las carreras si no pusieran en ellas un poco de dinero. De hecho, a quien va a ese espectáculo sin apostar se le tiene por un excéntrico. Lo que atrae una y otra vez es la posibilidad de ganar o perder dinero, y no la simple admiración por los caballos.

En realidad, buena parte de los aficionados a las carreras ni se molestan en ir: hacen sus apuestas por teléfono, sentados cómodamente en un

sillón. Las carreras se convierten así en un juego de azar, si no en algo peor. No benefician a nadie, salvo a quienes recogen las apuestas.

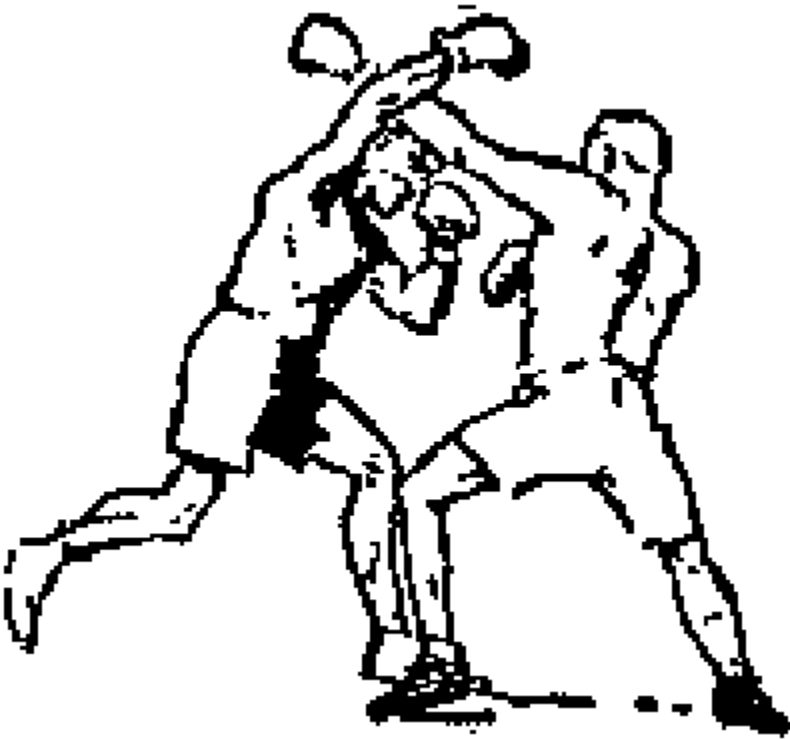
Las peleas se están convirtiendo en un negocio

A la par del llamado deporte nacional de las carreras de caballos está el boxeo.

Un buen combate de boxeo es digno de verse. Muestra a atletas perfectamente entrenados que demuestran su habilidad, su valor y su resistencia, tanto en el ataque como en la defensa, ateniéndose a reglas estrictas de juego limpio y con buen humor.

Debo confesar, sin embargo, que he disfrutado más en un torneo de boxeo entre scouts que en otro muy anunciado entre campeones celebrado en el Albert Hall.

Uno fue un verdadero esfuerzo deportivo por el deporte mismo; el otro, un proyecto para ganar dinero a gran escala. Lo del Albert Hall fue una exhibición en la que los contrincantes cobraron miles de libras por intercambiar unos cuantos golpes duros (y muchos abrazos), mientras los espectadores pagaban buenos precios por el privilegio de verlo; y el que de verdad ganó fue el empresario. El cacareado renacer del noble arte no es más que el despertar de unos cuantos aprovechados que saben sacarle dinero al público con una buena campaña de publicidad. Un ejemplo histórico es el gran combate celebrado en Estados Unidos entre Dempsey y Carpentier: miles de personas pagaron miles de dólares por una exhibición de unos pocos minutos que no ofreció nada notable en cuestión de puñetazos, pero que dejó una fortuna al organizador, una vez descontados los miles de dólares que se llevó la prensa por su campaña de anuncios.



Boxeo: un gran ejercicio que se está usando como medio para hacer dinero.

Esto no se puede ni comparar con «los viejos tiempos», cuando Tom Spring se enfrentó a Jack Langan por el cinturón de Gran Bretaña en Worcester en 1824. El combate llegó hasta el asalto setenta y siete antes de que Langan cayera noqueado.

¡Mucho de deporte y poco de negocio!

El fútbol, un juego magnífico, pero...

Durante muchos años, el fútbol, como el críquet y el boxeo, se consideró un deporte limpio; eso fue antes de que se convirtieran en juegos profesionales. Como antiguo jugador de fútbol, me encanta este juego, y creo que a vosotros también os encantará. Vosotros y yo lo vemos como uno de los mejores juegos del mundo. No hay nada como él para dar salud y fuerza, agilidad y aplomo, disciplina y buen carácter; pero, sobre todo, nos da la gran lección de jugar sin egoísmo, porque el triunfo es del equipo y no de uno mismo.

Es un juego magnífico y muy emocionante para quien lo mira; por eso ha caído en las garras de quienes sacan provecho de él.

Ahora son empresas las que gestionan los campos de fútbol: los compran, pagan a los jugadores, avivan el entusiasmo del público a través de la prensa y hacen grandes taquillas.

En vez de jugar, nuestros muchachos se ven absorbidos por la multitud y convertidos en espectadores. Y ser un simple espectador se vuelve tedioso si no se sazona con un poco de esa sal de la que ya he hablado a propósito de las carreras de caballos; así es como las apuestas se convierten en el mayor atractivo del juego.

Hoy se ven grandes multitudes haciendo cola a las puertas de los campos que no tienen mucho interés en ver el partido, sino en saber cómo va el marcador y cómo cambian las apuestas.



Y hay muchos otros que ni siquiera se molestan en acercarse al campo, sino que apuestan tranquila y cómodamente desde casa. ¡Y a eso lo llaman deporte!



No hay que conformarse con ser espectador: hay que practicar el deporte.

El afán de dinero está matando el verdadero deporte

Ahí están también los juegos de cartas. Casi nadie piensa en jugar a las cartas solo por el gusto de jugar. Tiene que ser por dinero.

Lo mismo pasa con el golf: se está convirtiendo rápidamente en otra manera de hacer dinero, y ya hay señales de que el críquet va a caer también en ese abismo.

«Las carreras profesionales de atletismo y las regatas han venido a menos porque quienes ponían el dinero vieron que no se manejaba como es debido.» La revista *Cycling* dice sobre las apuestas: «Ahora están de

moda en cualquier competición ciclista de campo, con el resultado inevitable de que el deporte se ve manchado por prácticas desacreditadas».

Así que el futuro de nuestros deportes nacionales, en general, no pinta bien.

Pero, si las apuestas dan placer a la mayoría, dejémosles que se diviertan. Quizá les den placer y distracción por un momento, pero seguro que no les darán felicidad; y, por tanto, no habrán empleado bien ni su tiempo ni su dinero. No sé por qué, pero, cuando uno se mete en asuntos de caballos, la honradez parece no valer lo mismo que en cualquier otro sitio. Así que andaos con cuidado al apostar o al comprar un caballo.

Recuerdo haber comprado un caballo a un vendedor honrado que me dijo exactamente cuáles eran sus defectos y sus cualidades, cuánto había pagado por él y cuánto me cobraba ahora de beneficio por el tiempo que había dedicado a domarlo y perfeccionarlo.

Como tenía mejor boca que cualquier otro caballo que yo hubiera conocido, aquella doma valía algo (hablo del coronel «Jabber» Chisholme, que murió dirigiendo una batalla en Elandslaagte). Tanto es así que, después de comprarlo a aquel precio y montarlo, me di cuenta de que valía mucho más de lo que había pagado y, siguiendo el ejemplo de su vendedor, también fui honrado y le mandé un cheque por la diferencia que me pareció justa.

Advertencia

Quizá alguien diga: «¿Qué más da que el deporte sea limpio o no, si uno saca de él emoción? Todo el mundo lo hace. Apostar forma parte de la naturaleza humana, ¿y va uno a cambiar esa naturaleza? ¿Para qué preocuparse?».



El verdadero y único ganador.

Sé que da satisfacción ganar, ya sea por suerte o estudiando la forma de los caballos; pero personalmente odio ver que lo que fue un verdadero deporte se haya convertido en una empresa para hacer dinero en beneficio de unos cuantos aprovechados, a costa de la juventud. A los jóvenes se les arrastra astutamente al juego haciéndoles creer que es muy deportivo, y bajo ese disfraz a muchos se les exprime hasta llevarlos a la ruina. Como alguien que ha visto de cerca estos chanchullos, solo quiero hacer una advertencia a los jóvenes: que estén atentos para que no les tomen el pelo.

A medida que uno se hace mayor, puede juzgar por sí mismo si esa clase de distracciones le conviene o si le conviene alguna otra de las muchas que se le ofrecen.

Mucha gente se ha hecho rica con el juego, ya sea como corredor de apuestas o como prestamista, pero nadie, que yo sepa, lo ha conseguido apostando, es decir, siendo el juguete de corredores y prestamistas.

Muchos de los corredores que se han retirado a vivir en la opulencia gracias a lo que ellos llaman sus «beneficios» lo lograron porque comerciaron con el hecho de que la mayoría de los hombres son unos tontos.

(Esto me recuerda una charla que di una vez sobre «Lo que toda mujer sabe»; la idea era que ellas saben que el 90 % de los hombres son tontos y que el 10 % restante lo son todavía más).

En las carreras de menor importancia pasa también que buena parte del dinero del público sencillo va a parar a manos de una camarilla de entendidos del oficio, entre ellos los *jockeys*.

¿Qué hay de malo en apostar?

Es una pregunta lógica. Pues bien, para empezar, aparte de que destruye el verdadero deporte como una enfermedad, es una tontería para el apostador, porque al final casi siempre acaba perdiendo su dinero. Muy pocos hombres, si es que hay alguno, han conseguido ganar dinero apostando a la larga. Por tanto, a menos que uno sea muy rico, jugar es peligroso.

Ver a alguien ganar montones de dinero suele entusiasmar a quien lo ve y le empuja a probar suerte. Parece un camino nuevo para hacerse rico con facilidad, pero muchas veces resulta ser el camino más rápido para arruinarse. En la mayoría de los casos crea en la persona un rasgo repugnante: la avaricia. El llamado deportista solo quiere ganar por ganar el dinero que le va a quitar a otro. A medida que la avaricia se apodera de él, la

honradez lo abandona; y hay muy poco de verdadero deporte en el sucio negocio de ir detrás del dinero ajeno.



Muchísimas personas han creído que este era el camino más fácil para hacerse ricos y se han hundido más allá de lo que podían, añadiendo otro delito: robar o desfalcar a sus jefes o a otros para intentar conseguir lo necesario para pagar sus deudas, y recurriendo al final al suicidio para escap-

ar de las consecuencias. Esta triste historia se repite una y otra vez en los periódicos, pero es una advertencia que la juventud alocada nunca escucha.

He aquí un estudio de lo que costaron las apuestas durante los doce años anteriores a la guerra, solo en Londres:

- Suicidios e intentos de suicidio: 234.
- Desfalcos y robos: 3234.
- Quiebras: 530.

Se calcula que en el Reino Unido pasaron por manos de los corredores de apuestas más de 50 millones de libras en doce meses, y que la mayor parte de esa cantidad se la quedaron los corredores.

El poder de la publicidad

La prensa tiene buena parte de culpa en que se haya extendido esta costumbre malsana.

Un periódico puede orientar la opinión pública por el buen camino o, siguiendo el gusto del público, desviarse por caminos torcidos. Por desgracia, hoy hay más gente que sigue a la prensa que hace unos años.

Los periódicos que satisfacen el gusto morboso con relatos de asesinatos, intrigas, horrores e indecencias compiten con los que dan publicidad al fútbol profesional, a las carreras, etc., de forma exagerada, como si fueran cosas más importantes para el bienestar de la nación de lo que realmente son.

Es cierto que algunas personas, como el que fue director de *The Times*, el señor Wickham Steed, han señalado que los periódicos independientes tienen que financiarse de forma independiente; sin embargo, es

una lástima que para lograrlo muchos tengan que sucumbir a las sumas que les ofrecen los promotores de combates y de estrellas de cine para que exciten al público con sus noticias, dando bombo a actores que, bien mirados, no pasan de corrientes.

Pero no hay forma de evitarlo. Las multitudes muchas veces son tontas y no piensan, o no se toman la molestia de estudiar las dos caras del asunto. Si lo hicieran, no pondrían su dinero en manos de los corredores de apuestas, de los directivos de los clubes de fútbol ni de los financieros que comercian con los combates profesionales, y buscarían el deporte — el verdadero deporte— por el deporte mismo, por la diversión y la salud que trae consigo.

Me gusta un buen argumento en una película de cine. La interpretación en algunos de esos dramas es realmente maravillosa, sobre todo la forma en que los actores transmiten las ideas con la expresión y el gesto.



Sin embargo, su arte, por bueno que sea, no llega al del actor de teatro, que además da alma y vida al personaje que interpreta, apareciendo ante el público en carne y hueso, con su voz y sus lágrimas.

Ni siquiera el cine sonoro, con sus voces metálicas y su música, ha conseguido dar vida real a las películas.

Aun así, a Mary Pickford la conocen millones de personas por su cara bonita y su encantadora manera de actuar en la pantalla, igual que a Charlie Chaplin por sus graciosas payasadas.

La llegada de cualquiera de ellos a una ciudad se prepara de antemano con párrafos cuidadosamente colocados en la prensa, y la propaganda va subiendo de intensidad día a día a medida que se acerca la hora de su llegada. Se envían por adelantado saludos a la nación de donde procede la heroína, o incluso a su marido, y se anuncian a bombo y platillo la hora y el lugar de llegada, hasta que el anuncio llega a su punto culminante cuando la multitud se agolpa en la estación para recibirla.

Esto no se hace con un actor de teatro, por bueno que sea; pero, si se le pregunta a alguien de esa multitud por qué está allí, ni uno entre mil sabría responder.

Y, sin embargo, a esa misma ciudad, por la misma estación de tren, llegan soldados y marinos que vuelven del infierno, que han luchado por nosotros y por salvar a su país; y a estos se les deja pasar prácticamente sin que nadie se fije en ellos, sin una palabra de agradecimiento.

No digo que la gente haya perdido su buen corazón y su buena voluntad, pero condeno que la publicidad de la prensa pueda llevarla con tanta facilidad adonde quiera.

El verdadero deporte

Después de leer todo esto, me considerarán un terrible enemigo del deporte. Hace algunos años se prohibieron las peleas de toros y de perros a petición de algunas personas ante el Parlamento. Más tarde, quienes se oponían a ellas confesaron que no lo hicieron tanto por la crueldad con el toro como porque les molestaba ver que otros se divirtieran con ese espectáculo.

Pues bien, se pensará que a mí me pasa algo parecido; pero no es así: yo disfrutaba con el verdadero deporte y sigo disfrutando con él como cualquiera, y quizá más que muchos.

Más que cualquier deporte, me gusta ver a la gente divertirse, y cuantas más personas se divierten, más feliz me siento.

Pero resulta que mucha gente se desvía del camino creyendo que se dedica al verdadero deporte, cuando en realidad solo se está dejando engañar por los traficantes que, en nombre del deporte, montan espectáculos para llenarse los bolsillos.

No me cabe duda de que yo mismo habría perdido mucho dinero en apuestas si lo hubiera tenido. Pero no lo tuve, ni tampoco tenía en la cabeza las matemáticas suficientes para calcular las probabilidades que habría tenido de ganar si hubiera apostado.

Sin embargo, «gato escaldado del agua fría huye». Nunca olvidaré que, de niño, hice una vez una apuesta en el colegio y perdí. Me temo que voy a delatar mi edad si digo que aposté por un caballo llamado Pax que corría en la carrera City and Suburban. Le aposté dieciocho peniques y me arruiné, pero ahí terminó mi afición a las carreras y a sus apuestas. En cambio, me encantaban las carreras de aficionados, en las que conocía tanto a los caballos como a sus jinetes, y más aún cuando corría algún cab-

allo domado y montado por mí. Eso es muy distinto de ser un simple espectador en una carrera de caballos desconocidos o de apostar desde casa, cómodamente sentado en un sillón. Lo primero es deporte activo, no una manera pasiva de gastar el dinero.

Del mismo modo, jugaba al fútbol en el equipo de mi colegio y me encantaba el juego, y todavía me gusta ver un buen partido entre aficionados; pero me parece una diversión muy distinta sentarse a ver jugar a otros hombres porque se les paga por ello, y ver y oír a una enorme multitud gritando con un frenesí histérico que sube o baja sobre todo según el peligro que corren sus apuestas.

¿Qué es el deporte? Para mí, es el juego activo de cada uno, y no limitarse a formar parte de los espectadores ni que juegue otro a cambio de una paga.

Como jugador de golf, por ejemplo, no contrataría a un *caddie* para que me llevara los palos. Quizá sea porque no puedo permitirme pagar las tarifas de hoy; quizá porque temo que mi lenguaje lo escandalice; quizá porque me dan miedo sus críticas a mis errores; o quizá porque no me gusta animar a los muchachos a hacer trabajos sin futuro. Pero mi objeción principal es que prefiero hacer las cosas por mí mismo y no que otros las hagan por mí.

Me pasa lo mismo cuando acecho un ciervo o pesco un salmón: no me gusta que un holgazán lo haga por mí. Ni siquiera dejo que otros me corten el pelo: me lo corto yo mismo, y así seguiré mientras me quede algo.

Cómo divertirse y ganar dinero honradamente

Me diréis: «Criticar a quien mira un deporte es muy fácil, pero...

¿Qué hará uno con su tiempo libre?

¿Cómo ganará dinero?

¿Cómo va a divertirse si no va a las carreras ni al fútbol?».

Bien: hacer un programa que sirva para cualquier joven, rico, pobre o de posición media, que viva en la ciudad o en el campo; que valga en invierno o en verano, a solas o en compañía, bajo techo o al aire libre, de día o de noche, es casi resolver un acertijo. ¿Seríais capaces de hacer un programa así?

Creo que no; pero aquí tenéis, en principio, una sugerencia que puede ser útil.

El gran secreto es tener por lema estas palabras: «No holgazanear».

Remar en un mar en calma no tiene interés; pero hacerlo empujado por una suave brisa, con el mar un poco agitado y teniendo que enfrentarse a las olas una tras otra, eso ya es otra cosa. Quien rema su propia canoa en la vida encuentra alegría en enfrentarse constantemente a una nueva ola de trabajo y actividad.

Deporte

Por verdadero deporte entiendo cualquier juego o actividad que le haga a uno esforzarse y que pueda practicar él mismo, y no simplemente mirar. Sé de sobra que los campos de deporte son pocos y no tienen sitio para todos los que quieren jugar; sin embargo, caben en ellos muchos miles más de los que juegan ahora; además, hay muchos terrenos de juego de otra naturaleza que hasta ahora apenas se han aprovechado. Podría proponer muchos juegos de una u otra clase, pero ninguno que valga para todo el mundo. Lo principal es que cada uno busque el deporte que mejor se ajuste a sus condiciones y a su entorno.

Pero, si eso no es posible, puedo proponer uno que, por lo menos, cumple las condiciones que acabo de señalar, y que describiré en el último

capítulo, dedicado al Roverismo.

Así pues, ante la pregunta de qué hacer con respecto al

- tiempo libre,
- dinero,
- felicidad,

mi sugerencia es dedicarse al

- verdadero deporte y las aficiones,
- una profesión adecuada y el ahorro,
- el servicio al prójimo.

Un verdadero deporte

Entre los verdaderos deportes que sirven para todos por igual y que no son caros está el montañismo.

«¿El montañismo?» Sí, este deporte puede practicarse en cualquier parte del mundo.

Pues bien, vosotros podéis practicarlo y yo os voy a enseñar cómo. Subir una montaña de 5000 metros es una hazaña gloriosa, pero no todo el tiempo estaréis en apuros; las dificultades que ponen a prueba vuestra capacidad de escalar, con manos y pies, solo se presentan de vez en cuando. Si os despeñáis, iréis a parar 500 o 1000 metros más abajo. Pero una caída parecida podéis sufrirla intentando escalar una roca igual de difícil cerca de casa, en vuestro propio barrio. Podéis sentir la misma emoción subiendo una montaña pequeña que exija el mismo valor, la misma resistencia, la misma habilidad y el mismo compañerismo para ayudaros con la cuerda.



El Everest: siempre ascendiendo, sin descanso.

Al mismo tiempo, el montañismo es una práctica peligrosa si no se cuenta con una formación cuidadosa y con un guía experimentado.

«Lo que cuenta no es la altura de la montaña, sino el tramo difícil que hay que superar.» Eso es lo que me dijo el general Bruce, jefe de la expedición al Everest, cuando hablábamos de las posibilidades de que los jóvenes escalaran en las montañas de las Islas Británicas. Lo sorprendente de este deporte es que no sea más conocido ni se practique más. Se debe sobre todo a que la mayoría de la gente no sabe que puede practicarse casi en cualquier parte del mundo.

Donde haya una montaña se puede encontrar un grupo de rocas, canteras o acantilados, y todos ellos ofrecen una práctica espléndida para un grupo de tres o cuatro montañeros que tengan una cuerda. De vez en cuando se oye que alguien ha hecho una ascensión en solitario, como en el caso de mi pequeña excursión por los Andes, que cuento más adelante, pero eso no está bien. Hacerlo una vez basta para ganar confianza en uno mismo, pero no conviene estar solo y desamparado si se sufre una caída o una torcedura. Las ascensiones deberían hacerse —deben hacerse, de hecho— en equipo, y solo así son buenas. Cada hombre tiene que manejar bien la cuerda para poder ayudar a los demás. Eso, en sí mismo, es una magnífica lección práctica.

El montañismo es la mejor manera posible de desarrollar los nervios, los músculos y la resistencia. Un buen escalador no puede ser débil. Además, es un deporte muy atractivo. Exige observación, tanto del terreno como de los recursos de los que hay que valerse.

Una vez acompañé a las tropas alpinas italianas, que estaban de maniobras en lo alto de los Alpes. A esos hombres se les da una formación perfecta en el trabajo de montaña, y se les recluta solo entre los habitantes de la zona. Descubrimos al enemigo en las grandes laderas nevadas del otro lado del valle, a unos 800 metros más abajo y a 3 o 4 kilómetros de distancia. A los oficiales se les explicó el plan general de ataque, y se repartieron a intervalos en una larga fila, donde se sentaron a observar las lader-

as y las rocas de enfrente. Las estudiaron con cuidado con sus prismáticos, buscando cada uno el lugar por donde debía subir su destacamento y tomando nota de las señales que les servirían de guía en la subida.

Elegir el camino de la ascensión y encontrarlo a medida que se sube es lo que da a este ejercicio una variedad y un interés inagotables, y lo que hace que uno sea un escalador de éxito o uno del montón, según sea mejor o peor observador.

También tiene un efecto moral: aprender a afrontar las dificultades de la vida con el mismo espíritu y la misma constancia, probando distintos caminos, rodeando los obstáculos o pasando por encima de ellos para llegar a la meta.

Por último, está el alma. Es curioso que se encuentre en una escalada, pero ahí está.

Mientras meditáis, empapaos a fondo de la maravillosa inspiración que os brinda aquel panorama.

Y así, cuando volváis de nuevo a tierra, os encontraréis distintos en cuerpo, en mente y en espíritu.

Subid en grupo, pero, cuando lleguéis a una cumbre gloriosa que domine un gran panorama, sentaos solos, aparte, y meditad; meditad siempre.



Tened una afición, sea la que sea.

Las aficiones y su valor

He comprobado que la costumbre de hacer uno mismo las cosas crece en uno y se extiende a todos los aspectos de su vida diaria. Una regla muy eficaz es esta: «Si queréis que algo se haga, hacedlo vosotros mismos». Y esa debe ser vuestra consigna.

Hasta las pequeñas tareas de la casa despiertan interés y enseñan muchísimas cosas. Después de un poco de práctica, uno ya da en el clavo con

el martillo en vez de darse en el pulgar, y pronto gana habilidad con los dedos intentando arreglar la instalación eléctrica.

Cuando la primera guerra nos privó del suministro de verduras y frutas, nos trajo la bendición de enseñar a muchos a cuidar un huerto y cultivar nuestros propios alimentos. El racionamiento ha hecho más daño a las tabernas que cualquier ley del Parlamento sobre la templanza, y al mismo tiempo ha traído más bienestar, salud y alegría que cualquier ley de sanidad o de política. Un huerto propio es una gran afición para cualquier hombre y la mejor cura de descanso que puede tener un trabajador. Para muchos es su primer contacto real con la vida al aire libre y su iniciación en el cultivo de las plantas y en la lucha contra las plagas: es un estudio de la naturaleza.

Todo muchacho tiende a intentar hacer las cosas con sus propias manos, pero muchos hombres pierden ese gusto a medida que crecen. Si lo conservan —ese gusto por una forma natural de expresarse y de satisfacer el deseo natural de crear—, se convierte en una costumbre que más de una vez ha llenado una vida vacía. Un hombre con aficiones nunca tiene tiempo que perder, nunca tiene tiempo para aburrirse y no se deja arrastrar fácilmente por otras atracciones, tan anunciadas en la prensa. Sus aficiones son una salvaguarda para él.

Las aficiones y los trabajos manuales llevan a la destreza, porque el hombre pone en ellos todo su pensamiento y toda la energía que le sobra para sacar adelante una obra, y no puede dejar de perfeccionar mucho su trabajo. Y cuando el cerebro dirige las manos, salen a relucir la imaginación y el ingenio; por eso una afición puede convertir a quien la tiene en un inventor.

Cuando uno pasea la vista por su habitación, su oficina o su taller, encuentra cientos de objetos que son fruto del invento de algún hombre.

lar algún invento que no solo le ayude económicamente, sino que sea una bendición para sus semejantes.

Además, muchas veces, practicando aficiones, un hombre da con una que, aunque no tenga nada que ver con su profesión actual, puede ser aquella para la que la naturaleza mejor lo dotó, y pronto descubre que ese nuevo camino es la verdadera carrera que debe seguir. Y si antes era una cuña redonda en un agujero cuadrado, ahora el agujero se habrá vuelto redondo y la cuña encajará a la perfección.

En cualquier caso, muy a menudo, si no casi siempre, las aficiones pueden dar dinero cuando uno lo necesita. Y, aunque yo no defiende ganar dinero por el simple hecho de tenerlo, sí reconozco plenamente la necesidad de contar con una cierta cantidad que le permita a uno ser independiente y no una carga para los demás.

En un viejo libro de caza titulado *Jorrock's* se describe a un personaje, Jogglebury Crowdey, cuya gran afición era cortar varas en matorrales y bosques para convertirlas en bastones. Yo también tengo esa afición, entre otras muchas, y, aunque no parece muy emocionante, cuando uno la practica resulta lo bastante atractiva como para hacerle recorrer kilómetro tras kilómetro buscando una buena vara, en vez de pasear aburriéndose soberanamente. Y la satisfacción de conseguir una de esas ramas, enderezarla, curarla y hacer con ella un buen bastón es realmente grande. Lo menciono solo para mostrar que hasta la más sencilla de las aficiones, una que cualquiera puede practicar, tiene su atractivo.



La afición de cortar varas en matorrales y bosques resulta lo bastante atractiva como para recorrer kilómetro tras kilómetro buscando una buena vara, enderezarla, curarla y hacer con ella un buen bastón rover.

Es más: puede ser rentable, y conozco a más de un muchacho que, tras aficionarse a esta clase de trabajo, se gana con él honradamente un buen dinero. Un hombre que descubre su afición particular puede sacar de ella muchas veces buenos beneficios; y así, en vez de intentar lo imposible, es decir, ganar dinero con las apuestas, puede seguir un camino seguro para conseguirlo que resulta igual de atractivo. Y el dinero ganado con el propio esfuerzo es mucho más dulce que el que se le ha sacado a otro.

Aparte de las aficiones que dan dinero, hay muchísimas entre las que elegir la que más se ajuste a los gustos de cada uno.

La música, la pintura, la escultura y el teatro están al alcance de quienes viven en la ciudad, y no hay por qué estar ocioso habiendo tantas galerías municipales, museos, salas de conciertos, etc.

Pero no es solo el disfrute pasivo que se encuentra en ellas lo que recomiendo; lo que cuenta es la propia expresión activa.

Por expresión personal entiendo cosas como escribir poesía, tallar madera, tocar el violín, modelar en arcilla, dibujar, etc. También es interesante coleccionar sellos, monedas, fósiles, curiosidades, insectos o cualquier otra cosa.

Quienes viven en el campo, en contacto con la naturaleza, tienen al alcance de la mano el estudio de los pájaros, las plantas o los animales. Pueden dedicarse a criar gallinas, cultivar fruta, curar jamones, criar conejos, fabricar mocasines o cualquier otra cosa que les atraiga. Hay cientos de cosas entre las que elegir, y, una vez que uno encuentra la que le atrae, seguro que le dará buen rendimiento, quizá no en dinero, pero sí en satisfacciones que le llenen la vida.

Profesión adecuada

En cuanto al dinero, la mayoría de nosotros necesitamos unos ingresos seguros que nos eviten ser una carga para los demás y nos permitan disfrutar de la vida y ayudar a que otros disfruten también de ella. Por eso, en vez de arriesgar el dinero confiando en la suerte, intentando quitárselo a otro menos afortunado, aprovechemos el tiempo en conseguir unos ingresos seguros a cambio de nuestro trabajo honrado.

Esto significa, como primer paso, prepararse para ejercer una profesión en la vida.

He dicho que no me gusta llevar *caddies* en el golf porque eso empuja a los muchachos a aceptar trabajos en los que cobran algo en el momento, pero sin oportunidades de futuro. Son trabajos que hay que dejar cuando uno se hace hombre, y entonces se encuentra con que no está preparado para ejercer ninguna profesión. Y por eso, en muchos casos, acaba convertido en un holgazán inútil.

Pero no es solo el *caddie* el que empieza mal en la vida. A muchos muchachos se les presenta la oportunidad de un trabajo bien pagado, y sus padres les insisten en que lo acepten, sin pararse a pensar en otra cosa: qué será de ellos más adelante.



Muchos de esos trabajos bien pagados no llevan a nada estable y dejan al muchacho desorientado justo en el momento más importante de su vida, cuando debería empezar a subir los primeros peldaños de una carrera que llegara a ser su sustento.

Otro error frecuente es que, aunque un joven encuentre un camino con buenas perspectivas, lo emprende solo porque parece gustarle, sin pararse a pensar si de verdad está capacitado para él; y con el tiempo él mismo, o sus jefes, descubren que no es la persona adecuada, así que tiene que dejarlo y buscar otro. Se convierte en una clavija cuadrada en un agujero redondo, y el resultado es que nunca llega a asentarse.

Lo que hay que averiguar es para qué trabajo está uno más capacitado. Si al principio se acepta otro trabajo en el que se cobra bien, hay que tener

siempre la vista puesta en lo que de verdad conviene para aprovechar la oportunidad cuando llegue. Pero, al mismo tiempo, hay que tener cuidado de no creer que la hierba del prado vecino es más verde que la del propio.

Si uno es una clavija cuadrada, tiene que echar el ojo a un agujero cuadrado e intentar conseguirlo.

Encontrad el rastro y no os separéis de él, sin preocuparos por cómo acabará la cacería. La diversión está en seguir el rastro, no en lo que se encuentra al final.

Cuando yo era joven y aún no había encontrado mi camino, seguí esta regla: aceptar lo primero que se me ofrecía y usarlo para conseguir algo mejor. Si pescáis un pececillo con una lombriz, con él podéis pescar uno más grande, y con el más grande buscar otro mayor todavía, hasta conseguir uno que merezca la pena.

He aquí el consejo que dio a su hijo un comerciante que se había hecho rico por su propio esfuerzo: «Si descubres que te da para vivir proporcionar a un semejante un abrigo de pieles que lo deje satisfecho, eso quiere decir que has triunfado en tu carrera: no solo has conseguido lo suficiente para vivir, sino que has puesto tu trabajo al servicio de los demás».

Y eso es lo que significa disfrutar de la vida.

Si queréis seguir la sugerencia de ese comerciante y aceptar cualquier trabajo pagado mientras se os presenta una oportunidad adecuada, en muchos casos no podríais hacer nada mejor que alistaros en la Real Fuerza Aérea, porque allí el servicio es de corta duración, está bien pagado y es muy interesante.

Pero es que, además, en ese trabajo hay mucho de verdaderamente educativo, y, si se toma con buen espíritu, da los últimos toques a la formación recibida en la escuela. Y, mientras tanto, se gana en carácter, en

esa clase de carácter que permite emprender una carrera cuando se presenta la oportunidad.

Asimismo, se puede conocer la vida en otros países, que es la mejor manera de ganar experiencia y hacer amigos.

Ahorro

Desde la Gran Guerra del catorce, nuestros críticos dicen que nuestra nación se está hundiendo. Yo no sé qué decir; pero veo que el director de la escuela de la City de Londres dice que los muchachos de hoy tienen más energía que los de ayer y que mejoran día a día. Eso, por lo menos, es una buena señal.

Lo cierto es que hoy hay más personas que ahorran dinero y menos que escupen en cualquier sitio. No creo que estas dos cosas tengan ninguna relación entre sí, pero son dos hechos.

En las próximas páginas sugiero que practicando el dominio de uno mismo se gana en carácter; pero también se gana otra cosa, al menos algunas veces: dinero. Si limitamos el consumo de alcohol, de tabaco y de comida innecesaria, además de otras cosas que no nos hacen falta, nos habremos ahorrado lo que cuestan, y a la larga esa suma llegará a ser algo nada despreciable.

Nunca le aconsejo a nadie que haga lo que yo no he hecho, y lo que estoy recomendando ahora lo he practicado yo.

Fui el séptimo de una familia de diez hermanos; mi padre era clérigo y murió cuando yo tenía tres años. Así que crecí en un ambiente que no podría llamarse acomodado, y, cuando entré en el ejército, tuve que vivir como pude con un sueldo muy pequeño.

Eso significaba luchar. Significaba, entre otras cosas, quedarme sin desayuno o sin almuerzo, no fumar, no beber y ganar lo que podía en las

horas que me dejaba libres el servicio militar, dibujando o escribiendo.

Pero trabajaba duro y disfrutaba con la lucha. Y al final salí adelante. Tuve mucha suerte, pero debo añadir que buena parte la conseguí con mi esfuerzo. Lo que suele llamarse suerte es en realidad la capacidad de ver la oportunidad que se le presenta a uno, lanzarse sobre ella y atraparla. Mucha gente se sienta a esperar a que la fortuna llegue y luego se queja de que nunca llega.

Lo curioso es que avancé más deprisa de lo que deseaba. Mi única ambición de verdad era no tener que pedir dinero a mi familia para mantenerme. Si además podía ayudarlos en algo, tanto mejor. Me encantaba mi trabajo, porque transcurría entre hombres y caballos. Estaba perfectamente contento.

Pero, cuando me llegaba un ascenso y me trasladaban a un puesto superior, aunque la paga fuera mejor y las oportunidades grandes, la idea no me gustaba y solo quería quedarme donde estaba. Recuerdo que una vez le pregunté a mi coronel si podía rechazar el ascenso, y él me dijo riendo que era imposible; no me quedó más remedio que ascender. Seguí subiendo, y en gran parte se lo debí a haber practicado el ahorro desde el principio.

El otro día me quedé asombrado al repasar algunos de mis primeros diarios de viajes y visitas a amigos: con qué escrupulosidad anotaba hasta el último penique de mis gastos y con qué triunfo apuntaba cualquier cantidad que me entraba. Puedo decir con toda verdad, como el que más, que es cierto el dicho: «Cuida los peniques, que las libras se cuidan solas».

Y así no solo podía atender a mis propias necesidades, sino que también podía aconsejar a otros a partir de mi propia experiencia y llevar por el mismo camino a bastantes amigos míos, incluido mi escuadrón. Como consecuencia, los beneficios de la cantina bajaron, pero subieron los sald-

os de las cuentas de ahorro. Los hombres tenían mejor salud y eran más felices. Y al dejar el servicio tenían dinero en mano para establecerse en un negocio o en la vida civil. Lo mismo os puede pasar a vosotros, que leéis esto: si no tenéis dinero, intentad ganarlo de alguna manera, pero hacedlo. Llegarán los días malos, y entonces no será justo cargar sobre los demás. Hay que pensar en esos días, que muchos olvidan para sufrir luego las consecuencias.

Si ya tenéis algo de dinero, eso no es razón para malgastarlo. Si tenéis que gastar, gastadlo en los demás y no solo en vuestra propia diversión.

Quizá seáis ricos, pero hay una cosa que no podéis hacer si sois de verdad lo que debéis ser: gastar vuestro dinero en lujos mientras a vuestro alrededor haya personas a las que les falta lo indispensable para vivir.

Fijaos: cuando hablo de ahorro, no quiero decir tacañería. Sed todo lo tacaños que queráis con vosotros mismos, ahorrad en vuestros propios gastos, pero no en lo que debéis gastar en los demás.

Por mi parte, he disfrutado de la vida tanto como mis amigos: cazando, jugando al polo, he disfrutado de la caza del jabalí con lanza y de la caza mayor; pero nunca compré animales caros para el deporte. Los compraba sin domar, sin ninguna formación, por poco dinero, y me divertía y me interesaba domándolos. Hay mucha gente que compra las cosas casi solo por lo que cuestan. Hay también personas que se compran un abrigo nuevo en cuanto aparece la más mínima mancha o la menor señal de uso en el que tienen. Otros, en cambio, cuando su ropa está gastada, hacen que se la den la vuelta y la llevan del revés, con lo que les dura el doble.



He disfrutado de la caza del jabalí...

Siempre hay manera de pasarlo bien con pocos medios y disfrutar tanto como si se tuvieran muchos; solo hay que saber poner en práctica el ingenio y el ahorro. En realidad, en ello hay algo de aventura que atrae a un buen deportista. ¡Pobres millonarios!

Aprovechad las oportunidades

Hace mucho tiempo vino a verme un hombre que había servido como soldado en mi regimiento, quejándose de que estaba en muy mala situación. Me dijo que había servido lealmente a su país durante los diez mejores años de su vida y que así era como su país, tan agradecido, lo trataba: dejándolo en la miseria. No tenía ningún oficio, pero su hermano, que vivía en Canadá, estaba dispuesto a aceptarlo como socio si se iba allí. Pero a

él le parecía injusto tener que abandonar su país después de haberlo servido, y, además, aunque quisiera, no tenía dinero para el viaje.

Le pregunté cuánto había ahorrado durante su servicio. Sonrió con ironía y dijo: «Un soldado raso no puede ahorrar mucho». Pero yo sabía por experiencia lo que muchos de mis soldados tenían ahorrado al dejar el servicio, con un buen saldo a su favor en su cuenta de ahorros, y estuve tentado de decirle: «Tenía asegurados la comida, el alojamiento, la ropa, la calefacción, la luz y el agua, todo gratis, y contaba por lo menos con un chelín y medio al día para gastar. Eso suma veintisiete libras al año. Con ello habría podido ahorrar en sus ocho años de servicio 216 libras, o por lo menos cien, descontando diversiones y cerveza, que con sus intereses habrían sumado ciento cincuenta libras en ocho años. Con eso podría haberse ido a Canadá, que no es un lugar de destierro, sino una magnífica tierra prometida». Pero aquel hombre era de los que no aprovechan las oportunidades cuando se presentan. La moraleja de esta historia es esta: «Aprovechad el buen tiempo; no esperéis a que vuelva, porque a lo mejor pronto se acumulan las nubes y estalla la tormenta».

Como dijo John Graham a su hijo: «No juegues con la cuchara antes de tomarte la medicina». Aplazar una cosa fácil la vuelve difícil, y aplazar una difícil la vuelve imposible...

Dick siempre lo estaba aplazando todo. La última vez que supe de él tenía noventa y tres años y estaba a punto de morir. Eso fue hace diez años, y apostaría a que todavía vive.

Lo importante es ahorrar desde el principio, sobre todo cuando sois jóvenes

El señor Pound escribe lo siguiente sobre los muchachos que trabajan: antes, un trabajador iba cobrando un jornal cada vez mayor hasta pasados

los treinta años. Ahora, un joven de dieciocho años consigue una buena paga y llega a la cumbre a los veinticinco, y su rendimiento cae rápidamente entre los treinta y cinco y los cuarenta y cinco. Estos muchachos ganan más a los veinte años de lo que ganaban sus padres a esa edad, pero mucho menos que ellos a los sesenta.

¿Por qué ahorrar? Pues porque quizá algún día tengáis la oportunidad de mejorar marchándoos al extranjero o reuniendo un pequeño capital para estableceros en un negocio; pero, sobre todo, porque es seguro que un día os casaréis y tendréis que pensar en vuestra casa y en vuestra esposa, y en algo todavía más importante que muchos olvidan: los hijos.

Es verdaderamente egoísta con ellos traerlos al mundo si no hay con qué mantenerlos.

Cómo ahorrar

La forma más sencilla es abrir una cuenta de ahorro en un banco o en Correos. Cualquier empleado del banco o de Correos os informará y os dará una libreta de ahorros en la que se irán anotando los depósitos que hagáis; ese dinero produce intereses, que van creciendo poco a poco.

Otra forma de ahorrar es comprar bonos del Estado.

Otra es reunirse un grupo y formar una asociación de ahorro, ingresando el dinero en común en una cuenta de ahorros, con lo que empieza a producir intereses desde el primer momento.

A medida que crezcan vuestros ahorros, podréis invertirlos en acciones, que os darán más intereses, aunque también con más riesgo.

Invertir dinero exige cierta preparación, así que conviene que pidáis consejo a alguien con experiencia. Pero en el ahorro nacional, en las cajas de ahorros y en el ahorro postal, el dinero está asegurado, y el interés también.

El carácter en la profesión

Una vez escribí una carta de recomendación para que alguien consiguiera un buen puesto, e incluí en ella una pequeña lista de sus cualidades. Al releerla, pensé que, si quien me la había pedido me hubiera dado una lista de las cualidades que debía tener el candidato, coincidirían más o menos con las que yo había escrito. Y es que eran las cualidades que vosotros desearíais encontrar en un hombre. Lo importante ahora es saber si vosotros las tenéis. Si no, daos prisa en conseguirlas, y tendréis asegurado un empleo en el campo para el que os consideréis más aptos. Esto es lo que decía de mi recomendado:

«Es capaz y activo, digno de confianza en todos los sentidos y con iniciativa. Un jefe con tacto y con una risa sana. Esto último, por lo menos, ya vale el sueldo, porque la saca en los momentos que parecen más difíciles y la contagia a todos los que le rodean».

Pues bien, ahí tenéis carácter de sobra para llevar al éxito a cualquiera que sea despierto y disfrute con su trabajo. «Digno de confianza» quiere decir sobrio, puntual y veraz; alguien a quien se le pueden confiar dinero y secretos, que difícilmente cometerá tonterías o errores, que es leal tanto a sus jefes como a sus subordinados y que hace su trabajo igual si lo vigilan que si no. «De iniciativa» quiere decir que encontrará la manera de cumplir con su deber, sean cuales sean las dificultades que se le presenten. «Un jefe con tacto» quiere decir que es cortés y humano, que sabe guiar yendo delante y no empujando por detrás. Y el hecho de que se ría y se tome las cosas con alegría hace que los demás sigan su ejemplo, lo cual tiene un valor incalculable.

Responsabilidad

Un día, en aquella época en que yo todavía era uno más de tantos jóvenes tontos y despreocupados, mi coronel me llamó de repente y me dijo que iba a nombrarme su ayudante en el mando del regimiento.

¿Ayudante? Me quedé aterrado.

Del ayudante dependía en gran parte el bienestar y el buen funcionamiento del regimiento. Era un trabajo magnífico, pero ¿y si fracasaba?

No me atrevía a asumirlo.

Pero el coronel me dijo, sin más, que confiaba en mí.

En pocos minutos me convertí en otro hombre. Ya no era aquel muchacho al que nada le importaba y que no tenía más meta que divertirse: ahora sobre mí pesaba una gran responsabilidad. Tenía por delante una tarea seria y una visión amplia de todo lo que podía hacer por el bien de mis hombres y por el buen nombre de mi regimiento. Me entregué al trabajo en cuerpo y alma y nunca volví la vista atrás. Aquella entrevista con el coronel, por corta que fuera, fue en realidad el punto de partida de mi carrera.



Y a partir de aquella lección de responsabilidad pude subir, uno tras otro, todos los escalones de responsabilidades cada vez mayores.

Si queréis llegar a algo en vuestra carrera, tenéis que asumir responsabilidades.



Para ser capaz de asumir una responsabilidad hacen falta confianza en uno mismo, conocimiento del trabajo que se va a hacer y práctica en ejercer responsabilidades.

En la Armada Real se da gran importancia a esto y se ejercita a los jóvenes en ello. A un simple marinero se le encarga el manejo de un bote con su tripulación, y se le alaba o se le reprende según cómo lo haga.

Lo mismo sucede en el Escultismo. El Guía de Patrulla es el responsable del rendimiento y del comportamiento de sus seis scouts, y lo mismo

ocurre con los rovers y su Guía Rover (véase el capítulo final).

Cuando os hayáis acostumbrado a asumir responsabilidades, practicando desde el principio, desde niños, os habréis hecho hombres. Esto fortalece el carácter y os prepara para ocupar puestos más altos en vuestra profesión.

Además, aumenta vuestra influencia para el bien sobre vuestros semejantes.

Imhlala-panzi

He aquí un consejo útil de alguien que lo ha puesto en práctica con éxito. Viene del mariscal Foch, uno de los más grandes generales franceses de la guerra del catorce. Dice así: «Cuando tengáis un trabajo que hacer, estudiadlo con cuidado:

1. Comprobad que entendéis exactamente qué tenéis que hacer y qué vais a conseguir.
2. Después, trazad vuestros planes para llevarlo a cabo.
3. Aseguraos de que hay razones suficientes para esos planes.
4. Haced que su ejecución se ajuste a los medios de que disponéis.
5. Sobre todo, tened la decisión, la voluntad firme y la determinación indispensables para llevarlos a buen término».

El mariscal tiene razón. En mi pequeño terreno, siempre he tenido la manía de hacer planes para todo, incluso para las cosas sin importancia, y después dedicarme a llevarlos a cabo.

De ahí viene el apodo que me pusieron los zulúes: «Imhlala-panzi», que literalmente significa «el hombre que se tumba en el suelo para disparar». Pero lo que quiere decir es «el que se asegura de dar en el blanco y

apunta con la mayor precisión posible antes de disparar». Ese es el único camino seguro hacia el éxito. Haced de «Imhlala-panzi» vuestro lema.



Tumbado, en silencio y con cuidado, hay que apuntar a una empresa difícil. (La sombra en el agua es la cabeza de un hipopótamo).

A veces habrá que arriesgarse para triunfar, y entonces no hay que echarse atrás, sino avanzar con los ojos bien abiertos.

A propósito de esto, una vez estaba yo con un compañero reconociendo las posiciones enemigas en el país de los matabeles. Durante la noche habíamos logrado atravesar sus líneas avanzadas, y a la mañana siguiente nos encontramos detrás de ellas.

Mientras avanzábamos sigilosamente estudiándolas, nos topamos con un león precioso. La ocasión era demasiado tentadora. Los dos frenamos los caballos y, sin pensar más en el enemigo, disparamos sobre el león y lo derribamos.

Pero un instante después ya estaba otra vez en pie, de un humor terrible y soltando, por así decirlo, unas palabrotas indescriptibles. El disparo le había paralizado los cuartos traseros, así que no podía huir al galope y se limitaba a dar vueltas sobre sí mismo, husmeando y mirando en todas direcciones para dar con nosotros.

No queríamos disparar más de lo necesario, por miedo a atraer al enemigo y también por miedo a estropear la piel. Así que me metí en el cauce seco del río para acercarme todo lo posible y rematarlo, mientras mi amigo se quedaba en la orilla apuntando al león con su rifle por si se decidía a atacarme.

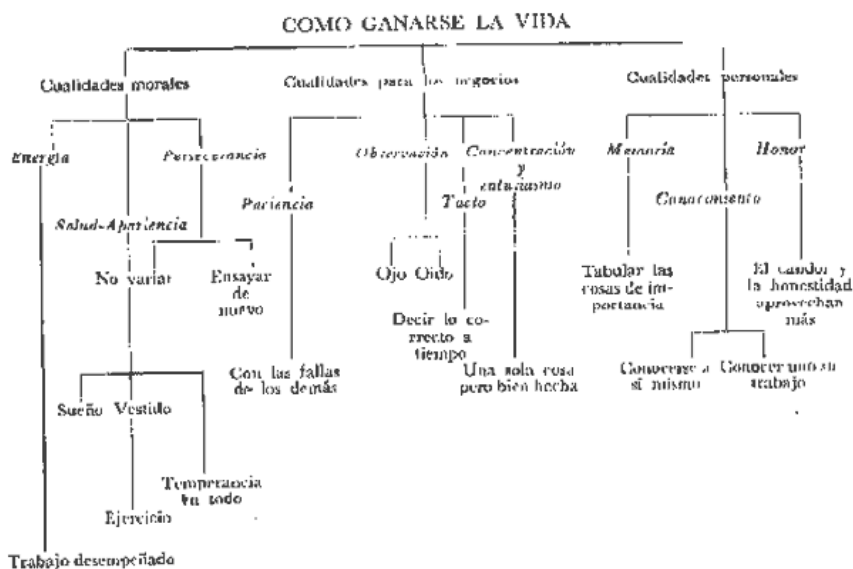
En cuanto el león me vio, se abalanzó sobre mí con las fauces abiertas, los labios recogidos y los ojos cerrados de rabia. Le metí un tiro por la boca y acabé con él.

Hecho esto, y con el consiguiente peligro de que nos descubrieran, abrimos bien los ojos. Nos pusimos a desollarlo (si no se tienen guantes, el cuchillo destroza enseguida las manos, sobre todo cuando se va con prisa y la pieza es grande). Mientras uno desollaba, el otro vigilaba en todas direcciones, con la sensación constante de que alguien nos observaba.

Menos mal que lo hicimos así: justo cuando terminamos de desollarlo, el enemigo nos descubrió, y apenas tuvimos tiempo de hacer un fardo con la piel, montar a caballo y ponernos fuera de su alcance.

Cómo prepararse para una profesión

Hubo un esquema pensado para un joven que iba a empezar a formarse para una profesión. Los puntos principales que debía proponerse como metas eran los que figuraban en el apartado «Cómo ganarse la vida». Se me pidió que lo criticara, y lo que hice fue preparar otro esquema que le sirviera de segunda parte.



Cómo ganarse la vida

Entre las cualidades del esquema, varias forman parte de lo que llamamos carácter; y es el carácter, tanto como la eficacia y la habilidad, lo que ayuda a triunfar en la profesión. Pero yo llamaría la atención especialmente sobre la energía, por un lado, y la paciencia, por otro.

La energía se debe en parte a una buena salud física, pero sobre todo a un interés auténtico por el trabajo. Algunas personas perezosas nunca consiguen interesarse por su trabajo, porque lo encuentran muy limitado y siempre igual.



Aseguraos de que la empresa que tenéis entre manos es de las que podéis sacar adelante gracias a vuestra preparación previa.

La segunda parte de mi esquema decía así:

Cómo vivir la felicidad

- Por medio de grandes ideales:
 - el estudio de la naturaleza, sus maravillas y sus bellezas;
 - la obra de Dios Creador.
- Por medio del servicio:

- el sacrificio personal en favor del prójimo;
- el desarrollo del amor divino que hay en cada uno.

A esas personas les vendría mejor mirar a su alrededor y ver qué lugar ocupan en el conjunto; si miraran lejos y se dieran cuenta del valor que su trabajo podría tener al final para ellas en la vida práctica, fuera de las paredes de la oficina o del taller... Los mejores trabajadores, como los hombres más felices, ven su trabajo como una especie de juego que resulta más agradable cuanto más entusiasmo ponen en él. H. G. Wells escribía con motivo de la Conferencia de Washington: «He observado que los llamados grandes hombres no son en el fondo más que muchachos, por las ganas con que disfrutan de su trabajo. Trabajan porque les gusta, y así el trabajo se convierte para ellos en un juego. El niño no es solo el futuro padre del hombre: es un hombre que no desaparece nunca».

Ralph Parlette decía con razón: «Jugar es hacer las cosas con amor. Trabajar es tener que hacerlas».

Ser indispensable cuenta mucho. Una vez me preguntaron por qué admiraba tanto a mi criado indio. La razón era muy sencilla: siempre ponía a su señor en primer lugar y a sí mismo después, si es que alguna vez se ocupaba de sí mismo. Siempre estaba en su puesto, listo para cualquier tarea, callado y muy resistente. Era un tesoro. Aunque en aquel país una persona así no era nada excepcional, quizá sí lo sería en otros sitios.

Sin saberlo, se había hecho indispensable. Y yo os digo esto: si os hacéis indispensables para vuestros jefes, no se desharán de vosotros a la ligera, cueste lo que cueste.

Otro punto de la lista es hacer el trabajo con rapidez.

Quizá entre dentro de la energía, pero mejora mucho con la práctica. Si sois rápidos en el juego y en vuestras cosas personales, hasta el punto de

que se convierta en un hábito, también lo seréis en el trabajo, y eso contará a vuestro favor.

Para practicar, probadlo al vestiros cada día. No perdáis el tiempo, tened cada cosa en su sitio y a mano, cronometraos y tratad de batir vuestro propio récord. Hay otros puntos de la lista que merecen especial atención y que normalmente reciben muy poca: el aplomo y la alegría. Y hay otra cosa que debéis considerar imprescindible para vuestra carrera: la esperanza. No penséis que, porque empezáis muy abajo, os será imposible subir. Muchos de los grandes hombres de hoy empezaron en el último peldaño de la escala.

Pero, como ya he dicho, tendréis que subir por vuestro propio esfuerzo. No os quedéis en el barro porque otros ya estén en él. Buscad las piedras que os puedan ayudar a salir y usadlas. Poned el pie en el escalón más bajo y empezad a subir.

He visto a muchas personas que empezaron muy arriba en la vida, con todo lo necesario para triunfar, y que más tarde se hundieron por falta de paciencia. En cuanto las cosas se les torcían, abandonaban lo que tenían entre manos para probar algo nuevo. Y cuando se coge la costumbre de dejar una cosa para probar otra, cuesta mucho quitársela, y la vida entera se convierte en una sucesión de fracasos y de nuevos intentos.

En cuanto a la segunda parte del esquema, la cuestión de cómo vivir —es decir, cómo disfrutar de la vida con verdadera felicidad y no con simple placer— es tan importante como la de cómo ganarse la vida. Y las dos partes en que la he dividido, tener altos ideales y servir al prójimo, son casi igual de importantes. Pero creo que el servicio al prójimo es la más importante de las dos, porque incluye también un ideal elevado y es el escalón principal para alcanzar la felicidad.

Por eso volveré a tratarlo con más detalle en otro capítulo.

Sentido común

- Cuando la codicia se instala, la honradez desaparece.
- Más vale pájaro en mano que ciento volando.
- Más vale un peso en la mano que dos en un billete de lotería.
- Si no os adaptáis a vuestra profesión, no paréis hasta conseguirlo.
- Un asunto, como una prenda de ropa, tiene siempre dos caras, y hay que ver las dos antes de formarse una opinión.
- ¿Cómo convertir el trabajo en placer? El placer consiste en amar el trabajo. No puede haber placer en un trabajo que se hace a disgusto (R. Parlette).
- Hay que vivir de tal manera que, cuando uno muera, todo el mundo lo lamente, hasta el dueño de la funeraria (Mark Twain).
- La felicidad consiste en adaptarse a los propios medios (Artemus Ward).
- La mayor parte del vicio viene de huir del sudor (Dr. W. J. Dawson).
- Respeto de sí mismo, conocimiento de sí mismo, dominio de sí mismo: he ahí las tres fuerzas que conducen a una vida de poder soberano (Tennyson).

Sonreír siempre

Quien es capaz de dominarse hasta sonreír en sus mayores dificultades ha alcanzado la sabiduría de la vida.

Libros útiles que leer

- *Los hechos del juego* (*The Facts of Gambling*), G. M. Hooge (Hutchinson).
- *El dinero* (*Money*), H. Withers (Benn's Library).
- *Primeros pasos en la escalada* (*First Steps to Climbing*), G. D. Abrahams (Mills & Boon).
- *El arte de la montaña* (*Mountain Craft*), G. W. Young (Methuen).
- *Normas de campamento* (Editorial Escultismo).
- *Introducción a las aves de América* (Editorial Escultismo).
- *Campamentos organizados* (Editorial Escultismo).
- *Manual del Guía de Patrulla* (Editorial Escultismo).
- *Escalada*, E. Mallafré (Editorial Juventud).

2. Vino



EL LADO SOMBRÍO DE ESTE ESCOLLO ES LA TENTACIÓN DE ACABAR con la propia felicidad por darse el gusto.

El lado luminoso es que, al vencer el propio deseo, se fortalece el carácter y la vida gana una alegría más elevada.

Complacencia

- La copa entre comidas es un lujo peligroso.
- La tentación de seguirle la corriente a un amigo es el primer paso hacia la bebida.
- El bebedor solitario acaba siendo un despilfarrador.
- Los borrachos son un peligro para el Estado.
- La prohibición no es necesaria en un país cuyos hombres tienen carácter.
- La fuerza del ejemplo.
- Fumar demasiado es un peligro para la salud, como lo son otras formas de complacencia, por ejemplo:
 - comer demasiado;
 - dormir demasiado;

- trabajar demasiado.
- La salud física trae consigo el dominio de sí mismo y una vida larga.
- Decir palabrotas es señal de carácter débil.

Dominio de sí mismo

- La fuerza de carácter es el antídoto de la complacencia.
- El ejemplo del general Nogi.
- El dominio de sí mismo es el mayor rasgo de carácter.
- Los hábitos y los pensamientos se pueden dominar.
- La lealtad hacia uno mismo es tan importante en la formación del carácter como la lealtad hacia los demás.
- El respeto de sí mismo trae consigo el respeto hacia los demás.
- La vergüenza convierte al hombre en un paria.
- La autosugestión puede curar la tentación de la complacencia.
- Cómo Tommy Tomkins desafió a la muerte.
- Lo que otros han dicho sobre el asunto.
- Sacudíos la tentación.

El coronel Yervers jamás intentó dejar el vino ni ninguna otra clase de alcohol. Una vez que no pudo conseguir licor se bebió un líquido para limpiar muebles. El médico le preguntó:

—¿Quiere usted decir que no pudo conseguir agua?

A lo que el coronel replicó:

—Mi querido señor, usted nunca ha tenido sed de verdad; si no, sabría que no es momento de pensar en lavarse.

El tercer vaso

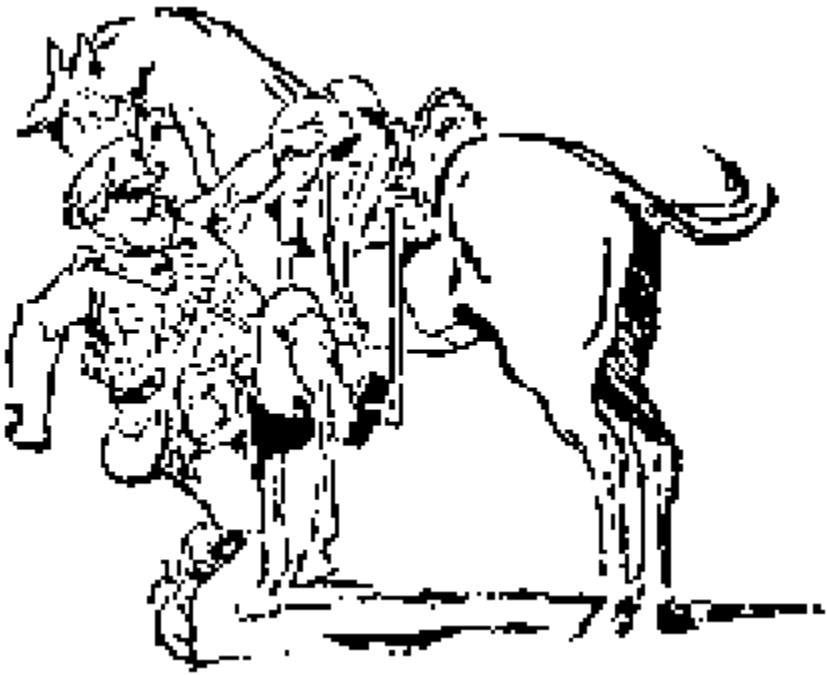
¿Vino? Me gusta un vaso de buen vino por su sabor, por su color y porque refresca. Igual que me gusta un vaso de cerveza o de sidra. Pero, por una razón u otra, el segundo vaso no me atrae tanto como el primero: ya no sabe igual, porque le falta la novedad y el primer apetito ya está calmado.

En cuanto al tercer vaso, el hombre sensato sabe que en él hay «veneno»: los azúcares y otras sustancias químicas que contienen los licores no le sientan bien a nadie. Me imagino, por ejemplo, que muy poca gente sabe que beber demasiada cerveza produce callos y que el oporto favorece la gota.

Es el tercer vaso, si no el segundo, el que le deja a uno en baja forma para correr o para cualquier otro ejercicio, así que un joven debe tenerlo en cuenta.

En mi regimiento partíamos de la base de que los oficiales y suboficiales debían guiar a sus hombres más con el ejemplo que con las órdenes. Y, desde ese punto de vista, me di cuenta de que uno o dos de mis sargentos estaban demasiado anchos de cintura para montar y desmontar del caballo con la rapidez necesaria para enseñar a sus hombres.

Por eso avisé de que, en tres meses, cualquier oficial o suboficial cuyo perímetro le impidiera moverse con la agilidad que exigía su puesto sería relevado, de modo que en ese plazo tendría que perder parte de su grasa sobrante.



Pero mi crítica era también constructiva, porque sugerí que podían conseguirlo con más ejercicio diario y menos cerveza negra.

Los resultados fueron sorprendentes y del todo satisfactorios. Era el tercer vaso el que hacía el daño. Pero el tercer vaso hace algo peor: lleva al cuarto, al quinto y al «sssssexto», y entonces empiezan los problemas, la borrachera, el tener que agarrarse a las farolas y el preguntar: «¿Es esto el día de Navidad o es la calle Piccadilly?».

La copa entre comidas

Conocí a un ingeniero estupendo, muy capaz, un verdadero genio en su profesión. Hoy sería famoso si no hubiera sido, como él mismo decía, el hombre de los «veinte minutos»: nunca dejaba pasar ni más ni menos de veinte minutos entre copa y copa.

Esto me recuerda a un viejo almirante americano, muy querido para mí y compañero de mi juventud, que cuando le ofrecía algo de beber me contestaba: «No, señor; yo nunca bebo entre comidas».

Y esto me lleva a la cuestión de que precisamente la copa entre comidas es la que hace el daño. Si solo se bebiera en las comidas, creo que no habría borracheras y habría más salud.

Volviendo a mi regimiento (os advierto que antes de acabar este libro estaréis hartos de «mí y de mi regimiento»), pero solo quiero ofreceros hechos vividos que os sirvan de guía para navegar entre estos «escollos», así que tendréis que perdonarme), permití a mis hombres, en contra del reglamento, tomar cerveza con el almuerzo y con la cena caliente, que era una institución en el regimiento.

Como consecuencia, lo que se bebía en la cantina disminuyó tanto que en una ocasión tuve que regalarle un par de guantes blancos al cantinero, porque en todo el día no había entrado ni un solo hombre.

La camaradería es el primer paso de la tentación

Un hombre bienintencionado trataba de hacer ver su error a un borracho para convertirlo en un hombre mejor, pero el bebedor lo interrumpió de pronto:

—Habláis como si nunca os hubierais emborrachado. Entonces, ¿qué sabéis vosotros de esto? No me sermoneéis: id a emborracharos y aprended algo de esta tentación y de la alegría que da. Y luego predicad.

Pues bien, algo de tentación sí que hay, sobre todo si uno se deja llevar por lo que hacen los demás. Calculo que la mitad de los hombres aficionados a la bebida llegaron a ella, en primer lugar, por la camaradería, por eso que se supone que es buena amistad con los demás. Un joven, al salir al mundo, siente que tiene que hacer lo que hacen los otros para demostrar que es uno de ellos, «uno más de la pandilla».

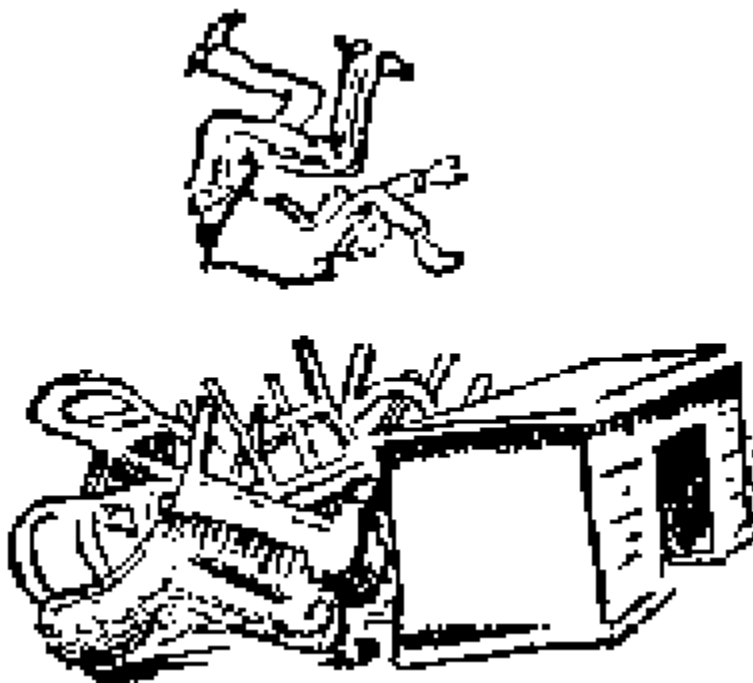
Nueve de cada diez muchachos empiezan a fumar solo por esa razón: porque creen que así son muy hombres. Si un muchacho se criara, por ejemplo, en un rancho donde los hombres fueran abstemios, pero donde pudiera conseguir tabaco y whisky si quisiera, no creo que se le ocurriera por iniciativa propia probarlos. Las dos cosas son muy desagradables para el principiante, y uno se aficiona a ellas en gran parte «porque los demás lo hacen».

Cuando uno está con unos amigos en un bar, es muy difícil no aceptar un trago y luego no invitar a otro para corresponder; y eso lleva al sexto vaso, a las risotadas y a la pelea.

Bien sabe Dios que no tengo nada en contra del buen humor, de la alegría ni de armar un buen alboroto de vez en cuando. Es natural en los jóvenes, incluso sin ayuda del alcohol. Más de una vez lo he disfrutado yo mismo, haciendo el tonto hasta el punto de que ahora me daría vergüenza si no reconociera que eso forma parte de la naturaleza de la juventud.

Pensad que yo llegué a jugar a «los saltimbanquis musulmanes». ¿Lo conocéis? Consiste en amontonar todos los muebles de una habitación formando una pirámide, con las patas de las sillas hacia arriba, y poner una mesa sólida delante. Cada jugador, por turno, corre hacia la mesa, da sobre ella un salto mortal y cae sobre la pirámide gritando: «¡Soy un salt-

imbanqui musulmán!». Por mi vida que ahora no veo dónde está la gracia de semejante juego, pero entonces sí que se la encontrábamos. Eso demuestra qué clase de tonto es un joven. Sin embargo, la diversión de hacer de saltimbanqui musulmán es algo completamente distinto de la falsa euforia que produce la bebida, así que esta no es necesaria para que un joven se divierta. De hecho, puede divertirse igual de ruidosamente, o más, y de verdad, sin ella.



Un saltimbanqui musulmán.

El bebedor solitario es un despilfarrador

Además de la camaradería, hay otra tentación de la bebida, individual y más fuerte: tratar de olvidar las penas morales o materiales «ahogándolas en una copa».

La mala suerte en los negocios, el abatimiento que causan la enfermedad o el desengaño, un hogar desgraciado, un ambiente triste: todo esto empuja al hombre a buscar refugio calentándose la garganta y adormeciéndose el cerebro. Pero no es buen negocio. El borracho dirá: «Predicar está muy bien, pero ¿qué va a hacer uno? Al fin y al cabo, es una manera fácil de conseguir un momento de olvido, o por lo menos de aturdirse. ¿Por qué no hacerlo?».

Pues porque eso lleva al desgraciado que lo intenta a la ruina moral y espiritual. Con la bebida se pierden el control de la voluntad y la energía, que son los dos pilares del carácter.



Cuando un hombre coge el hábito de la bebida o, peor aún, el de las drogas, ha perdido su oportunidad de ser feliz en este mundo. Con la salud arruinada y menos capacidad para trabajar, cede a otras tentaciones que acechan a quienes tienen el carácter debilitado; y entonces cae en la miseria y en el delito, porque en esas condiciones es imposible dominarse. Se hunde cada vez más, su vida es cada vez más ruinoso y se convierte en un inútil y en un desecho de la sociedad, hasta que la muerte viene por fin a sacarlo del mundo de los vivos.

El peligro para el Estado

El hombre con la cabeza bien puesta y con carácter no se deja llevar por lo que hacen los demás y sabe dónde parar. Son los tontos los que forman la

masa y se dejan arrastrar por los demás o por sus pasiones; no tienen valor para «hacer frente a sus penas».

Donde hay un grupo de individuos así —y no hay taberna de los barrios bajos donde no lo haya—, su ejemplo se extiende y se convierte en una enfermedad del rebaño. Arruina la salud, reduce la capacidad de trabajo, agria el carácter de una parte de la población y así disminuye la felicidad general y la prosperidad de todos. Hace desgraciados los hogares de los que esos hombres son responsables; destruye en cada uno el respeto de sí mismo, su hombría, su capacidad de pensar; en una palabra, su carácter.

Y todo esto supone un peligro para el Estado.

Una comunidad con cierto número de estos individuos débiles, tontos e irreflexivos es presa fácil de los proyectos descabellados de los agitadores, que pueden llevar a semejante rebaño de la oreja.

Para formar una nación fuerte y respetada hace falta que sus hombres sean hombres de carácter.

La prohibición es innecesaria para los hombres de carácter

En algunos países el Estado reconoce este peligro y decreta la prohibición del alcohol.

Teniendo en cuenta la enorme cantidad de dinero, de tiempo y de salud que se desperdicia, y los bienes que se pierden por la bebida, son pocas las personas que se oponen a que se quite de en medio la tentación, aunque no siempre todos estén de acuerdo en cómo hacerlo.

En los países musulmanes es la religión, que tiene autoridad sobre la masa del pueblo, la que prohíbe la bebida. En otros países la prohíbe la ley. Pero lo malo es que eso empuja a mucha gente a burlar la ley.

La prohibición acabaría con este vicio, porque las nuevas generaciones no tendrían la tentación; pero, en cambio, haría un daño, ya que burlar la ley en un aspecto casi seguro anima a burlarla también en otros.

Sin embargo, lo peor de la prohibición es que ofende el sentido de libertad y de hombría de todo el pueblo, que prefiere reformarse desde dentro y no ser obligado por los reformadores, por muy bienintencionados que sean.

Cuando sir Robert Stout dijo hace poco que el licor era un lujo del que podíamos prescindir perfectamente, la señorita Gaunt le contestó: «Sí, supongo que podríamos, igual que los bolcheviques consideran el camión un lujo innecesario».

La reforma llegará, y creo que de hecho ya ha llegado a muchos lugares, con resultados mucho mejores gracias al respeto de sí mismo y a la fuerza de carácter de la gente.

A nadie le gusta que lo traten como a un niño. Pero cuando la gente se da cuenta de lo feo que es beber y de lo mucho que perjudica a su trabajo o a su deporte favorito, y piensa que en la vida hay formas de diversión mucho mejores, no es tan tonta como para emborracharse.

Si uno echa la vista atrás en su propia vida, ve la diferencia entre el presente y el pasado.

Cuando me alisté en el ejército, era de lo más normal que los soldados, e incluso los oficiales, se emborracharan los días de fiesta, y nadie pensaba mal de ellos. Hoy, si un oficial de un regimiento como es debido se pasa con la bebida, se le advertirá que no lo haga, y si reincide, pronto lo darán de baja.

Ahora se puede ver a un regimiento embarcar para el extranjero con todos sus hombres presentes, todos en su sano juicio y tan bien arreglados como para un desfile; mientras que años atrás muchos no se presentaban,

y de los que lo hacían, a la mitad había que ayudarlos a embarcar, si no llevarlos a cuestras.

Los sábados por la noche, en las ciudades industriales, era normal ver las calles llenas de borrachos, mientras que ahora la gente pasea feliz y apenas se ve alguno. La gente ha fortalecido su carácter, los barrios han mejorado y todo ello está dando buen resultado, aunque todavía queda muchísimo por hacer.

Espero que la generación actual de jóvenes sea mejor. Las guerras han contribuido a abrir los ojos a los jóvenes y les han hecho ver la vida con más seriedad. Los hombres de hoy quieren ser más hombres, más capaces en sus deportes, en su trabajo o en el servicio a la comunidad, y se dan cuenta de que para triunfar tienen que alejarse de la bebida, que les hace perder tiempo, dinero y salud.

Aceptar el reto ya es dar un paso, pero solo es una ayuda para los caracteres débiles. Los fuertes mirarán el problema de frente y resistirán la tentación que se les presente, afirmando su libertad contra la tiranía del vicio.

La prohibición es innecesaria en un pueblo de hombres de carácter. Las generaciones futuras se encargarán de su propia regeneración.

La fuerza del ejemplo

Respeto mucho la opinión de un crítico sencillo y honrado, y he comprobado que los salvajes de África y de las islas del Pacífico son críticos sencillos y honrados, y muy buenos para juzgar el carácter.

Entre esa gente he oído siempre el mismo veredicto: «Si un hombre blanco inglés dice que pagará lo que nos compra, seguro que paga; pero no pasa lo mismo con todos los hombres blancos».

Esa es nuestra reputación, y por eso mismo estamos obligados a conservarla.

Pero me temo que ni siquiera «el hombre blanco inglés» ha sido siempre un ejemplo, y eso es lo que dificulta el trabajo de nuestros misioneros.

Recuerdo que la anciana reina madre de los suazis nos contó hace algunos años cómo habían llegado los misioneros y les habían explicado a ella y a su pueblo las bendiciones del cristianismo, y cómo, bajo su benéfica influencia, los hombres eran honrados y rectos en sus tratos, sobrios, veraces y caritativos con sus semejantes.

Por eso su pueblo recibió con los brazos abiertos a los comerciantes y colonos blancos: les regalaron tierras y les ayudaron a construir sus casas.

Pero más tarde descubrieron que, en vez de mostrarse agradecidos y ayudar a todos, solo se ayudaban entre ellos. Se llevaban el ganado de los nativos prometiendo pagarlo, y luego solo les daban golpes y unos cuantos peniques. Importaban whisky en grandes cantidades para bebérselo ellos, y ginebra para que se la bebieran los nativos.

La anciana reina nos contó que sus guerreros le habían pedido permiso para matar a aquellos destructores traicioneros de su nación, y que ella se sentía inclinada a concedérselo. Había perdido la fe en una religión que predicaba una cosa y practicaba la contraria.

Era imposible no darle la razón. Pero se pasó de la raya cuando, al despedirnos, nos pidió que le confirmáramos otra vez si estábamos de acuerdo con ella; y cuando le aseguramos con firmeza que sí, nos pidió que, como prueba, le regaláramos una caja de botellas de ginebra. Así de fuerte es el ejemplo.



La fuerza del ejemplo. La reina de los suazis: «Los misioneros predicán la sobriedad, pero los hombres blancos practican la borrachera. Nosotros apoyamos a los misioneros, pero ¿no podríais regalarme al menos una caja de ginebra?».

Tabaco

He insistido bastante en la bebida porque ha demostrado ser causa de muchos delitos, enfermedades y miserias. Por eso es un gran peligro tanto para el individuo como para el Estado y, ya que vamos en busca de la felicidad y del éxito, es un escollo que hay que evitar a toda costa.

Hay otras formas de complacencia con uno mismo de las que los jóvenes deben guardarse, porque también son un obstáculo para la felicidad.

Fumar es un peligro para el muchacho. Me asombra la cantidad de cartas que he recibido de muchachos y de sus padres agradeciéndome las advertencias que he hecho de vez en cuando sobre el veneno y los demás males que el tabaco reserva a los muchachos.

Más abajo os copio una de las últimas cartas que he recibido sobre el tema.

Alguien me preguntó por qué se les prohíbe fumar a los scouts. Le respondí que «no existe tal prohibición, pero todo scout sabe que un muchacho que fuma es un tonto, y en nuestro Movimiento sabemos que “ningún scout es un tonto”».

¿Y por qué tiene que ser un tonto el muchacho que fuma? Ya di las razones en un capítulo de *Escultismo para muchachos*. Una de ellas es esta:

«Cuando un muchacho fuma antes de haber terminado de crecer, es casi seguro que se debilitará el corazón, y el corazón es el órgano más importante del cuerpo. El corazón bombea la sangre por las arterias a todo el cuerpo y así forma la carne, los huesos y los músculos. Si el corazón no cumple su función, el muchacho no puede estar sano y fuerte».



«Ningún muchacho empieza a fumar porque le guste; de hecho, al principio le da asco. Lo hace por parecer un hombre, y lo único que consigue es que lo tomen por un burro».

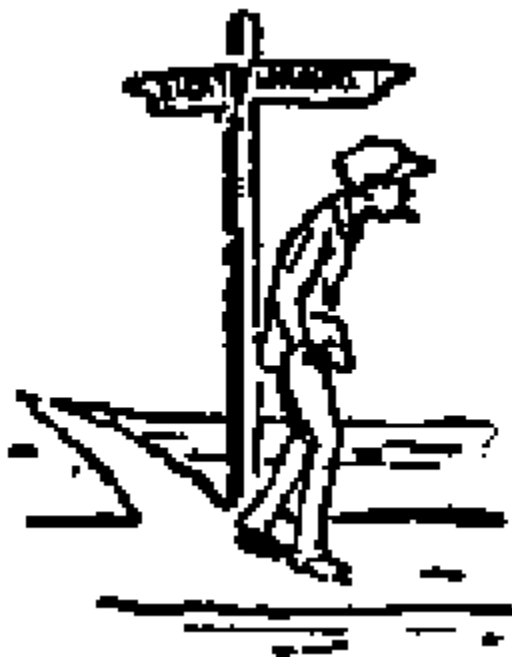
He recibido una carta de una persona que ha estudiado la cuestión desde el punto de vista de los trabajadores, y en ella dice lo siguiente: «Más de la mitad del descontento actual, de la pereza y de la falta de homb-

ría de nuestros trabajadores jóvenes se debe al exceso de tabaco, sobre todo de cigarrillos.

»Si pudiéramos convencerlos de que no fumaran ni bebieran hasta ser mayores de edad, conseguiríamos una buena mejora de la raza. Puedo demostrar que casi todos los jóvenes que fuman andan a disgusto, son perezosos y no pueden concentrarse en el trabajo; les faltan interés y ambición, son nerviosos y no tienen ánimo.

»Este es uno de los males que padece hoy el país y una de las causas del paro entre los trabajadores jóvenes.

»Lo digo para que los jóvenes vean que, por su propio bien, no deben fumar».



Pero hay otra razón más para no fumar, que vale también para los mayores y que muchos olvidan: fumar afecta a los demás.

Cuando vayáis a encender la pipa (no hablo de los cigarrillos, que son cosa de mujeres y de niños) en un tren, en una habitación o en un sitio parecido, aseguraos antes de que no vais a molestar a los que tenéis al lado.

Muchos hombres, y la mayoría de las señoras, no soportan el humo del tabaco, y menos aún el olor que se les queda en la ropa después de haber estado entre fumadores. Naturalmente, les da reparo protestar y tienen que aguantar en silencio la molestia. Un hombre con algo de caballerosidad guardará la pipa para un momento más oportuno.



El maleducado y su puro perfumando el vagón.

Me parece que los cigarrillos los fuma el vulgo, los impacientes y los inconstantes; la pipa, en cambio, es más personal: la fuma el hombre

uilo, que medita con toda calma mientras fuma.

Si fumáis cigarrillos porque son baratos, recordad que, para ser baratos, tienen que estar hechos con material corriente.

Esto es lo que ha dicho un estanquero sobre el asunto: «De cada seis centavos que se pagan por diez cigarrillos, dos y medio se los lleva el gobierno en impuestos, uno y medio el vendedor, y los centavos restantes van al fabricante, que con eso tiene que pagar el tabaco, el picado, la elaboración, el empaquetado, el transporte, la publicidad, los gastos de venta, etc., y todavía sacar beneficio».

Yo fumaba bastante en pipa, pero dio la casualidad de que conocí a unos guardas de la frontera americanos que habían servido como exploradores en la guerra contra los indios pieles rojas.

Ninguno de ellos fumaba, y se reían de mí con lástima, como si fuera un pie tierno, mientras que yo me consideraba un hombre hecho y derecho. Entonces me explicaron que el tabaco acabaría jugándome una mala pasada con la vista y el olfato, y el olfato es valiosísimo para un explorador que trabaja de noche. Así que decidí allí mismo dejar de fumar, y no he vuelto a hacerlo nunca más, con lo que sin duda he ganado en salud y en dinero.

Comer demasiado

Cuando estuve sitiado en Mafeking, todos teníamos que vivir con raciones muy escasas, y era interesante ver cómo afectaba eso a los distintos miembros de la guarnición. Y les afectaba de maneras muy diferentes. Algunos se quedaron casi igual, otros adelgazaron a ojos vista, y creo que uno o dos engordaron. Pero el resultado se vio al cabo de los siete meses, cuando pedí voluntarios para hacer una salida contra el enemigo. Pregunté quiénes se sentían capaces de marchar ocho kilómetros y, aunque todos

querían participar, pronto nos dimos cuenta de que solo una pequeña parte podía aguantar una prueba tan sencilla. Y estaba claro que los más capaces de hacer aquel trabajo eran los que toda su vida habían sido moderados en la comida, la bebida y el tabaco.

Los mismos resultados se vieron durante una expedición en la que participé en la costa occidental de África, a través de los pantanos y los bosques de Ashanti, una región que se conoce popularmente como «la tumba del hombre blanco». Los hombres que en su vida normal se habían dado la buena vida caían como moscas, mientras que los moderados en la comida y activos fueron los que sobrevivieron. De paso, en aquella expedición se descubrió que la carne no es un alimento imprescindible en la dieta del hombre. Durante mucho tiempo viví exclusivamente de plátanos y, aunque estábamos enterrados en lo más espeso de la selva, donde casi nunca veíamos el sol y el aire olía como un huerto de coliflores por la vegetación que se pudría en el pantano, nunca en mi vida he estado en mejor forma, y podía caminar 30 kilómetros al día con el corazón contento y el estómago ligero.

Dormir demasiado

Dormir demasiado es otra complacencia en la que la gente rara vez repara. Pero los japoneses sostienen que cada hora de sueño que pasa de lo necesario para descansar y reponer la energía del cerebro y de los músculos es perjudicial y hace engordar. Así que, si un hombre nota que está echando barriga, debe quitarle una hora diaria al sueño; y, al contrario, si está demasiado delgado, debe dormir una o dos horas más durante unas semanas, hasta alcanzar un peso adecuado. Si queréis descansar el cuerpo, leed un buen libro. Si queréis descansar el cerebro, jugad al fútbol o id de pesca.

Lenguaje grosero

Otra forma corriente de complacencia, porque eso es lo que es, consiste en usar un lenguaje grosero. Demuestra falta de dominio de uno mismo y, aunque en el momento alivia (lo he comprobado yo mismo), no deja de ser una debilidad que crece con facilidad cuanto más se le da rienda suelta. A uno no le hace ningún bien y, usado contra otros, hace daño: hiere a quien recibe la ofensa y a menudo rebaja la dignidad de quien lo usa. Pett Ridge sugiere que soltar palabrotas es un alivio demasiado valioso para desperdiciarlo y que hay que guardarlo para los momentos de crisis. Napoleón dijo una vez, refiriéndose al general Lannes, uno de sus jefes más prometedores: «El condenado de Lannes tiene todas las cualidades que hacen falta para ser un gran soldado, pero nunca lo será, porque se deja llevar por su mal genio al reprender a sus oficiales, y eso me parece uno de los mayores defectos que puede tener un general».



El soldado malhablado.

El general Marbot, gran amigo de Lannes y ayudante de campo de Napoleón, le contó en privado lo que este había dicho de él. Lannes, que deseaba de verdad ser un buen general, se propuso desde aquel día dominar su genio y su lengua, y llegó a ser mariscal de Francia.

¿Cuántos Lannes de los negocios se habrán quedado sin ascender por culpa de este defecto? Un malhablado nunca podrá aspirar a guiar a otros hombres, por mucho que lo intente.

Trabajar demasiado

Trabajar demasiado es otra complacencia en la que caen algunas personas.

He dicho algunas, no todas.

El editor de la versión inglesa de este libro, el difunto Herbert Jenkins, era una de ellas. Mientras escribo esto, tengo delante una nota suya en la que me dice que está trabajando trece horas diarias y que no puede salir de Londres ni una noche. Lo conocía desde hacía años y sabía que siempre hacía lo mismo: trabajó siempre trece horas al día. Murió joven, sobre todo por haberse excedido en el trabajo.

Hace poco me hizo bastante gracia enterarme de que un periódico había abierto una encuesta sobre quiénes eran los tres hombres más ocupados del país, y de que habían mencionado mi nombre junto con los del señor Lloyd George y el príncipe de Gales.

No merezco ese elogio más que mi sombrero (de hecho, lo merezco menos que él, porque, con los precios de la posguerra, mi sombrero sí que ha trabajado de más).

Es verdad que estoy escribiendo esto a las cinco y cuarto de una mañana de invierno muy fría, pero es que toda mi vida me he levantado temprano, y no la habría disfrutado ni la mitad si no lo hubiera hecho.

Pensad que, si añadís solo una hora más a cada día, habréis ganado 365 horas al año, es decir, tres semanas más de vida que la mayoría de vuestros vecinos.

Personalmente, calculo que vivo trece meses en vez de doce cada año. Algunas personas colocan el tiempo extra al final del día, cuando el cuerpo y el cerebro están cansados. No hay nada como las primeras horas de la mañana para que el trabajo cunda.

El hombre que se enorgullece de su trabajo disfruta más de la vida.

Una vez hablé con un joven ingeniero al que encontré trabajando durante una huelga. Le pregunté por qué estaba allí y me contestó con un orgullo perdonable: «Mire ese trabajo. ¿No es algo grande? No podía dejarlo a medias».

Siguió en él por el cariño que le tenía. Hay mucha diferencia entre trabajar por amor al trabajo y hacerlo por otro motivo.

El único peligro está en convertirse en esclavo del trabajo y no concederse el descanso o el recreo necesarios.

Por descanso no quiero decir ociosidad, sino cambio de ocupación. Los cambios de ocupación que yo practico son de lo más variados. Una vez, por ejemplo, consistió en meterme en un arroyo cenagoso para arrancar las hierbas. A mí el trabajo me interesaba, pero más le interesaba a un desocupado que, sentado en el pretil del puente, fumaba su pipa y disfrutaba viéndome trabajar.

¿Os habéis fijado en el interés con que la gente se agolpa en cualquier calle concurrida de Londres para ver a los obreros que bachean el pavimento con algo parecido a chocolate caliente? Pues así estaba aquel hombre.



Trabajo sucio, ¿verdad, compañero?

Al final la curiosidad pudo más que el gusto de mirar, y murmuró:

—Parece un trabajo sucio.

Le di la razón. No podía ser de otra manera, porque estaba cubierto de barro de pies a cabeza.

—¿Cuánto le pagan por eso, compañero?
—Ni un céntimo —le contesté.
—¡Dios me libre! ¡Que me aspen si yo lo hiciera!
Y no lo dudé ni un momento.

La salud ayuda al dominio de sí mismo

Una vez tuve a mis órdenes a unos soldados que, por determinadas circunstancias, tuvieron que prescindir de una parte de su equipo habitual: las cantimploras.

Suena cruel, y los soldados así lo vieron al principio. No cambiaron de opinión hasta comprobar que se habían librado del peso de la cantimplora y de su continuo golpeteo contra la cadera, y que podían marchar el triple que cualquier otra tropa.

Y, lo que es mejor, ninguno enfermó de disentería o de fiebre tifoidea, como les ocurría a otros. La razón es que, cuando los soldados llevan cantimplora, normalmente se la beben entera en la primera hora de marcha. Después de atiborrarse así, tienen todavía más sed y la rellenan en el primer arroyo o charco que encuentran, donde cogen enfermedades.

Cualquier líquido, y sobre todo el alcohol, tomado entre comidas perjudica la buena forma de un soldado. Nadie que se esté entrenando como corredor o boxeador puede estar en forma si bebe alcohol, salvo en pequeñas cantidades con las comidas, y aun así tampoco le hará mucho bien.

Una de las señales de estar «en forma» es no tener sed. Uno se pone en forma para jugar al fútbol o para cualquier otro deporte, porque si no, no podría practicarlo; pero parece olvidar esa regla cuando se trata del trabajo, del que dependen su sueldo y su ascenso. Si se mantuviera siempre

en buena forma física, haría mejor su trabajo y disfrutaría el doble de su descanso.

Si se cuida de no beber entre comidas, vivirá cien años.

El tío Juan Shell

«El año pasado, el tío Juan Shell volvió a su casa y se encontró con que su mujer había muerto. Los parientes de ella la habían enterrado y habían decidido que su hijo, de siete años, se fuera a vivir con ellos. El tío Juan protestó enérgicamente, pero se lo llevaron. Al ver esto, el tío Juan fue a su casa, cogió su rifle de chispa, que él mismo había fabricado hacía más de cien años, montó en su mula y salió en persecución de los raptos. Alcanzó a su suegro en el camino y, a punta de rifle, le obligó a devolverle al niño.

»¡El tío Juan tenía ciento treinta y dos años y todavía le sobraban fuerzas para pelear!«.

Sí, no es un error. Según la reseña auténtica publicada en el *Landmark* en 1920, el viejo Juan Shell nació en Knoxville el 3 de septiembre de 1788 y todavía vivía y estaba fuerte. El hijo que aparecía en la reseña tenía siete años, pero el mayor tenía más de noventa, y entre uno y otro había tenido veintisiete hijos. El mayor de ellos era agricultor y daba esta receta para vivir mucho:

«Trabajar duro, pero no demasiado. Trabajar demasiado es tan malo como trabajar muy poco. Tomar cada día la comida y el sueño que necesite el cuerpo, y además un poco de diversión».

Pero él nunca había bebido nada más fuerte que agua.

Diversiones

Una pequeña forma de «diversión» que a veces me permito, después de un largo día en la oficina o en reuniones, es irme —por favor, no se lo digáis a nadie— al cine o a un teatro de variedades.

Ya sé que la gente respetable dirá que eso es degradante. Pero ¿qué quieren? No lo puedo evitar. Nadie es perfecto.

He recomendado un cambio activo de ocupación como la mejor diversión, y no tengo excusa cuando de vez en cuando me permito un poco de diversión pasiva y dejo que otros me entretengan.

Cuando voy al cine, caigo en una somnolencia muy reparadora a la que me lleva la película que pasa ante mis ojos, y si el argumento es malo, como ocurre a menudo, me duermo tranquilamente. Ahora ya no es así: con el cine de ahora no hay quien duerma, hablan demasiado.

En las variedades prefiero al ciclista y al malabarista antes que al excéntrico. Una buena dosis de risa me sienta como un baño para el cerebro.

Al mismo tiempo, no puedo negar que durante tres cuartas partes de la función me aburro soberanamente con la cantante, con los chistes de suegras y con los dobles sentidos de los actores que no saben hacer reír con verdadero talento de humoristas.

Si la diversión en esas salas fuera de verdad sana y graciosa, iría más público y los empresarios también ganarían más.

Es verdad que hoy las señoras pueden ir a los teatros de variedades, que antes les estaban vedados por las canciones y las palabras indecentes que allí se oían.

La gente de hoy tiene la mente más sana que antes, y os toca a vosotros, la nueva generación, continuar esa mejora, aunque solo sea por respeto a vosotros mismos.

Hay muchas otras debilidades y formas de complacencia que no he mencionado aquí, pero que podéis descubrir vosotros mismos estudiando con cuidado vuestro carácter y vuestras costumbres. Muchas de ellas ni siquiera las sospechabais hasta ahora; pero, cuando las descubráis por vosotros mismos, en vez de que alguien os las señale, veréis la necesidad y la manera de corregirlas.

En el último capítulo he señalado varias de ellas, junto con sus antídotos.

Cómo sortear el escollo

Ya veis que este escollo llamado «vino», que se os cruza en el camino, no es otra cosa que complacencia. Con eso quiero decir dejarse llevar por las propias inclinaciones, ya sea hacia la bebida, el tabaco, la comida o cualquier otra forma de placer de los sentidos. La complacencia puede acabar en la ruina de la persona y en daño para la comunidad. En gran parte se debe a que la gente se deja llevar por lo que hacen los demás, cerrando los ojos al peligro. Pero con los ojos abiertos, remando uno su propia canoa y dominándose a sí mismo, se puede navegar con seguridad por el lado bueno del escollo, y así se adquiere la firmeza de carácter necesaria para protegerse de otras tentaciones a las que le arrastra a uno su propia debilidad.

Y eso ayuda a triunfar.

Dominio de sí mismo

Son varios los ingredientes que forman el carácter. El carácter al que me refiero es el que hace que un hombre sea un hombre de verdad o, mejor aún, un caballero.

El primero de estos ingredientes es el dominio de sí mismo. El hombre que es capaz de dominar su ira, su miedo, sus tentaciones, en realidad todas sus inclinaciones, salvo su conciencia y su vergüenza, va camino de ser un caballero.

Por «caballero» no me refiero a esos pedantes con polainas, monóculo y dinero, sino a un «hombre limpio», un hombre en cuyo honor se puede confiar tanto en la adversidad como en el triunfo, que siempre tratará con rectitud y será cortés y servicial.

El dominio de sí mismo es un punto en el que los británicos, por regla general, son fuertes. Tendemos tanto a ocultar nuestros sentimientos que los extranjeros a menudo piensan que somos poco atentos y poco compasivos; pero reconocen que se puede contar con nosotros, porque normalmente no perdemos la cabeza en las emergencias.

Eso ya es algo, pero creo que con el dominio de sí mismo se puede hacer todavía más. Desde luego, es lo que permite resistir con éxito las tentaciones.

Es algo que se puede cultivar, y que debe cultivar todo el que quiera tener carácter.

Algunos se ríen de la Ley Scout porque dice que, cuando un muchacho se encuentra en un apuro, en peligro o con dolor, debe intentar sonreír o silbar, y que eso cambiará su situación.

Y, sin embargo, no conozco a nadie que, después de haber probado este consejo, no esté de acuerdo con la idea.

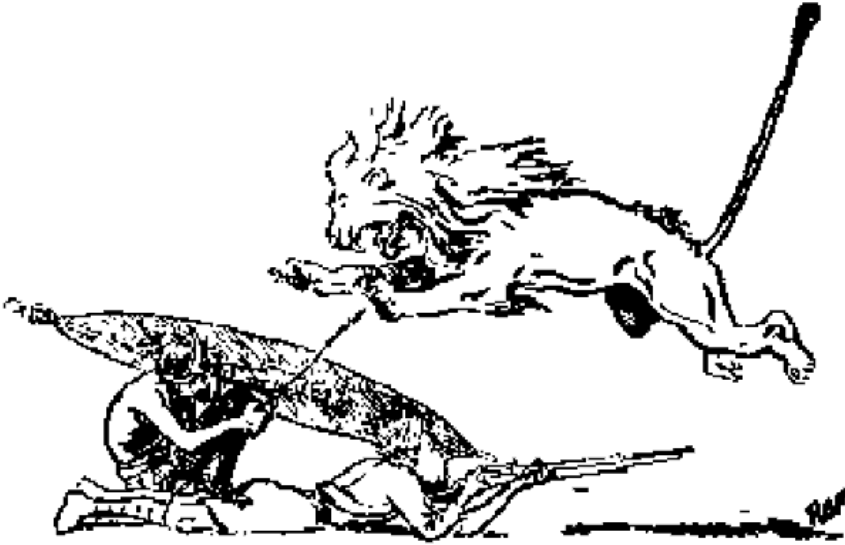


No cabe duda de que produce el efecto deseado y de que, cuanto más se practica, más se desarrolla, hasta convertirse en un hábito y, por tanto, en parte del propio carácter.

Una vez tuve que arrastrarme por un terreno cubierto de matorral espinoso persiguiendo a un león al que quería cazar. Estaba en un trance mortal, pero mi rastreador zulú no me quitaba ojo y había planeado que, si el león nos atacaba, me cubriría con su escudo. Aunque le tenía miedo al león, más miedo le tenía a la ocurrencia de mi zulú. Así que seguí arrast-

rándome, y os aseguro que sentí un gran alivio cuando, al cabo de un rato, nos dimos cuenta de que el león se había ido en otra dirección.

El plan era muy sencillo, sobre todo para el león.



En otra ocasión, en la India, me vi obligado a repetir la experiencia, esta vez con un jabalí. Lo habíamos estado cazando a caballo y con lanza, y conseguimos herirlo de gravedad antes de que se escondiera en un matorral tan espeso que quienes lo perseguíamos no éramos capaces de sacarlo de allí.

Los ojeadores atravesaron el matorral haciendo mucho ruido, pero salieron por el otro extremo diciendo que el animal no estaba dentro.

Nosotros, sin embargo, sabíamos que sí estaba, porque habíamos vigilado bien todas las salidas. Y como yo me había ganado, a muy poco coste, cierta fama en esa clase de lances, tuve que bajarme del caballo y entrar con los ojeadores para darles ánimos.

Desde luego que lo encontramos; o, mejor dicho, él me encontró a mí. En mitad de la espesura oí de pronto un ruido y un gruñido, y la bestia salió de su escondite y se lanzó contra mí. Yo tenía la lanza preparada de tal manera que, al embestir, se la clavó él mismo en mitad del pecho. Pero la fuerza de la acometida me tiró de espaldas. Aun así, no solté la lanza, y eso me permitió mantenerlo a distancia suficiente para que no me abriera el pecho con los colmillos.

Bien que lo intentó, y con todas sus ganas, empujándome cada vez más contra el suelo; pero logré apoyar el extremo de la lanza en tierra, a un lado de mí, y así pude contenerlo.

Los demás ojeadores, hombres robustos, compitieron entre sí por ser los primeros en salir del matorral y llevar a los otros cazadores la noticia de que yo había muerto. Estos vinieron corriendo con sus lanzas y, por fortuna, acabaron pronto con el señor jabalí antes de que siguiera prodigándome sus atenciones.

Sin embargo, al cabo de un tiempo, y a pesar de lo angustioso que había sido aquel recuerdo, poco a poco le fuimos cogiendo el gusto a la emoción de terminar así la lucha. Desde entonces, cada vez que heríamos a un jabalí, desmontábamos y le hacíamos frente a pie.

Me imagino que, si en su época hubiera habido muchos dragones alrededor de san Jorge, después de su primer encuentro victorioso le habría gustado convertir lo de matar dragones en una diversión de todos los días.

Si uno se domina, se obliga a afrontar una dificultad o un trabajo que parece peligroso y sale bien parado, la siguiente vez le resultará más fácil vencer.

El dominio de sí mismo no solo nos capacita para dominar los malos instintos, sino que nos da dominio incluso sobre nuestros pensamientos.

Y esto es de importancia vital para la felicidad.

Obligaos siempre a ver el lado bueno que tiene hasta lo que parece más oscuro, y veréis que os resulta más fácil afrontar con confianza las perspectivas difíciles.

La ansiedad es un pensamiento deprimente; pero, una vez que se la domina y se la sustituye por una esperanza luminosa, ya nunca hará falta beber para tener valor o para olvidar.

La gran ventaja que se saca de practicar el dominio de sí mismo es la capacidad de apartar los pensamientos desagradables y sustituirlos por otros alegres y satisfactorios.

Si os tomáis la molestia, podéis cultivar el hábito de cambiar la célula del cerebro que está produciendo pensamientos desagradables por una nueva célula que contenga buenos ideales.

Así podréis convertiros en hombres nuevos.

La autodisciplina del general Nogi

El célebre general japonés Nogi me explicó una vez cómo se había formado en el dominio de sí mismo y en el valor. Era cuestión de autodisciplina. De joven era débil y de temperamento nervioso, pero tenía tanta voluntad que reconoció su debilidad y decidió vencerla.

Cada vez que tenía que enfrentarse a una situación que no le gustaba o que le daba miedo, se obligaba por principio a hacerle frente. Lo repetía cada vez que se le presentaba la ocasión, hasta que al final venció su debilidad.

Así acabó por librarse de la tiranía del miedo. Llegó a ser el jefe más audaz y el soldado más intrépido de su época.

Cuando mataron a su hijo en combate, no mostró la menor señal de pena para no desanimar a los demás. Y, sin embargo, aquella muerte le dolió profundamente.

Cuando murió su emperador, pensó que, como servidor fiel que era, no debía seguir viviendo, y se quitó la vida abriéndose el vientre.

Maravilloso ejemplo de dominio de sí mismo sobre el miedo y el dolor.

El control de sí mismo es lo que caracteriza al caballero

«Una multitud londinense es extraordinariamente educada. Es capaz de pasarse horas enteras mirando en silencio cómo suben una enorme caja fuerte hasta el último piso de un gran edificio. He dicho en silencio; es decir, sin intentar dar consejos a los que están trabajando. Gran ejemplo de dominio de sí mismo».

Esto es lo que dice Pett Ridge sobre el dominio de sí mismo y sobre cómo contribuye a los buenos modales.

El viejo William de Wykeham declaró hace mucho tiempo que «los modales hacen al hombre», y tenía razón. Un hombre de verdad es cortés; es decir, muestra deferencia, simpatía humana y un buen humor sin límites.

Eso es lo que hace a un caballero, y con razón he oído decir que ser un caballero es tan difícil para un duque como para un albañil.

Yo solía jugar al polo contra un equipo que tenía un buen jugador, pero con un punto flaco: no era un caballero, tenía muy mal genio.

Bastaba con que alguien chocara con él o le parara el mazo cuando iba a golpear la bola (dos cosas permitidas en el juego) para que perdiera los nervios, y con ellos la cabeza durante el resto del partido, y se volviera completamente inútil para su equipo.

Pues lo mismo ocurre en una discusión o en un debate: si el adversario no sabe dominar su genio, lo tienes a tu merced, siempre que tú sí sep-

as controlar el tuyo.

Se ve con frecuencia en las cartas al director de los periódicos, cuando hay polémica. Por lo general, el que se enfada con facilidad y escribe al periódico demuestra tener pocas luces. Muestra el mismo espíritu que los niños que, en cuanto se pelean, gritan: «¡Ya verás, se lo voy a decir a tu madre! ¡No vuelvo a jugar contigo!».

Recordad esto: si uno tiene razón, no hay por qué perder los estribos; y si no la tiene, de nada le sirve perderlos.

Haced siempre así: portaos como caballeros, con cortesía y dominio de vosotros mismos, y ganaréis siempre que a vuestro contrario le falten esas cualidades.

Lealtad

Otra cosa que contribuye a formar el carácter (el mejor antídoto contra la bebida) es la lealtad hacia los demás y, muy especialmente, la lealtad hacia uno mismo.

La lealtad es un rasgo sobresaliente del carácter. Antes de embarcarse en su última expedición a bordo del *Quest*, sir Ernest Shackleton le contó a Arthur Mee, del *Children's Newspaper*, que una vez, en la Antártida, cuando la situación era más negra y la muerte y el hambre parecían seguras, oyó esta conversación entre dos de sus hombres:

—No creo que salgamos de esta con vida —dijo una voz.

—Eso es cosa del jefe —fue la respuesta.

Aquello le recordó no solo su responsabilidad como jefe, sino también su soledad.

—Ser jefe —dijo— es algo muy bueno, pero tiene sus penas. Y la mayor de todas es la soledad. Uno cree que no hay que contárselo todo a los

a de la verdad. Uno puede saber que los hechos están en su contra, pero no puede decirlo. Solo hay una cosa que hace posible el mando en las expediciones antárticas, y es la lealtad. La lealtad de los hombres es lo más sagrado que uno tiene: algo que nunca hay que traicionar y que hay que merecer. No hay palabras para hacer justicia a su valor y a su alegría. Ser valiente con alegría, ser paciente con el corazón alegre, soportar las peores agonías entre risas y canciones y caminar junto a la muerte durante meses enteros sin entristecerse: esa es la clase de espíritu que forma el valor que merece la pena. Yo quiero a mis hombres.

Por mi parte, puedo suscribir cada una de las frases de Shackleton después de mi experiencia en Mafeking, que, aunque fue una prueba pequeña, supuso un peligro continuo durante mucho tiempo y muchas penalidades para la gente.

Esa misma lealtad sincera y alegre por parte de la gente fue el secreto de nuestro éxito, igual que lo fue en el caso de Shackleton. Y del mismo modo, la lealtad será el secreto del éxito en cualquier trabajo difícil, ya sea en los negocios o en la defensa de la patria.

La lealtad es una cualidad preciosa que toda persona con sentido del honor debe cultivar y fortalecer a toda costa.

Pero la lealtad tiene además una cara que Shackleton no destaca en particular, aunque él la practicaba en grado sumo, y que aumenta enormemente la soledad y la tremenda responsabilidad de un jefe.

El jefe necesita la lealtad de su gente, pero también él debe ser leal con ella. Ese es el punto que subraya la Ley Scout cuando dice: «El scout es leal con sus jefes y con sus subordinados».

Es este aspecto de la lealtad el que a menudo pone al jefe en una posición difícil, cuando tiene que engañar a su gente, como sugiere Shackleton, ocultándole lo malo. Yo he tenido que hacerlo muchas veces.

Además, el jefe tiene que ser leal a la causa que defiende. Esta es la parte más difícil de su deber.

Por ejemplo, poca gente se da cuenta de la terrible responsabilidad de un general en campaña. Por un lado está su lealtad hacia sus hombres; pero tiene que pensar que sus vidas son algo pasajero, mientras que el resultado de la batalla es algo duradero, y por eso tiene que poner en peligro a los hombres que quiere y que confían en él, en aras de algo más grande: la seguridad y el bienestar de la nación. Hay que pensar en estas cosas al considerar lo que significa la lealtad y cómo debe uno prepararse para ser jefe.

Pero también existe la lealtad hacia uno mismo. Cuando se presenta la tentación, la conciencia dice «no», pero la inclinación dice «sí».

Y entonces uno se impone o cae, según a cuál de las dos obedezca. Si es leal consigo mismo, se impone; si es cobarde, cede, cae y pierde el respeto por sí mismo.

Veracidad

Durante un tiempo, mi ocupación fue descubrir espías. Desde luego, una manera fácil de averiguar la nacionalidad de alguien de quien sospechas es darle un pisotón y escuchar en qué idioma protesta. Pero un cazador de espías extranjero me contó que, cuando sospechaba que un hombre era un oficial británico disfrazado, tenía una prueba infalible: entablaba conversación con él y, a la primera oportunidad, lo llamaba mentiroso. Por muy hábil que fuera el oficial ocultando su identidad, al oír que lo llamaban mentiroso reaccionaba inevitablemente ante el insulto y se delataba.

Y es verdad. La palabra «mentiroso» es una puñalada para un hombre de honor. Detesto oírla usar, como tan a menudo hacen hombres y

muchachos sin pensar, cuando discuten por cualquier tontería y se llaman «mentiroso» unos a otros.

Me imagino que, de tanto oírla, acaban acostumbrándose; pero un hombre de honor nunca se acostumbra. Para él siempre será el mayor de los insultos.

Respeto de sí mismo

El respeto de sí mismo es un ingrediente importante del carácter. Ningún hombre que no pueda respetarse a sí mismo (los borrachos, los holgazanes, los mentirosos y los pedigüeños) puede esperar que los demás lo respeten.

Y aquí entra un pequeño defecto: las propinas. Un scout debe hacer favores a los demás por cortesía y buena voluntad, sin aceptar recompensa.

El hombre que acepta una propina se rebaja y se pone al mismo nivel que un mendigo que acepta una limosna.

Últimamente me ha entristecido mucho ver cómo se ha extendido la costumbre de las propinas entre los taxistas, los mozos de hotel, los camareros y otros que, como hambrientos, persiguen a sus clientes para sacarles unos céntimos.

Y, sin embargo, como hombres, les avergonzaría que los mantuvieran o recibir una limosna. En los puestos mejor pagados, las propinas llevan a lo que se llama «gratificaciones» y, todavía más arriba, al soborno y la corrupción.

Hasta ahora, nuestros hombres han sido lo bastante hombres y han tenido el suficiente respeto por sí mismos como para no rebajarse hasta ese punto; aún puede decirse con verdad que «a un británico no se le puede sobornar».

Los samuráis formaban una hermandad fundada hace mil quinientos años por caballeros japoneses, a semejanza de nuestros caballeros medievales. Su ideal era el bushido, que animaba a sus miembros a preferir:

- La pobreza a la riqueza.
- La humildad a la ostentación.
- La discreción a la notoriedad.
- El sacrificio al egoísmo.
- El interés del Estado al interés particular.

Y todo ello unido al valor personal, la fortaleza, la lealtad, la templanza y la castidad.

Si un *bushi* cometía un acto deshonesto, se le invitaba a hacerse el harakiri; es decir, a quitarse la vida abriéndose el vientre según un ceremonial estricto. Estos caballeros eran extremadamente quisquillosos en cuestiones de honor y dignidad. A uno de ellos, llamado Gongoro, le clavaron una flecha en un ojo en mitad de una batalla. Eso no le impidió seguir combatiendo y dirigiendo la lucha hasta el final. Uno de sus amigos intentó sacarle la flecha y, para ello, tuvo que tumbarlo boca arriba; pero, como un tirón normal no bastaba, le puso el pie en la cabeza para hacer más fuerza. Cuando por fin lo consiguió, Gongoro, en vez de darle las gracias, se puso en pie de un salto y lo retó a un duelo a muerte por haber humillado su dignidad poniéndole el pie en la cabeza.

La vergüenza convierte a un hombre en un paria

¿Sabéis cuál es una de las mayores tragedias de este mundo?

Ver a un hombre avergonzado. Solo con verlo, casi se avergüenza uno también.

Hace muchos años presencié una escena de este tipo, solo durante unos instantes, y desde entonces no se me ha ido de la cabeza.

Viajaba en tren por la selva, en un lugar muy remoto del extranjero. El tren se detuvo en un punto donde trabajaban un capataz blanco y un grupo de nativos. En lugar de acercarse, como suelen hacer esos hombres, contentos con la llegada del tren, para enterarse de las últimas noticias del mundo y hablar aunque fuera un rato con otros hombres blancos, aquel capataz se apartó, nos dio la espalda y esperó con ansia a que el tren se marchara y los blancos lo dejaran otra vez en paz.

Pregunté por él y me dijeron que había sido un oficial de caballería muy conocido en Londres y en todo el país como deportista y hombre popular.

Pero se había dado a la bebida, y esta lo había atrapado y arruinado hasta convertirlo en lo que ahora teníamos delante: un paria, un hombre avergonzado.

La juventud tiene mucha voluntad, pero poca perspicacia

«La juventud tiene mucha voluntad, pero poca perspicacia». Eso es lo que algunos dicen de vosotros. Me recuerda una ocasión en que estaba en Sudáfrica haciendo un reconocimiento con una patrulla del 7.º de Húsares y, al cruzar el cauce seco de un río, nos topamos con un león.

Uno de nosotros le disparó y lo hirió de gravedad. El león consiguió escapar e intentó esconderse en un cañaveral de cañas y juncos donde era imposible, o al menos muy peligroso, seguirlo, porque él tenía la ventaja de poder ocultarse tumbado y de oír y oler a cualquiera que se acercara a su escondite.

Así que, a toda prisa, pusimos centinelas alrededor del cañaveral para que nos avisaran si salía. Nuestro plan era colocar a los hombres con sus fusiles en los puestos adecuados y luego prender fuego a la hierba para obligarlo a salir.

Tardamos bastante en conseguirlo, porque las cañas del lado de barlovento estaban verdes y no prendían.

Yo estaba muy bien situado sobre una roca desde la que podría verlo si salía en esa dirección, y me esforzaba por localizarlo entre las cañas. De pronto, mi vigilancia tuvo su recompensa: vi que las cañas se movían de un lado a otro y me di cuenta de que el animal venía hacia mí.



El corazón me latía de emoción. Besé el cartucho para que me diera suerte y esperé con el fusil preparado para darle su merecido en cuanto asomara el hocico.

Se acercaba cada vez más, hasta quedar a unos pocos metros de mí. Pensé que ya era mío: a esa distancia no podía fallar. Las cañas se abrieron. Iba a disparar cuando, en lugar del león, apareció delante de mí el sargento veterinario.

Uno de los deberes del sargento veterinario, cuando un caballo se ha herido de gravedad, es coger su revólver y acabar con su sufrimiento. Así

que este amigo, al ver que el león estaba herido, pensó que su deber era seguirlo y rematarlo.

No se le ocurrió que su revólver no era más que una cerbatana y que quien habría hecho la faena no habría sido él, sino el león.

Y por poco fui yo quien acabó con él. Pero era un principiante en cuestión de leones; no había tenido mucho trato con ellos. Había demostrado una voluntad espléndida, pero poca perspicacia. Y lo mismo les pasa a muchos jóvenes cuando tienen que vérselas con los leones de la vida real sin preparación ni aviso.

Autosugestión

El dominio de sí mismo, o el ser dueño de uno mismo, se considera hoy materia de estudio científico, y hay muchos médicos que han reunido magníficas estadísticas de curaciones logradas por medio del esfuerzo de la imaginación.

Por distintas vías se conocen curaciones conseguidas por «la fe en la curación», es decir, porque el paciente cree que vencerá la enfermedad.

Creo que la mayoría de nosotros hemos experimentado alguna vez esta clase de curación.

Pongamos que uno tiene una herida en la pierna. Le duele toda la pierna y parece que va a desmayarse. No puede apoyar el pie en el suelo. ¡Ay, cómo duele! Nos tumbamos o nos sentamos un rato a quejarnos.

Pero hay otra forma de ahuyentar el dolor:

«¿Una herida? Sí, pero solo es un agujerito que duele a su alrededor. No en toda la pierna: eso son imaginaciones. No; el dolor está solo en la pequeña herida, en un punto reducido, así que es un dolor muy pequeño. Animaos, caminad, mantened la pierna en movimiento para que no se

quede rígida. Entrad en calor y ya no os dolerá. Ya estáis mejor, ya hay alivio».

La idea es que, para curarse de aquel mal, hay que usar la imaginación más que la voluntad.

El doctor Coué explicó una vez la diferencia de esta manera: si se pone un tablón corriente en el suelo, es muy fácil caminar sobre él.

Si ese mismo tablón se pone como puente entre las azoteas de dos casas, a 30 metros sobre la calle, es imposible cruzarlo. La voluntad quiere que uno pase al otro lado, pero la imaginación le hace pensar que se caerá, y la imaginación derrota a la voluntad. Esa es la relación habitual entre ambas: gana la imaginación.

Así, cuando uno sufre, debe concentrar el pensamiento e imaginar el alivio que desea, y luego imaginar que lo va consiguiendo poco a poco; y, de hecho, lo consigue.

De cada cien personas que sufren, están enfermas o necesitan ayuda, noventa y nueve están así porque creen estarlo. Todo es cuestión de imaginación; pero si uno usa la imaginación en sentido contrario y se imagina que está mejorando, acabará mejorando y, en la mayoría de los casos, se pondrá bien.

El doctor Coué demostró la verdad de esta teoría con la multitud de pacientes que acudían a él cada día quejándose y salían de allí contentos.

Y no trabajaba ni por dinero ni por recompensa.

Pero lo principal es que la autosugestión no solo puede curar la enfermedad y la pena, sino también la mala memoria y, muy especialmente, el miedo nervioso (de ahí su importancia para los jóvenes). Puede ahuyentar el deseo del alcohol o del tabaco, la tentación sexual y muchas otras formas de complacencia.

Cómo Tommy Tomkins derrotó a la muerte

El cólera, el gran azote de la India, cayó sobre el regimiento. Tommy Tomkins, un veterano de mi escuadrón, hombre de constitución recia, se puso enfermo. En pocas horas estaba en un estado lamentable.

—Pobre Tommy, este no sale —sentenció el sargento encargado del hospital.

Sin embargo, durante las cuarenta y ocho horas siguientes se mantuvo entre la vida y la muerte y, al cabo de ellas, para sorpresa de todos, volvió a la vida.

Más tarde, cuando estaba convaleciente y fui a visitarlo al hospital, me reveló el secreto de cómo había vencido a la muerte.

Sabía que se estaba muriendo; el médico casi se lo había dicho. Pero también le había dicho al nativo que lo cuidaba que solo había una manera de salvarlo: conseguir que le mantuvieran calientes las extremidades. Para eso había que ponerle en los pies botellas de agua caliente o ladrillos calientes.

En cuanto el médico se dio la vuelta, el enfermero, en lugar de ocuparse de las botellas de agua caliente, sacó el narguile del sitio donde lo tenía escondido, se sentó en cucullas en un rincón y se puso a fumar tan tranquilo.

Aquello puso furioso al pobre Tommy, pero, como no podía ni moverse ni hablar, pensó que no tenía remedio. Eso sí, se juró que, si se curaba, le daría al nativo tal paliza que tardaría mucho en olvidarla. Y se puso a pensar con ahínco qué castigo le daría y cuándo podría levantarse de la cama para aplicárselo. Se olvidó por completo de la muerte y se quedó absorto en la idea de darle a aquel individuo su merecido en el momento oportuno.

Y así fue como volvió a la vida.

Fue la fuerza de la voluntad y de la imaginación lo que lo sacó adelante.

Yo también viví una experiencia parecida. Estaba en el hospital, muy enfermo de disentería, cuando me llegó la noticia de que, si me ponía bien para cierta fecha, me darían el mando de una columna que iba a perseguir al enemigo.

Parecía una causa perdida y, sin embargo, tuve esperanza. Imaginé lo que haría como comandante y fui haciendo planes mientras ponía todas mis fuerzas en curarme. Cuanto más me esforzaba, más mejoraba. Pasaron los días y por fin entré en la convalecencia; pero la fecha llegó sin que yo estuviera en condiciones de desempeñar aquella misión.

Dos días después llegó al hospital otro hombre, también gravemente enfermo de disentería, y necesitaban mi cama para él. Al cedérsela, suspiró y dijo que venía allí a morir. Yo le dije: «¡Qué va! Yo estaba mucho peor cuando llegué. Piense en lo que va a hacer cuando salga de aquí».

Al día siguiente me marché con una escolta de tres hombres y, tras recorrer a caballo 130 kilómetros de terreno peligroso, me uní a la columna y tomé el mando.

Mientras tanto, el heredero de mi cama se imaginaba que se moría, y fue empeorando y empeorando hasta que al final le pasó lo que había pensado: se murió.

Autocuración

Pues bien, este es el arte de la autosugestión, por medio del cual un hombre puede, si se lo propone, curarse de muchas enfermedades y de casi todas sus debilidades.

Si un hombre puede vencer a la muerte con este sistema, sin duda podrá vencer la borrachera o cualquier otra tentación. No lo olvidéis: si algo os parece difícil o imposible, pensad en cómo vencerlo y luego imaginad que lo estáis venciendo; y cuando la imaginación os diga que es imposible, contestadle: «No, no es imposible. Veo lo que puedo hacer y voy a intentarlo. Puedo triunfar. Puedo. Puedo. Puedo... y pude». Apuesto diez contra uno a que lo conseguiréis.

La complacencia nace de concentrar la atención en los deseos de los sentidos, y el remedio consiste en apartar el interés de uno mismo y llevarlo hacia otras cosas y otras personas. Tener aficiones. Servir de buen grado al prójimo: así se ganan puntos en la formación del carácter.



Amiel dice:

Un hombre sin recursos morales... no es una personalidad. Es uno más: un contribuyente, un elector, pero no un hombre. El que se deja llevar por la corriente, el que no tiene ideales ni convicciones, no es más que un mueble en el escenario del mundo, una cosa que se mueve en lugar de un ser vivo que se mueve.

Una individualidad demasiado desarrollada significa dar rienda suelta al egoísmo, que es lo contrario de lo que queremos. Pero la individualidad con carácter es otra cosa: significa un hombre con autodisciplina, energía, habilidad, caballerosidad, lealtad y las demás cualidades necesarias para ser un hombre. Y cuando estas cualidades van unidas al servicio a la comunidad, entonces se es algo más que un hombre bueno: se es un buen ciudadano.

Lo que otros han dicho sobre esta materia

- El respeto a uno mismo, y no la estima de uno mismo, es lo que atrae el respeto de los demás.
- El carácter vale más en la vida que cualquier otra cualidad.
- El dominio de sí mismo es las tres cuartas partes del carácter.
- No hay que beber entre comidas.
- Sin trabajo no se puede formar el propio carácter. Hay que forjarlo uno mismo (Froude).
- Haced caso al tordo cuando os dice: «Perseverad, perseverad, perseverad».
- Pensad en el sello de correos: su utilidad consiste en su capacidad para seguir pegado a algo hasta llegar a su destino (Josh Billings).

Cuando todo parece ir mal
y llevarte hacia el abismo,
no des golpes, no te alteres, no te afanes:
sonríe.

Cuando alguien quiere hacerte de menos
quedándose con la mejor parte,

sé paciente y amable,
y sencillamente ríete.

Pero si esto es difícil
(y a veces, claro, lo es)
y no puedes sonreír, ni ser amable, ni reír,
por lo menos no hagas nada.

Desechad la tentación

Cuando el borracho os diga: «Soy vuestro amigo»,
¡apartaos de él!

Cuando os diga: «Sois tan fuertes como cualquier otro hombre»,
¡apartaos de él!

Cuando os sintáis débiles y vacilantes,
cuando estéis a punto de caer en el arroyo,
cuando creáis que vais a perder el pan de cada día,
¡apartaos de ese pensamiento!

Cuando la tentación os incite y os diga: «¿Qué tal?»,
¡apartaos de ella!

Cuando os diga: «Veo que estáis pensando qué debéis hacer»,
¡apartaos de ella!

Aunque su canto sea suave y dulce,
y grande, fuerte y poderosa su atracción,
pensad que es el diablo quien os habla,
¡y apartaos de él!

(«Ole Marster», B. B. Valentine)

Libros que leer

- *Con Cristo como guía*, de A. H. Gray.

3. Mujeres



El lado sombrío de este escollo es la tentación de olvidar el respeto que se debe a la mujer. El lado luminoso es protegerse de la tentación cultivando la caballería y la fuerza viril.

E L INSTINTO DEL SEXO Y SUS PELIGROS

En la juventud, cuando el muchacho se convierte en hombre, se desarrolla el instinto sexual.

- La pubertad despierta el deseo sexual en el muchacho. Su origen es perfectamente natural: los órganos genitales alcanzan su pleno desarrollo.
- En la concepción de un nuevo ser intervienen tanto las glándulas masculinas como las femeninas.
- Con la pubertad se adquiere una responsabilidad importante respecto a la propagación de la especie.
- La importancia de aprender a afrontar los problemas sexuales a medida que se presentan.
- Las dificultades vienen de la forma fanfarrona en que los jóvenes suelen hablar de estas cosas.

- Las enfermedades venéreas, es decir, las que provienen del mal uso del sexo. A menudo las causa la ignorancia, y llevan a grandes sufrimientos e incluso a tragedias.

Hombría

- La caballerosidad con las mujeres es una salvaguarda contra estos peligros.
- A cada uno le toca entender estas dificultades y aprender a afrontarlas.
- Los buenos padres son una gran ayuda en esta materia.
- No es solo una cuestión personal, sino de raza.
- Algunas reglas sencillas de higiene para conservar la salud y la fuerza.
- Sed hombres.

Matrimonio

- Que vuestras aventuras amorosas sean limpias.
- Cómo escoger a la compañera adecuada.
- Advertencia de un hombre sobre el compromiso matrimonial.
- Los ingresos, un detalle importante.
- El hombre adquiere deberes al casarse.
- La felicidad de los hijos.
- Las responsabilidades de la paternidad.
- La felicidad del hogar se completa con el servicio a la comunidad.
- Lo que otros han dicho sobre el asunto.
- Libros útiles.

* * *

El peligro está en olvidar la caballerosidad que se debe a la mujer. El lado luminoso es el desarrollo de una actitud viril y protectora hacia el sexo débil.

El instinto del sexo y sus peligros

El Monarca de la Cañada

Uno de los mayores espectáculos que ofrece la vida animal, en el páramo o en la selva, es el de un ciervo en plenitud y lleno de vida. Es el rey de la manada, el Monarca de la Cañada, como lo pintó Landseer (*The Monarch of the Glen*).

Es la estampa del valor, la fuerza y la belleza viril cuando lanza su bramido de desafío llamando a sus rivales a medirse con él.



ht

En la época de la berrea o del apareamiento, en otoño, es emocionante ver a los ciervos perseguirse unos a otros y pelear entre sí por la posesión de las hembras. Parecen volverse locos por un tiempo: corren de un lado a otro, inquietos y excitados, durante semanas enteras, sin pararse a descansar, comer ni dormir, hasta que acaban agotados. El más fuerte y el mejor es el que se impone. En los combates que libran, entre el crujir y el

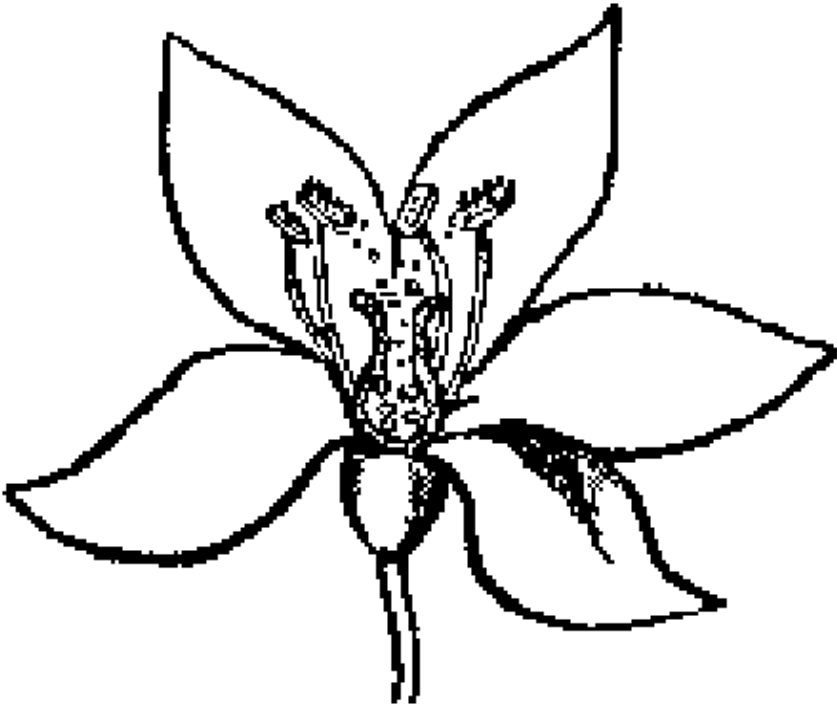
chocar de las cuernas y los bramidos de los contendientes, los más débiles ceden y retroceden empujados por los más poderosos, hasta que huyen despavoridos y dejan que los vencedores escojan a sus hembras como dueños de la manada.

El vencedor asume sus responsabilidades y está siempre listo y capacitado para proteger a sus hembras y a sus cervatillos contra cualquier agresor.

Los vencidos se limitan a merodear, tratando de sacar algún provecho entre los marginados de la manada. Estas pobres criaturas, menos desarrolladas, son despreciadas por los cazadores, que solo valoran los mejores ejemplares, los más fuertes y los de actividad más notoria.

Lo mismo ocurre, en mayor o menor grado, con los demás animales de la selva, con las aves en primavera e incluso con los peces en invierno.

Hasta las plantas, los árboles y las flores obedecen a esta misma ley de la naturaleza. En su época de apareamiento, la primavera, la savia sube y se extiende por todas las ramas, hojas y zarcillos, y brotan las flores, de modo que los pistilos, que son femeninos, reciben el polen de los estambres, que son masculinos. El polen es el pequeño germen que se une al germen femenino, y juntos dan vida a la semilla de una nueva planta.



El centro del pistilo (femenino), dibujado a mayor escala y en sección, con el polen cayendo de los estambres (masculinos) a los ovarios de los pistilos, que contienen las semillas en germen. Estas quedan fecundadas por el polen masculino.

Incluso la hermosa floración de las plantas en primavera se parece a la costumbre de los animales y las aves de lucir sus plumajes más brillantes en la época del apareamiento; y lo mismo vemos en los jóvenes, con sus trajes y corbatas de colores llamativos y sus cabellos bien engominados y siempre relucientes.

Pubertad

Es un impulso de la naturaleza al que también está sujeto el hombre.

La diferencia es que, mientras que la mayoría de los animales tienen una época de apareamiento definida, en el hombre el instinto está siempre activo y no hay una época concreta para el apareamiento. Los «periodos mensuales» de la mujer se deben al ritmo del organismo, pero no son lo mismo que los periodos definidos de «celo» que observamos en los animales.

Cuando el instinto sexual aparece en los jóvenes, trae consigo cambios emocionales que a veces resultan verdaderamente perturbadores.

No hay que olvidar que estos impulsos son naturales. Todos los tenemos y debemos aprender a dominarlos. Recibo montones de cartas de jóvenes a quienes nadie ha explicado nunca qué deben esperar al crecer, y que por eso se sienten preocupados por los trastornos de esa etapa. Se ponen nerviosos e inquietos sin saber por qué. No consiguen concentrarse en su trabajo, se vuelven tímidos y se sienten desgraciados; a veces llegan a pensar incluso que se están volviendo locos.

Me alegra que en su angustia se les ocurriera escribirme, porque en muchos casos he podido tranquilizarlos y ayudarles a tomárselo con calma. No hay por qué inquietarse. Todo ello se debe a causas naturales.

Cuando un muchacho llega a la pubertad, todo su cuerpo experimenta un cambio gradual que cualquiera puede observar. La voz se le vuelve más grave, le sale vello donde antes no tenía, sus músculos se asientan y se endurecen, sus órganos se desarrollan, y así sucesivamente.

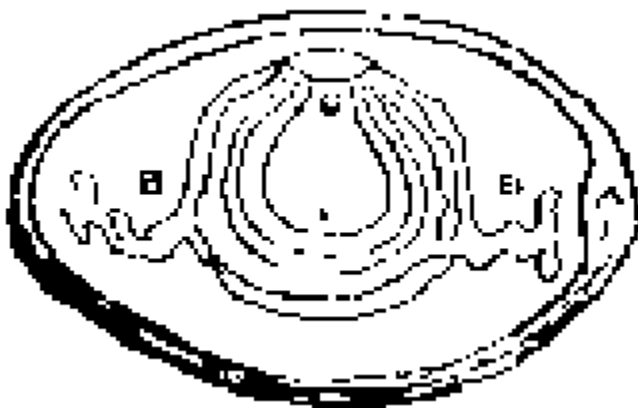
El deseo sexual tiene causas perfectamente naturales

El cambio se debe a las secreciones de los órganos sexuales, que influyen en el desarrollo de todo el cuerpo y pueden compararse con la savia que corre por el árbol. Dan a su estructura el vigor de la virilidad, le fortalecen los nervios y le dan valor.

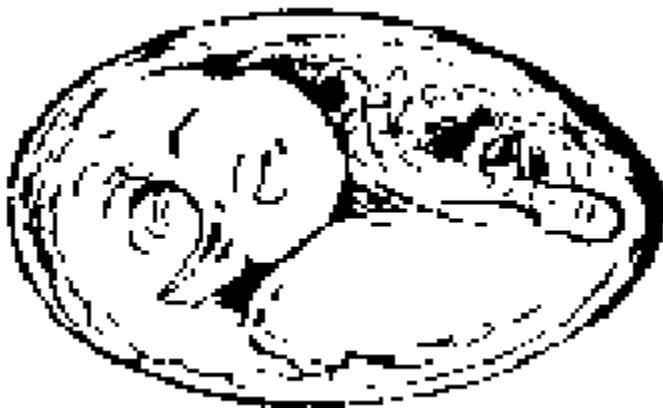
El fluido que segregan las glándulas del hombre se llama semen, que es la palabra latina para «semilla».

Cómo se reproduce la vida

Este fluido contiene el germen masculino, que ha de fecundar al femenino, llamado óvulo (del latín *ovum*, «huevo»). Para que la vida se reproduzca en el reino animal, y también en buena parte del reino vegetal, hace falta la unión del organismo masculino con el femenino, que es lo que pone en marcha el desarrollo de una nueva vida. En el hombre, ese organismo se llama espermatozoide, y en una sola gota de semen hay varios miles de ellos. La naturaleza parece derrochadora al crear tantos, cuando basta uno solo para fecundar el óvulo.



El germen nacido en la gallina y fecundado por el gallo, y la yema en formación. B: chalazas, o cuerdas de anclaje de fuerte gelatina blanca. A: cámara de aire.



El milagro del huevo. Tres semanas después, el pollito está listo para salir del cascarón, con pico, patas, plumas, ojos, etc.

Estos grabados del huevo de gallina dan una idea de este proceso de fecundación y del crecimiento del pollito, que se alimenta de la yema a

medida que se desarrolla. La clara contiene el óvulo, que es fecundado por el espermatozoide del gallo cuando este pisa a la gallina. Mediante un proceso semejante, en los seres humanos nace de la unión de los gérmenes una nueva vida: una criatura que respira, que tiene carne y huesos, vista y cerebro, y que se parece en muchos rasgos al físico y al carácter de sus padres.

El germen es de vital importancia para la continuación de la especie

Esta pequeña criatura lleva a su vez el germen para reproducirse y dar vida a nuevos seres cuando llegue a la edad adulta.

Todo este proceso maravilloso y complejo es obra de Dios Creador. El germen del que estamos hechos nos lo transmitieron nuestros padres, igual que a ellos se lo transmitieron los suyos, y así desde los tiempos más remotos.

Vosotros poseéis ese germen para transmitirlo a su debido tiempo, cuando, junto con vuestras esposas, deis vida a un hijo.

Es, por tanto, una misión sagrada que Dios transmite de padres a hijos.

A veces el semen se produce en exceso y observaréis que se derrama durante el sueño. Esto es natural y no hay por qué alarmarse; pero, si se provoca voluntariamente, es lo que se llama «vicio solitario» o «abuso de sí mismo».

Masturbación

«Los jóvenes son lo bastante sensatos y están dispuestos a escuchar los consejos que se les dan; por eso estoy seguro de que, si entendieran mejor lo que he explicado antes, se ahorrarían muchas aflicciones y momentos de angustia. Si viviéramos en estado primitivo, los muchachos se comportarían como nuestro conocido el ciervo. Pero esto no puede ser, por razones morales y sociales. El deseo en sí es un instinto sexual primitivo; pero, por razones morales y sociales, la satisfacción de ese instinto es, desde luego, algo que no debe practicarse».

Somos miembros de una comunidad regida por ciertas leyes morales y convenciones sociales. Estas leyes morales prohíben el coito; ahí está el dilema: el deseo primitivo frente a las leyes morales y sociales. Ya hemos dicho que no podemos escapar del deseo. Si nos proponemos llevar una vida sana y decente, tanto por nosotros como por los demás, pronto podremos resolver estas dificultades. El sexo no lo es todo en la vida: hay otras energías que ocupan su lugar y alivian la tensión. La energía que el macho de los animales dedica casi exclusivamente al sexo, en el hombre se convierte en multitud de actividades distintas, como el arte, la ciencia y cientos de cosas más. Así, cuantas más cosas le interesan a uno y más se dedica a ellas, menos siente la urgencia del sexo; y, a su debido tiempo, puede tener la felicidad de compartirlo de forma natural con la mujer que haya escogido por compañera. Ahora comprenderéis el propósito del Roverismo. En lugar de vagar sin rumbo y tener conversaciones sucias, encontraréis en él muchas cosas que hacer en excursiones y otras diversiones de viriles actividades al aire libre. Sin daros cuenta, estaréis sustituyendo el sexo por otras cosas.

Enfermedades venéreas

Cuando los muchachos hablan sin freno entre ellos, lo casi seguro es que acaben hablando de cosas sucias, y así rebajan sus ideales y sus pensamientos al nivel de las bestias, algo de lo que se avergonzarán más adelante, cuando sean hombres.

Eso los aparta del camino de la felicidad, porque luego tienen que esforzarse mucho para salir del lodazal en que se han metido, y el barro siempre deja algo pegado.

Los jóvenes suelen burlarse de las enfermedades venéreas, que con toda seguridad, tarde o temprano, atraparán a quienes hayan dado rienda suelta a sus instintos sexuales.

Estas enfermedades no son cosa de risa; por leves que sean sus efectos, son desesperadamente peligrosas para un hombre.

Hay dos enfermedades venéreas principales. La sífilis es una infección venenosa que puede contraerse por contacto con otra persona ya infectada. Al principio aparece como una úlcera, que en pocas semanas se convierte en otras úlceras y, si no se trata como es debido, en un plazo de uno a veinte años provoca enfermedades en distintas partes del cuerpo o en los huesos, y a menudo en el corazón. La gonorrea se contrae casi siempre por contacto, igual que la sífilis. Su síntoma es una supuración de pus por el miembro, que se inflama. Más adelante, probablemente, se inflamará también la vejiga, etcétera.

Con frecuencia, los hijos de padres enfermos heredan la sífilis, y el resultado es que se quedan ciegos, sordos, paralíticos o locos. Se calcula que el veinticinco por ciento de los ciegos de nacimiento lo son a causa de la sífilis de sus padres. Ciertamente, los pecados de los padres los pagan los hijos.

Una vez que la sífilis se ha apoderado de una persona, ninguna de las medicinas que anuncian los charlatanes podrá salvarla. Lo que hay que hacer es acudir enseguida a un buen médico y contarle con franqueza lo que ha pasado. Si se hace cargo del tratamiento a tiempo, podrá curarla.

Cuando se conoce a fondo este peligro, se sabe que no es cosa de broma. Si uno visita un manicomio, encuentra allí tales ejemplos de enfermedades venéreas que lo convencen, más que cualquier discurso, de no tener nada que ver con las mujeres de la calle, si quiere conservarse sano de cuerpo y alma.

La locura de exponerse a este peligro suele ser consecuencia de la debilidad de dejarse llevar por lo que hacen los demás.

Pasa lo mismo con el juego y la bebida: son hábitos que se adquieren por dejarse arrastrar demasiado lejos, sin pensar, por un grupo de jóvenes que tampoco piensan.

Muchos hombres han tenido que lamentar haber creído que, si iban con una mujer que no fuera una prostituta reconocida, no corrían peligro de contraer la enfermedad. Pero las estadísticas demuestran que ahí el peligro es aún mayor. La muchacha a la que algún sinvergüenza ha engañado una vez pierde el sentido de la vergüenza y consiente de vez en cuando en ir con otros hombres; y, por su ignorancia, está más expuesta a contraer una enfermedad, porque no sabe qué precauciones tomar. Por eso supone un peligro mayor para sí misma y para aquellos con quienes tiene contacto.

Un hombre puede ser casto y estar decidido a seguir siéndolo, pero, por desgracia o por una mala compañía, llega a tomarse esa sexta... copa fatal y, con el cerebro y los sentidos nublados, hace lo que se había propuesto no hacer.

Esto es lo que ha traído la desgracia a tantos hombres buenos y los ha arruinado no solo moralmente (en su carácter), sino también físicamente

(en su cuerpo).

Hay una obra de teatro, *Mercancía averiada* (*Damaged Goods*), que trata la cuestión venérea con franqueza y sentido común y resulta educativa para los jóvenes. Cuenta cómo un joven, por ignorancia, contagió a su esposa, a su hijo y a la niñera de este. El resultado es un grito de angustia: «¡Si lo hubiera sabido a tiempo!», un grito que se repite cientos de veces cada día.

Los pecados de los padres recaen sobre los hijos

Mientras escribía este capítulo, un amigo me preguntó si de verdad la sífilis se transmitía de padres a hijos tanto como se decía.

Lo único que tuve que hacer fue enseñarle una carta que había publicado *The Times* esa misma mañana, firmada por un médico forense y fechada el 21 de febrero de 1922, en la que decía que las pérdidas de vidas y de razón y el contagio de niños inocentes a causa de esta espantosa enfermedad «son extremadamente terribles».

Hombría

Caballerosidad

Espero que de lo dicho hasta ahora sobre este escollo, «Mujeres», hayáis deducido que encierra tantos peligros para la mujer como para el hombre. Pero también tiene su lado luminoso si sabéis sortearlo.

El remo que os ayudará a sortearlo es la caballerosidad.

Muchos de los puntos que os he propuesto como parte del buen camino entran dentro de la caballerosidad.

Los caballeros de antaño se comprometían por juramento a ser caballerosos, es decir, a proteger y auxiliar a las mujeres y a los niños.

Eso les exigía un profundo respeto y una tierna simpatía hacia ellos, unidos a una fuerza viril de mente y de cuerpo con la que hacerles frente, por ellos, al escándalo, a la crueldad o al ridículo y, en algunos casos, ayudarlos contra sus propias debilidades.

Un hombre sin caballerosidad no es un hombre. El que tiene esa caballerosidad y respeta a la mujer jamás se rebajará a comportarse como una bestia, ni permitirá que una mujer se pierda con él y pierda el respeto a sí misma y el de los demás. A él le toca dar ejemplo, un buen ejemplo, y no desviarse.

He conocido a un hombre que llevó esa caballerosidad todavía más lejos: llegó a levantar a una mujer que había caído. Ella esperaba que él se uniera a su libertinaje, pero el respeto cortés con que la trataba, que pasaba por alto sus faltas y que le otorgaba por el simple hecho de ser mujer, la hizo pensar en el respeto que se debía a sí misma y la devolvió a su sitio.

La caballerosidad, como otros rasgos del carácter, se desarrolla con la reflexión y la práctica; pero, una vez adquirida, coloca al hombre sobre una base nueva y más elevada, para sí mismo y para el mundo.

Para ser caballeroso hay que poner a la mujer en un pedestal y ver siempre lo mejor que haya en ella; sentir simpatía por los débiles, los ancianos y los enfermos, y proteger a los pequeños.

Para ello hace falta tal dominio de uno mismo que permita apartar de la mente todo lo impuro, de modo que las propias ideas sean limpias y honrosas, y el sentido del deber tan elevado que el ridículo y la burla no signifiquen nada.

«No es asunto mío»

«No es asunto mío» suele ser la pantalla tras la que los cobardes esconden su falta de caballerosidad. Para un hombre, todo aquello en lo que puede prestar un servicio a alguien es asunto suyo, y mucho.

Con esto no quiero decir que deba meter las narices en los asuntos de los demás ni andar preguntando «¿Está usted bien?» o cosas por el estilo.

Pero si puede tender la mano a una mujer que ha caído, o ayudar a un joven que intenta mantenerse puro, entonces su caballerosidad puede hacer mucho bien. Más aún: puede servir a los demás con su ejemplo, llevando una vida limpia y recta y demostrando que no se avergüenza de ello.

Ser dueño de uno mismo depende de uno mismo

Recordad que cada uno es uno, y que tiene que trazarse su propio camino hacia la felicidad. Conviene apartarse de la multitud para tomar las decisiones prácticas que llevan a dominar los deseos que nos asaltan a lo largo de la vida.

Mantenerse alejado de las compañías licenciosas, sean hombres o mujeres; estar siempre ocupado y hacer mucho ejercicio: boxeo, natación, excursiones, remo, etc.; apartar la mente de los pensamientos lascivos dedicando el tiempo libre a buenas aficiones y buenas lecturas; no beber, no fumar ni comer en exceso, ni dormir en una habitación caldeada o sobre un colchón blando, porque todo eso aviva la tentación.



El atletismo es también una válvula de escape para las fuerzas naturales. Contiene los elementos de lucha y de victoria de la fuerza física que se asocian a la guerra; por eso hay que mantenerlos en su sitio y no usarlos como formación para convertir a los jóvenes en carne de cañón.

Ya sabéis lo que es el Escultismo y el inmenso valor que tiene, así que no hace falta repetirlo.

Digamos ahora solo una palabra sobre la tolerancia: todos somos distintos, y no debemos pensar que, porque otras personas nos parezcan inferiores, hay que despreciarlas.

Por ejemplo, uno puede ser buen atleta y Pérez no serlo, pero ser bueno con los libros. No hay por qué despreciarlo: hay que vivir y dejar vivir.

Ya hemos visto con detenimiento los problemas sexuales tal como se presentan en la juventud, y espero que ahora os sintáis más tranquilos al respecto. La vida debe ser natural y sencilla; cuanto más sana es la vida que se lleva, menos problemas de este tipo surgen y menos motivos hay para preocuparse.

Recordad que, si tenéis dificultades que os preocupan, lo mejor es contárselas a vuestro padre, si podéis hablar con él, o a un sacerdote, un pastor, un médico o un maestro de moralidad reconocida.

Darle vueltas a las dificultades nunca sirve de nada.

Quien vive de verdad conforme a la Ley Scout no puede equivocarse mucho.

Hay un magnífico adagio latino con el que podemos terminar muy bien:

Mens sana in corpore sano: «Mente sana en cuerpo sano».

Una meta magnífica.

Mantened vuestro cuerpo limpio por dentro y por fuera: lavaos bien todos los días y, si es posible, nadad. El estreñimiento y la falta de higiene de los órganos genitales suelen producir irritaciones que llevan a las dificultades.

Es una lucha; pero si estáis decididos a vencer, saldréis de ella mejorados por la experiencia que hayáis ganado: habréis fortalecido vuestro carácter y el dominio de vosotros mismos, conservado una mente limpia y sana, y reforzado vuestro cuerpo con el poder de la virilidad.

Recordad también que no lo habréis hecho solo por vuestro bien, sino porque es vuestro deber hacia vuestra patria y hacia vuestra raza: para tener a su tiempo hijos fuertes y sanos, tenéis que conservaros puros.

Algunos piensan que, si no dan rienda suelta a su instinto de vez en cuando, no podrán cumplir cuando se casen. Es absurdo: la continencia no debilita las facultades.

La imaginación tiende a soñar, y los sueños pueden ser sugestivos y traer la tentación.

Sin embargo, la imaginación es una parte importante de la autosugestión y de la autocuración; por eso, el muchacho soñador es, en realidad, el mejor preparado para curarse a sí mismo siguiendo las líneas que os he propuesto.

La influencia de los padres

Muchos hombres que han sobresalido en la vida y han ocupado puestos eminentes reconocen que deben buena parte de su carácter y de su éxito a la influencia de su madre.

Es natural, porque ella los ha cuidado y les ha dado lo mejor de sí misma desde su más tierna infancia.

Un hombre tiene con su madre una deuda que nunca podrá pagar del todo. Pero lo mejor que puede hacer es demostrarle su gratitud coronando con el éxito los esfuerzos que ella hizo.

Seguramente se habrá hecho grandes ilusiones sobre lo que su hijo llegará a ser en el mundo, y si este resulta ser un vago o un fracasado, la des-

ilusión, tan amarga como secreta, le ensombrecerá la vida.

Los muchachos no piensan lo bastante en esto. Son crueles sin querer: a menudo olvidan lo que ella ha hecho por ellos y lo mucho que agradecería cualquier cosa que hicieran por ella.

Recuerdo a sir Thomas Lipton contándome la historia de su vida. Me di cuenta de lo feliz que hizo a su madre cuando, siendo recadero, le entregó el primer sueldo que ganó, y ella le dijo: «Ya verás, Tomás, muy pronto me estarás comprando un carruaje con su tiro de caballos».

Aquella frase se le grabó en la imaginación y sobre ella construyó su ambición. Desde entonces dedicó todos sus esfuerzos a reunir dinero suficiente para dar una sorpresa a su madre regalándole un carruaje con su tiro de caballos.

Me contó que, de los muchos momentos emocionantes de su vida, el que más orgullo y satisfacción le había dado fue aquel en que le entregó a su madre el premio que había ganado para ella.

Así pues, a medida que vayáis teniendo éxito, recordad que vuestros progresos no solo serán una satisfacción para vosotros, sino que darán felicidad allí donde más se merece: en el corazón de vuestra madre.

Y cuando alguna de las dificultades o tentaciones de las que os he hablado os inquiete, pensad en vuestra madre. Pensad en lo que ella desearía. Actuad en consecuencia y saldréis adelante.

Si se os presentan problemas que creéis no poder resolver por vosotros mismos, acudid a vuestro padre. Recordad que él pasó por las mismas dificultades y que puede ayudaros. Si por alguna razón vuestro padre no puede, habrá algún otro hombre mayor de vuestra confianza a quien podáis acudir.

Salvaos y ayuda a salvar la raza

Como ya os he dicho, al daros estas ideas solo quiero ayudaros a alcanzar la felicidad.

La felicidad depende mucho de la salud, aunque también de saber que uno trata de contribuir al bienestar de la nación tanto como al suyo propio. No tiene sentido casarse, y en algunos casos es un verdadero crimen hacerlo, si uno no está en condiciones, no está sano y no es capaz de engendrar hijos sanos. Parte de vuestra responsabilidad como padres será enseñar a vuestros hijos a crecer sanos.

En nuestro país se pierde una gran cantidad de felicidad por la mala salud, y la mayor parte de esa mala salud podría remediarse si la gente se cuidara razonablemente.

¿Sabéis que, en realidad, solo uno de cada tres hombres está sano, y que uno de cada diez es inválido?

De los ocho millones de jóvenes —jóvenes, no viejos decrepitos— que fueron llamados a filas durante la Gran Guerra, más de un millón resultaron no aptos para el servicio por motivos médicos.

La mayoría había nacido sana, pero sus padres o ellos mismos dejaron que su organismo se debilitara.

Otra parte nació con defectos por culpa de sus padres o de sus madres, sobre todo a causa de las enfermedades venéreas.

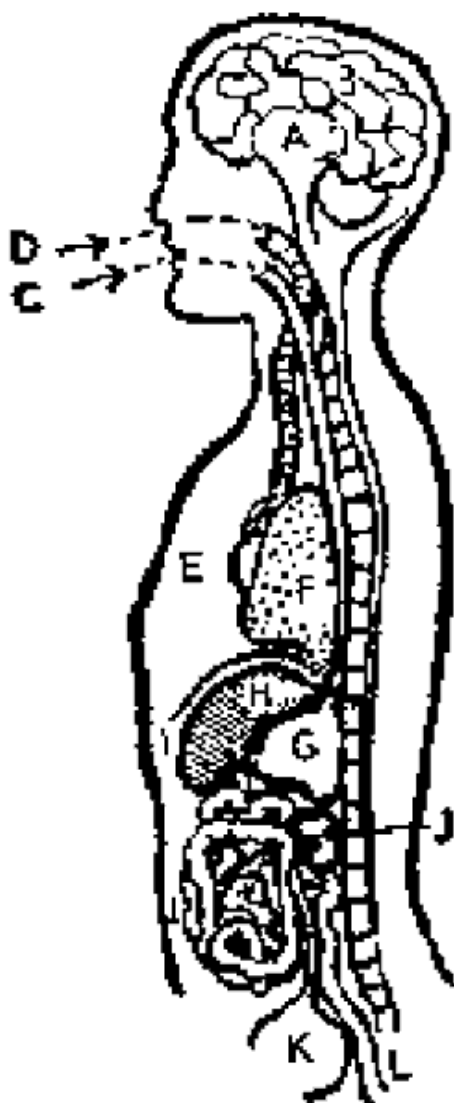
Si se sumaran todas las horas de trabajo que se pierden cada año en Gran Bretaña por enfermedad, saldrían catorce millones de semanas. Pensad en lo que eso supone en comercio y en salarios; y, sin embargo, es una pérdida muy fácil de remediar si la gente supiera cuidarse y tuviera la inteligencia de hacerlo.

Si sois maquinistas o conductores, sabéis el enorme cuidado que exige mantener una máquina bien engrasada, alimentada con suficiente vapor o gasolina, manejar las palancas con suavidad y conservar limpias todas sus piezas. Requiere atención constante y un conocimiento a fondo de cada parte de la máquina; solo así se mantiene en buen estado de funcionamiento y marcha con suavidad y eficacia.

Pues bien, todos llevamos en el cuerpo humano una máquina más admirable que cualquiera construida por el hombre, y que exige todavía más atención y mejor comprensión si queremos conservarla en buen estado. Más aún: si la cuidamos, podemos mejorarla, desarrollarla y fortalecerla, cosa que no puede hacer con su máquina el maquinista que no entiende nada de ella, la somete a toda clase de tratamientos equivocados y luego pretende que siga intacta y funcione con precisión.

Cómo conservarse sano y fuerte

Cuando estaba de servicio en las selvas de las costas oriental y occidental de África, donde las fiebres son frecuentes, me fijé en que muchos de nosotros nos manteníamos sanos mientras marchábamos todos los días; pero, en cuanto hacíamos un alto y descansábamos, aunque fuera un solo día, algunos cogían la fiebre.



El hombre, una maravillosa máquina cooperativa

- **C.** El esófago: lleva la comida de la boca al estómago.
- **D.** Las vías respiratorias: llevan el aire de la nariz a los pulmones.
- **E.** El corazón: bombea la sangre purificada, la distribuye por todo el cuerpo y la devuelve a los pulmones.
- **F.** Los pulmones: purifican la sangre con el oxígeno que reciben del aire puro.
- **G.** El estómago: recibe la comida del esófago, la mezcla con los jugos digestivos y la pasa al intestino.
- **H.** El hígado: ayuda a recoger los jugos útiles de la comida y expulsa los nocivos.
- **I.** Los intestinos: seis metros de tubo por los que pasa el alimento mientras se digiere, lo que lleva de tres a cuatro horas. Los jugos útiles se toman del alimento y pasan a la sangre, mientras los desechos pasan al recto.
- **J.** Los riñones: extraen de la sangre el agua y los desechos y los pasan a la vejiga.
- **K.** La vejiga: recoge el agua sobrante del cuerpo y la expulsa.
- **L.** El recto: expulsa del cuerpo los restos de la comida.

Yo razonaba para mis adentros que lo que mantenía limpia y fresca nuestra sangre era el ejercicio diario, que nos hacía sudar y así nos libraba de las toxinas del cuerpo.

Un día de descanso suponía respirar menos y comer más de lo habitual y, por tanto, depurar menos el organismo.

Por eso me propuse hacer un poco de ejercicio los días de descanso y comer y beber lo de costumbre.

No estuve enfermo ni un solo día, y en una ocasión hice una media de 30 kilómetros de marcha diaria durante una semana, en un clima húmedo. Nunca me había sentido mejor.

Conmigo iba un oficial blanco que tuvo que ser sustituido cinco veces por enfermedad.

En fin, me propuse mantener mi sangre limpia y pura.

La sangre pura es la que forma la carne, el músculo y la fibra, la que da el crecimiento y la fuerza.

El corazón bombea la sangre a todo el cuerpo y es el órgano más importante que tenemos. El «paso scout», que consiste en alternar carrera y marcha en tramos cortos de cincuenta pasos, evita al corazón el esfuerzo que supone correr una gran distancia, deporte para el que no todo el mundo está físicamente preparado.

Aire fresco

La sangre necesita mucho oxígeno —es decir, aire fresco— para conservarse pura. Vivir encerrado, sin aire fresco, envenena pronto la sangre y hace que la gente se sienta cansada y aburrida sin saber por qué.

Por mi parte, duermo al aire libre tanto en verano como en invierno; solo me siento aburrido y cansado cuando paso mucho tiempo en un sitio cerrado, y solo me resfrío cuando duermo en una habitación cerrada.

El *British Medical Journal* de febrero de 1922 publica un informe según el cual la vida al aire libre mejora el metabolismo de los enfermos de un hospital (¡vaya palabreja! Significa sacar el mejor provecho químico de los alimentos que uno toma) hasta el punto de elevar la media en un 40 %.

Limpieza

He dicho que hay que limpiarse por dentro, pero si uno quiere conservarse sano también es importante limpiarse por fuera.

Los soldados de caballería destacan por su limpieza. Lo cierto es que aprenden a ser limpios por cómo tienen que cuidar a sus caballos, a los

que hay que asear al menos dos veces al día, manteniéndoles limpia la piel y todo el cuerpo, para que estén sanos y frescos.

No siempre se puede uno bañar a diario, pero sí puede hacerse con una toalla áspera, mojarla y darse con ella una buena friega.

Respiración

«Cierra la boca y salva tu vida» es el título de un folleto que escribió Catlin a raíz de sus experiencias con los indios pieles rojas.

Estos enseñan a sus hijos desde muy pequeños a respirar por la nariz y no por la boca. Lo hacen en parte para que no ronquen y se delaten ante el enemigo por la noche, pero también porque creen que una boca abierta revela el carácter de la persona.

Un inglés quería batirse en duelo con un piel roja, pero, para que la pelea fuera limpia, renunció a las pistolas y a otras armas a las que el indio no estaba acostumbrado. Le propuso que ambos se desnudaran y lucharan armados cada uno con un cuchillo. El indio sonrió y le dijo que pelearía si el inglés seguía queriéndolo, pero que a este le iría muy mal.

Cuando le preguntaron por qué lo decía, explicó que el inglés solía tener la boca abierta, y que él no temía a ningún hombre que lo hiciera, porque era señal de debilidad de carácter.

Pero nosotros sabemos, además, que perjudica la salud, porque quien respira por la boca traga los gérmenes del aire, en lugar de que queden atrapados por la humedad del interior de la nariz.

La mejor manera de coger un resfriado u otra enfermedad es ir por ahí respirando con la boca abierta.

Dientes

Se dice que casi la mitad de las enfermedades de la población pueden achacarse a una mala dentadura.

Aunque todo el mundo tiene buenos dientes de niño, muy pocas personas conservan una buena dentadura pasados los veinticinco años, y eso se debe sobre todo a la falta de cuidado.

A los niños se les enseña lo importante que es limpiarse bien los dientes después de cada comida, pero los mayores no se preocupan. Los dientes picados y las encías enfermas no solo impiden masticar bien la comida, sino que pueden criar en la boca esos pequeños brotes llamados gérmenes o microbios, que, mezclados con la comida, bajan al estómago y aportan continuamente una pequeña dosis de veneno. Poco a poco, eso hace que la gente se sienta aburrida y deprimida sin saber por qué.

Si queréis saber qué gérmenes tenéis en la boca, hay un experimento interesante que todos podemos hacer. Se pone un poco de agua oxigenada en un vaso de agua y se mete en él un cepillo de dientes limpio. No pasa nada. Pero si uno se limpia los dientes con ese cepillo y luego lo vuelve a meter en el vaso, verá formarse miles de burbujas en el agua, lo que significa que otros tantos gérmenes están muriendo.

En otra parte de este libro ya he hablado de la alimentación, la templanza, el tabaco, la bebida y el sueño.

Así pues, si uno quiere ser fuerte y conservarse sano, tiene que mantener buenos hábitos: estar siempre limpio por dentro y por fuera, hacer mucho ejercicio al aire libre, comer alimentos sencillos y con moderación, no fumar ni beber mucho, respirar por la nariz y dar gracias a Dios por conservarle la vida.

Ejercicio

Una vez, una alta autoridad en materia de educación me preguntó si no me parecía que construir gimnasios en todas las ciudades —aunque costara millones— sería dinero muy bien gastado, porque contribuiría a la salud y la fortaleza de la juventud.

Le contesté que las dos razas más fuertes y sanas que conocía eran los zulúes y los butaneses, campesinos del Himalaya. En ninguno de esos dos países había visto jamás ni rastro de un gimnasio; en cambio, había gran cantidad del aire fresco que Dios puso en la Tierra, y la gente caminaba, corría y subía montañas mucho como parte de su trabajo diario. Y yo creía que esos eran los mejores tónicos que se le pueden dar a cualquier hombre.

El aire fresco y el ejercicio son absolutamente imprescindibles para la salud, tanto mientras se está creciendo como cuando ya se ha alcanzado el pleno desarrollo. Yo empiezo siempre el día con un poco de ejercicio al aire libre nada más levantarme, pero eso es solo para empezar.

Cuando hablo de andar me refiero a hacerlo con brío, y no a ir con esa flojera que parece más bien arrastrarse.



Algunos hombres hacen gimnasia; a otros les gustan las paralelas y otras formas de ejercicio que desarrollan los músculos. Se entrenan hasta que estos se convierten en grandes bultos y luego se hacen fotografiar, pero no sacan de ello nada práctico.



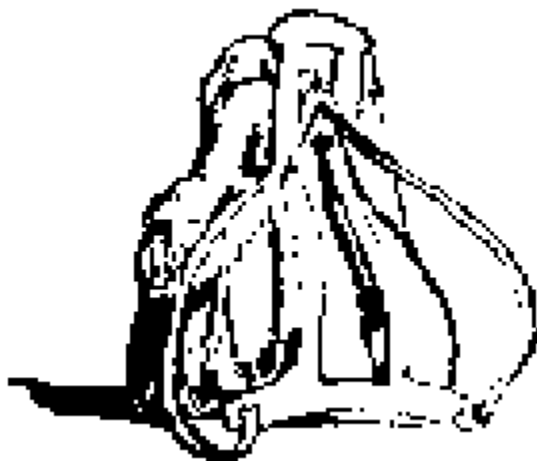
Este trabajo se suele hacer en lugares cerrados.

El buen ejercicio debe hacerse al aire libre, y el mejor es a la vez el más fácil y el más barato:

Caminar. Las caminatas de fin de semana son lo mejor para conservar la salud de la mente y del cuerpo.

La mochila

No conozco nada más agradable, más animado ni más saludable que una buena excursión de fin de semana. Con una mochila a la espalda uno es libre e independiente; se carga con todo lo esencial y nada de lujos. En ella no cuenta cada kilo, sino cada gramo, que se hace notar cuando la caminata es larga. No hay nada que pueda competir con la mochila de tipo noruego, con su armazón ligero de madera o de metal, que la sujeta firmemente en su sitio sin que se mueva y sin que dé calor en la espalda. En ella cabe, además de la ropa, una pequeña tienda de campaña que se monta con el bordón o con el tronco de un árbol, y el equipo para dormir, incluida una manta impermeable.



Mi mochila, con su armazón de madera que evita el roce en la espalda.



Tienda para acampada itinerante. Peso total: un kilo.

¿Se pueden hacer estas excursiones de fin de semana durante todo el año? ¿Y el tiempo? ¿Puede haber algo mejor que una excursión en un día frío y ventoso? Y si llueve, mejor todavía: se siente una verdadera alegría cuando, al final del día, se llega a una vieja casa de labranza o a una posada con un buen fuego en la chimenea. Con la práctica de las excursiones y de la vida al aire libre, uno se curte hasta tal punto que apenas nota el tiempo que hace, y menos aún le da importancia. Con frío o con calor, con lluvia o con sol, se gana en vigor, en vitalidad y en alegría.

Todo un hombre

Un joven limpio, en la plenitud de su salud y de su vigor, es la criatura más excelsa que Dios ha puesto en este mundo.

Una vez tuve a mi cargo a un grupo de jefes suazis durante su visita a Inglaterra. Al final, cuando ya habían visto la mayor parte de las cosas interesantes del país, les pregunté cuál era la que más admiración les había causado.

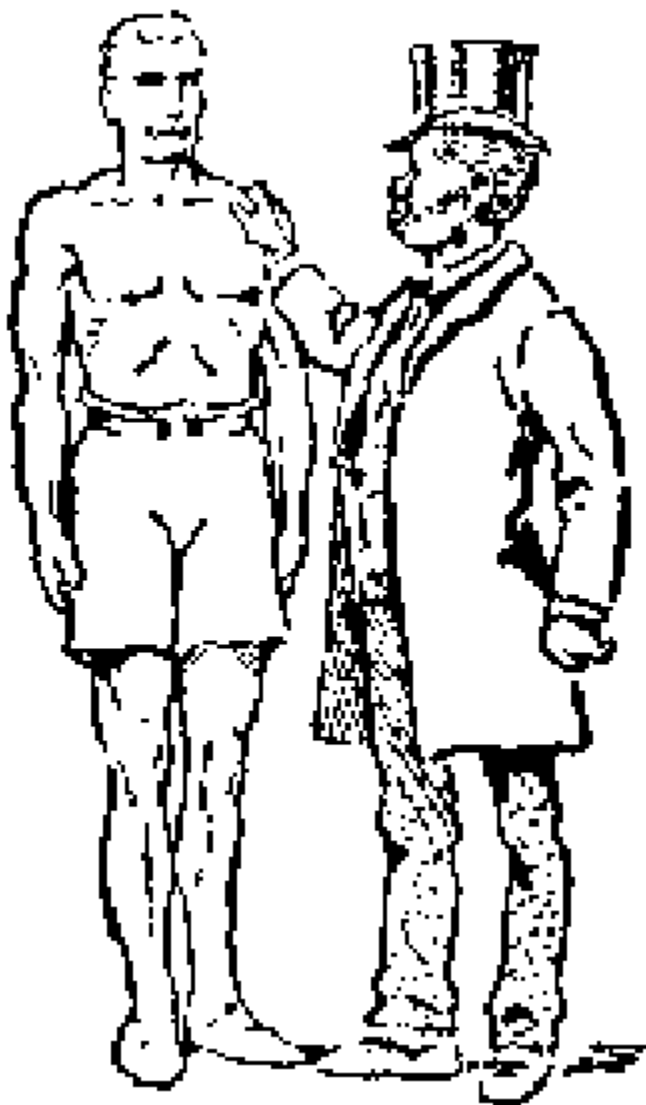
(Por cierto, formaban un grupo digno de verse: habían dejado a un lado sus trajes nativos y se habían vestido de levita cruzada y sombrero de copa).

Por unanimidad señalaron como lo mejor de Inglaterra el autobús londinense. Les habían encantado sus colores vivos y la idea de que solo servía para hacer excursiones de placer.

Lo siguiente, a su juicio, era el grupo de instructores de gimnasia del gimnasio de Aldershot. Al verlos hacer sus diversos ejercicios quedaron prendados de ellos, pero no se dieron por satisfechos del todo hasta que los instructores se desnudaron y les enseñaron el desarrollo de sus músculos.

He de decir que aquellos gimnastas eran de verdad magníficos ejemplares de lo que debe ser un hombre, activos y despiertos tanto de mente como de cuerpo.

Muchos venían de hogares humildes, pero por su propio esfuerzo se habían desarrollado hasta llegar a ser lo que eran, el orgullo de su juventud. Consideraban que esta era demasiado valiosa para cambiarla por coqueteos con mujeres, bebida y tabaco. Los salvajes suazis sabían apreciar la fuerza y la belleza viriles.



Un hombre blanco y un hombre.

Es un hombre, y desprecia a los de mente enfermiza, a los petimetres, a los que usan un lenguaje sucio y no tienen columna vertebral.

Dios os ha dado un cuerpo —mejor dicho, os lo ha prestado— para que hagáis el mejor uso de él: no para que lo ahoguéis en vino ni para que lo volváis miserable y débil con el libertinaje, sino para que lo cuidéis como es debido, lo fortalezcáis y lo desarrolléis hasta que llegue a ser una verdadera estampa de hombre y de padre de varios hijos.

Podéis conseguirlo si queréis; depende de vosotros. ¡Y qué aventura tan espléndida!

San Jorge, que luchó con el dragón, estará a vuestro lado en la lucha contra la tentación y os ayudará a vencerla, para que al final os presentéis como hombres limpios, fuertes y caballerosos ante la muchacha a la que améis. Habréis dado un paso más hacia la felicidad y habréis preparado vuestro cuerpo para servir a Dios en el desarrollo de la raza a través de sus mejores ejemplares.

Matrimonio

Tendréis vuestras aventuras amorosas

Conozco las dificultades que esto supone. La vida corriente de una ciudad o de un pueblo tiene poco de romántica y de emocionante, y a vuestra edad la mujer se apodera de vuestro pensamiento de una forma nueva y seductora.

Por eso, escoger compañera es una gran aventura para un joven. Unas veces querrá exhibirla ante los demás como muestra de hombría, y otras preferirá tenerla solo para él.

No penséis que esto no es natural; al contrario, como ya he dicho, responde a las leyes que gobiernan tanto a los animales como a los hombres.

Pero en el caso del hombre hay una diferencia. El hombre tiene una mente y una inteligencia que los animales no poseen; puede ver el romanticismo que hay en elegir a la compañera a la que va a entregar su admiración, su amor y su devoción. Todo eso está muy por encima del instinto animal. Es lo que forma el amor humano, en contraposición a la sensualidad animal; y cuanto más se eleva sobre el instinto animal, menos se parece a la bestia y más al hombre.

El paso más importante hacia la felicidad en este camino es elegir a la muchacha adecuada, pues ya se sabe que hay mujeres y hay muñecas.



El amor bobo

Los muchachos muy jóvenes, por supuesto, se dejan llevar por completo por la cara y la figura: hoy se enamoran de una y mañana de otra, siempre perdidamente, y a veces de dos o tres a la vez.

Seguramente creen que es la aventura más gloriosa del mundo, pero quizá unos días después resulte ser la tragedia más desastrosa que le pueda

ocurrir a nadie. A muchos jóvenes les pasa en esta etapa de su vida que, con cada riña amorosa, les entran ganas de suicidarse; pero no lo hacen.

Os consolará saber que esto le pasa a todo muchacho y que se conoce como «amor bobo». No tiene nada de malo, ni hay en ello motivo para avergonzarse o deprimirse. De hecho, al cabo de un tiempo, cuando aparece la muchacha de verdad, uno se ríe de sus primeras ideas sobre el amor.

Pero durante la época del amor bobo nunca hay que olvidar que uno es un hombre y no una bestia. Hay que portarse como un hombre, jugar limpio y con honradez con la muchacha, pensando en los futuros hijos, ante los que más adelante habrá que responder.

Uno siempre va sobre seguro si corteja a muchachas que puede llevar a su casa y de cuya amistad con su madre y sus hermanas no se avergüenza.

Recordad que, sea quien sea, ella es hermana de alguien; pensad en él y portaos con ella como querríais que los demás se portaran con vuestra propia hermana.

Cómo encontrar a la compañera adecuada

La compañera adecuada aparecerá tarde o temprano, siempre que uno no pierda la cabeza. El amor bobo se esfumará y encontraréis a la muchacha cuyo carácter admiráis y respetáis, cuyos gustos se parecen a los vuestros y cuya camaradería habéis deseado. No os atraerá solo su persona, sino su personalidad.

Descubriréis una forma de amor nueva, serena y profunda, que os unirá a ella y que, si sois inteligentes, nunca dejaréis que se apague.

¿No querréis que ella llegue a vosotros pura y limpia? ¿Y vosotros? ¿Vais a esperar de ella lo que vosotros ya no podéis ofrecerle?

Eso no sería ni varonil ni justo. No, si queréis tener una felicidad real en la vida y disfrutar del gozo supremo de casaros con una mujer buena de la que podáis esperar amor y respeto.

No empecéis vuestra vida de casados con una mentira, porque tendréis que seguir mintiendo siempre, y eso acabará con la confianza mutua.

Advertencia de un tocinerero sobre el noviazgo

Si no habéis leído el libro titulado *Cartas de un comerciante hecho a sí mismo a su hijo* (*Letters from a Self-Made Merchant to His Son*), os espera algo muy agradable. Es un libro muy divertido y, a la vez, un consejero profundo.

El comerciante es un norteamericano dueño de una empresa de embutidos que escribe a su hijo, que ocupa un puesto modesto en el negocio. Se ha enterado de que su hijo corteja a cierta joven.

Y le dice: «Me imagino que es como escribir en el agua pedirte que te dejes guiar por mis consejos en esta materia, porque, aunque un joven consulte a su padre antes de comprar un caballo, se considera perfectamente capaz de escoger a su esposa.

»Puede que los matrimonios se hagan en el cielo, pero la mayoría de los noviazgos se hacen en los recibidores, a media luz, de modo que el joven no sabe exactamente lo que se lleva.

»A un hombre no le importa mucho la familia de la muchacha mientras la corteja, pero tiene mucho que ver con ella cuando le pone casa.

»Tu madre y yo nos instalamos en una de esas casitas de cuento de las que uno quiere marcharse en cuanto va a vivir en ellas. Tenía unas enredaderas magníficas en el porche, pero no había agua en la cocina; montones de flores en el jardín, pero también montones de ratas en el sótano; media hectárea de terreno detrás, pero por dentro era tan pequeña que yo tenía

que sentarme con los pies colgando por la ventana. Era el sitio ideal para ir de merienda al campo, pero la experiencia me ha enseñado que la mayoría de las meriendas campestres se hacen antes de casarse.

»Sin embargo, de un modo u otro, nos las arreglamos para estar contentos con todo aquello, porque nos habíamos propuesto divertirnos con todo lo que nos fuera saliendo al paso.

»Para la mayoría de la gente, la felicidad es algo que siempre se aplaza hasta el día siguiente, pero yo tengo por norma *no posponer nunca la felicidad hasta mañana*». (La cursiva es mía).

«Por supuesto, cuando te cases tendrás que tener con qué mantener la casa, y eso te va a ocupar mucho tiempo y muchos pensamientos, y te dejará muy poco margen para jugar al golf. Lo menciono solo de pasada, porque veo en los periódicos de Chicago que formabas parte de los jugadores que compitieron una tarde hace quince días. El golf es un buen juego y, aunque tonto, no hace daño a nadie, que yo sepa; pero un individuo que quiere ser jefe de una empresa de embutidos no tiene mucho tiempo que perder durante el día en ningún campo, como no sea en un campo de salchichas.

»Es verdad que un hombre necesita cierta cantidad de diversión, igual que un niño tiene derecho a un trozo de pastel al final de la comida, pero no debe hacer del pastel su comida.

»Tu sueldo todavía no es muy alto, pero puedes comprar mucha felicidad con cincuenta pesos a la semana si tienes de agente de compras a una buena mujer. Y aunque no me entusiasma mucho eso de «contigo, pan y cebolla», el amor en un piso con cincuenta pesos a la semana es lo adecuado para empezar, si la muchacha también es la adecuada. Si no lo es, da igual cómo se empiece: de todos modos se acaba mal.

»El dinero nunca debe ser el motivo para casarse, pero siempre es algo que hay que tener en cuenta. Cuando un muchacho y una muchacha no

piensan lo suficiente en ello antes de la ceremonia, tendrán que pensar mucho en ello después; y cuando un hombre tiene que pasarse la velada en casa haciendo cuentas, no le queda mucho tiempo para sentar a su mujer en las rodillas más de una vez...

»No es verdad eso de que dos pueden vivir con menos que uno. Una buena mujer duplica la felicidad de un hombre, y también sus gastos; pero es una buena inversión, siempre que el individuo tenga dinero que invertir.

»Un hombre casado merece más sueldo que un soltero, porque su mujer le hará trabajar más. Probablemente se acostará y se levantará más temprano, hará las cosas con más constancia y trabajará más que el individuo que tiene que divertir a una muchacha distinta cada noche y nunca para en casa.

»Por eso te voy a subir el sueldo a setenta y cinco pesos a la semana el día que te cases».

Por otra parte, en *Enchanter's Nightshade* podéis leer:

«Todos los hombres parecen querer hacer dinero en cuanto llegan a una ciudad». «Bueno, deberían casarse». «No necesitarán mucho dinero».

Los ingresos, un detalle importante

Las dos ideas tienen su parte de verdad, pero el consejo del viejo tocinerero es sólido, aunque menos romántico. Antes de casaros, será asunto vuestro aseguraros de que estáis en una posición que os permita mantener a vuestra esposa y a vuestra familia; de lo contrario, los condenaréis a ellos, y a vosotros mismos, a una existencia de lucha constante.

El éxito en los negocios no es cuestión de suerte, de favores o de enchufes, ni tampoco de estudios, sino más bien de capacidad y de carácter,

es decir, de absoluta fiabilidad, de tacto y de energía.

En la práctica, esto vale para cualquier actividad comercial o profesional. El otro día me preguntaron qué entendía yo por tacto, y solo pude responder citando el viejo ejemplo del fontanero oportuno: al entrar en un cuarto de baño que una señora había dejado sin cerrar con llave mientras lo usaba, dijo sin vacilar: «Disculpe usted, caballero; no sabía que estaba aquí», y volvió a cerrar la puerta.

* * *

En un local de Rovers (véase el capítulo final) estaban felicitando a un miembro por su compromiso de matrimonio.

—¿Quién es la chica?

—¡Oh, es una Guía!

—¡Espléndido! ¡Qué buena idea! ¡No podrías haberlo hecho mejor!

E inmediatamente otros dos jóvenes se sumaron a las felicitaciones al anunciar que ellos también estaban prometidos con Guías.

Veo en esto un futuro prometedor.

Así podréis tener esposas que sean mejores compañeras, porque han compartido la misma afición por la acampada y el aire libre, con toda la laboriosidad y la soltura necesarias, y con la salud y el buen carácter que da esa vida. Me imagino que, si fuera a visitaros a vuestra casa una vez casados, no solo encontraría un hogar feliz, sino también un hogar limpio, porque los campistas están acostumbrados a dejar el lugar tan ordenado como lo encontraron: no vería montones de latas viejas, papeles y otras basuras que son la desgracia de muchos de nuestros jardines.

El hombre adquiere deberes al casarse

Una vez alguien me leyó la buenaventura en las rayas de la mano y me dijo: «Su línea de la cabeza es más fuerte que la del corazón». Quería decir que no me dejaría llevar por las piernas detrás de la primera muchacha bonita que viera, sino que pensaría mucho en el carácter de la muchacha que admirara, además de en su aspecto. Y esa es, sin duda, la manera de hacer vuestra elección. Al hacerla, procurad al menos pensar muy bien en lo que esperáis de vuestra futura esposa, sin olvidar su punto de vista y lo que ella espera de vosotros como maridos. Pensadlo.

Cuando me casé, un viejo amigo, al felicitarme, me dio también una nueva visión de mi futuro estado al decirme: «Querido amigo, llevo doce años casado y seguimos de luna de miel. La vida nos ha traído cada vez más felicidad».

Y en mi caso también he comprobado que es verdad.

Espero que lo mismo os ocurra a vosotros, que leéis esto. Para ello necesitáis usar vuestra «línea de la cabeza» además de la del corazón, y eso significa empezar por acercaros a la muchacha adecuada.

Pensad que conseguir el «sí» de una muchacha no es más que un paso, y que de esa palabra depende una larga vida para los dos: de felicidad mutua o de hastío.

Así que, como ya os he dicho, «sed inteligentes»; es decir, al tomar a la muchacha que será vuestra esposa «en lo bueno y en lo malo», preparaos más bien para que el amanecer rosado dure.

Llegarán nubarrones, y tenéis que estar preparados para ello: eso es lo que quiero decir con ser inteligentes.

No tengáis secretos con vuestra esposa; así ella tampoco los tendrá con vosotros y seguiréis navegando.

Habrá épocas de apuros y pequeñas dificultades en casa a las que nunca os habéis enfrentado. Antes de casaros solo hacéis las cosas para vosotros; ahora tendréis que dejar vuestro yo en segundo plano y hacer cosas para vuestra esposa y, más adelante, para vuestros hijos. Por vuestra parte, tendréis que desprenderos de ciertos rasgos de ego  simo, como protestar por la comida porque no es de vuestro gusto. Mirad las cosas desde su punto de vista.

Re  ir no arregla nada. En lugar de eso, llevadle pequeños regalos de amor, de admiración y de orgullo, como cuando la cortejabais; sonre  id siempre, pero muy especialmente en esa época en que la mayoría de las mujeres se salen un poco de lo habitual, poco antes de que llegue el primer bebé. Tendréis que demostrar vuestra hombría y vuestra caballerosidad tranquiliz  ndola y protegiéndola.

Si está algo rebelde, será por el amor que os tiene. Si la atend  is, sabr   corresponder. Las mujeres no solo son mucho más agradecidas que los hombres, sino que su carácter se amolda según cómo las trate su hombre.

Si él es desagradable, ella se pondrá arisca; si él es amable, ella lo será todavía más, y entonces habrá amor y sonrisas en la casa.

La felicidad de los hijos

  Hab  is leído el relato de Rudyard Kipling *Ellos* (*They*)? Lo le   mucho antes de casarme, en la sabana africana. Lo que me ha quedado en la memoria no es la deliciosa descripción del paisaje inglés, de los hogares del Viejo Mundo, etc., sino el momento en que el hombre cree sentir en su mano los dedos inquietos de un niño.

Durante años esa imagen permaneció en mi mente tan viva como en el relato. Pero ahora que he sentido de verdad una manita entre las m  as, he experimentado una sensación que nunca había tenido.

Como ya os he dicho, el cielo no es solo algo vago que está en algún lugar del firmamento.

Está aquí, en la Tierra, en nuestra propia casa. No depende de la riqueza ni de la posición, sino que está en uno mismo, en el propio camino, en nuestra propia cabeza, nuestro corazón y nuestras manos.

La responsabilidad de ser padre

Pero la paternidad trae consigo una gran responsabilidad. Los niños aprenden sobre todo del ejemplo de los mayores.

El padre desagradable y egoísta no debe sorprenderse si un día su hijo reniega de él y sigue su mismo camino; entonces se dará cuenta de que estaba equivocado. Educad a vuestros hijos mediante el amor y no mediante el temor.

El padre bondadoso se gana hijas cariñosas e hijos leales. Como ya os he dicho, seréis más felices si procuráis dejar este mundo un poco mejor con vuestros actos.

Un paso en esa dirección, que está en vuestra mano dar como padres, es hacer de vuestros hijos hombres mejores que vosotros, enseñándoles lo que sabéis, lo que hay que buscar y lo que hay que evitar. Desearán especialmente la ayuda de vuestros consejos cuando se acerquen a la edad adulta.

Pensad en lo mucho o lo poco que vuestro padre hizo por vosotros, y haced algo mejor por vuestros hijos.

Eso os hará más felices.

Pero ¿estáis preparados para ello? Puede que os hayan formado, o que os hayáis formado vosotros mismos, para vuestra profesión, que al fin y al cabo solo durará unos cuantos años. Pero ¿habéis recibido alguna formac-

ión en esta otra materia, mucho más importante, de la que tanto depende el futuro de vuestros hijos?

¿Tenéis alguna práctica en la formación y la educación de muchachos? ¿En conocer sus costumbres, juzgar su temperamento y desarrollar su carácter?

Todo esto tiene una importancia enorme para vosotros, dada la responsabilidad de vuestra posición como padres.

Espero poder daros en el último capítulo algunas sugerencias prácticas sobre esto.

Algunos padres se oponen a que se hable a sus hijos de los problemas del sexo y de las enfermedades venéreas. Yo he oído a algunos hombres maldecir a sus padres por no haberles hablado del sexo. Personalmente, creo que ningún padre que haya conocido los efectos de la ignorancia — o, peor aún, de las ideas equivocadas que los chicos reciben demasiado pronto de sus compañeros— dudará en advertir a sus hijos.

Un último consejo para la felicidad

Pero quiero advertiros de que todavía hace falta otro ingrediente para que vuestro cielo sea completo.

Vino a verme un hombre que había sido un gran cazador y naturalista en el África central, agricultor en la Columbia Británica, que había fundado una plantación de tabaco en el África oriental y había recorrido el mundo en una vida de aventura y de romanticismo. Ahora se había establecido en una isla de su propiedad en el océano Índico, en un clima tranquilo y glorioso, de mucho sol y con un entorno sano y bello. Cualquiera habría pensado, como él al principio, que aquello iba a ser el cielo después de todas sus aventuras; pero había llegado a la conclusión de que en aquel paraíso había un punto negro.

Se había dado cuenta de que vivía cómodamente, pero solo para sí mismo.

Esa convicción lo llevó a abandonar aquella existencia para cambiarla por la vida, es decir, por una actividad en favor de los demás.

A mí me pasó algo parecido al terminar mi carrera de soldado. Había sido muy variada y activa, con su lado agitado y su lado tranquilo, y yo había disfrutado de cada uno de sus minutos.

Al final, mi ambición era instalarme en una pequeña finca, en un rincón apartado del mundo.

Hice planes para ello, pero se me ocurrió una idea: que la ociosidad y la satisfacción del propio yo no son la felicidad, y que la verdadera felicidad solo se consigue con el servicio.

De ahí otro capítulo más de este libro.

En resumen:

El sexo es universal en las distintas formas de vida: hombres, animales, aves, peces y reptiles. También se encuentra en el reino vegetal y en las formas más primitivas de materia viva. No hay pecado en el sexo. El pecado está en el abuso del sexo.

En el hombre primitivo, el que todavía no se ha echado a perder y toma el sexo como algo natural, no existen los mismos problemas que en el hombre «civilizado». Entre los civilizados siempre ha habido cierta vergüenza y cierto misterio en torno a esta materia, y eso conduce al pecado y al abuso. De ahí el problema de la prostitución y de las enfermedades venéreas. Estas enfermedades no existen entre las razas verdaderamente primitivas que aún no se han echado a perder; cuando la «civilización» contamina a esas razas, aparecen. Y son de verdad algo espantoso. Si la sífilis no se trata pronto y de forma adecuada, puede incluso transmitirse a los descendientes. La ceguera, la parálisis y la locura son posibles consecuencias suyas. La gonorrea, del mismo modo, puede tener efectos duraderos,

y los recién nacidos contagiados por sus madres quedan ciegos sin remedio. Es bueno que sepáis algo de estas enfermedades, que son consecuencia de la promiscuidad. Ocurre a menudo que una muchacha que ha andado con hombres, sin ser en realidad una prostituta, tiene una enfermedad venérea leve que se manifiesta de forma tan ligera que ella ni siquiera se ha dado cuenta. Ya veis lo peligroso que puede ser esto. Si por desgracia alguno de vosotros o de vuestros amigos contrae una enfermedad venérea, lo único que hay que hacer es ir al médico. Con los medios modernos de que se dispone para tratar estas enfermedades, pueden curarse si se atienden a tiempo.

Recordad que la meta ideal es que el hombre llegue al matrimonio tan puro como la mujer. Si en esta materia hubiera igualdad, sería un gran paso hacia una actitud más sana. Sin embargo, no esperéis resolver todos estos difíciles problemas que los reformadores sociales y otros llevan muchos años estudiando con poco resultado hasta ahora. Cada uno de vosotros puede poner su granito de arena para que las cosas mejoren. El sexo es a menudo tema de chistes obscenos que no tienen ninguna gracia. Como hemos visto, forma parte de los seres vivos y requiere un trato apropiado.

Lo que otros han dicho sobre el asunto

- Los hombres deben ser muy buenos con las mujeres, porque la naturaleza les ha dado a ellas la parte más difícil y poca fuerza para llevarla a cabo (Abraham Lincoln).
- Tened un corazón que nunca se endurezca, un ánimo que nunca decaiga y un tacto que nunca hiera (Charles Dickens).
- Quien encuentra esposa encuentra un bien y alcanza el favor del Señor (Proverbios 18, 22).

- La salud vale más que la riqueza.
- La pureza es lo más cercano a la santidad.
- Un caballero es aquel que lleva limpias hasta las uñas de los pies.
- Temer a mi padre no significa necesariamente respetarlo.
- El palo suele ser el responsable de que haya un cobarde y un mentiroso.
- Hombres, con la ayuda de Dios, sed hombres.
- Así como el hombre fue creado para la salud, también fue creado para la felicidad (Maeterlinck).
- No dejéis que vuestro ojo guíe vuestra fantasía, ni que vuestra voluntad se pliegue a vuestra fantasía; dejad que vuestro entendimiento sea el moderador entre vuestro ojo y vuestra fantasía (F. Quarles).

Libros útiles

- *El cuidado del cuerpo*, de F. Cavanagh.
- *Ese cuerpo vuestro*, de J. W. Barton.
- *Combate de la fuerza*, de Hormaert.
- *Castidad y juventud*, de T. Toth.

4. Charlatanes y presuntuosos



Escollo número cuatro

EL LADO SOMBRÍO DE ESTE ESCOLLO ES EL PELIGRO DE CAER EN las garras de los charlatanes, los descontentos, los presuntuosos y los extremistas.

El lado luminoso es el desarrollo de la autoeducación y del servicio a la comunidad, que contrarresta el señuelo de la charlatanería.

Charlatanería

- El cuclillo tiene sus imitadores humanos en los charlatanes. El charlatán político es el persuasivo cabecilla del rebaño.
- El balancín industrial.
- El que provoca huelgas en la industria.
- Necesitamos evolución, no revolución.
- La educación general es muy necesaria.
- El peligro de convertirse en un charlatán ambicioso.
- El charlatán «snob».
- El pedante efusivo.

Autoeducación

La salvaguarda contra los charlatanes, que pueden llevarle a uno a la ruina o absorberle, es la autoeducación.

- Los libros y cómo leerlos.
- Los viajes como medio de educación.
- La autoexpresión en el arte.
- La autoexpresión en la palabra, con algunas sugerencias.
- Materias de autoeducación para el servicio cívico.
- El servicio debe ser vuestra meta al aceptar cualquier cargo público.
- El servicio cívico y cómo prepararse para él.
- Cómo está constituido nuestro gobierno nacional.
- El Imperio y sus dos fases.
- Lo que el Rey significa para el Imperio.
- Relaciones internacionales.
- Privilegios y oportunidades de la ciudadanía, abierta a todos.
- Puntos de reflexión.
- Libros útiles.

Cómo un charlatán impone su voluntad sobre los demás

¿Habéis observado alguna vez a un cuclillo en plena faena? Tiene algo de explotador y algo de comunista. Cuando va a poner un huevo, no se toma la molestia de construir su propio nido: busca a su alrededor el nido de otro pájaro, preferiblemente el de la inofensiva alondra de los prados. Cuando encuentra uno, se mete dentro sin hacer caso de las protestas de

la dueña, coge con el pico uno de los huevos de la alondra y pone el suyo en su lugar. Después vuela al árbol más cercano y se come el huevo robado. La alondra, por su parte, acepta sumisa la carga que le han impuesto y hace el resto: incuba el huevo del cuclillo junto con los suyos. El resultado es un polluelo espantoso que, antes incluso de abrir los ojos, ya desprecia a sus compañeros de nido y acaba echándolos fuera uno a uno, hasta quedarse con el nido entero para él solo y con los padres alondra dedicados por completo a alimentarlo.

Todos conocemos la voz insistente con la que el cuclillo se hace oír por encima de los demás pájaros. Pero esto no ocurre solo entre los pájaros: también tenemos cuclillos humanos.

El cuclillo humano

El cuclillo humano suele ser una especie de persona superior que no admite en ningún asunto otro punto de vista que el suyo. Es el egoísta que siempre quiere salirse con la suya, que se aprovecha del trabajo de los humildes en beneficio propio y aparta a quienes se cruzan en su camino y le impiden hacer su voluntad. Los cuclillos humanos adoptan distintas formas: los excéntricos, los politicastros, los intelectualoides, los snobs de sociedad y toda clase de extremistas.

Estos cuclillos encierran dos peligros: uno, que te convenzan para seguirlos; el otro, que te conviertas en uno de ellos.

El orador populachero

¿Habéis visto alguna vez cómo se atrae a los patos salvajes a una trampa? Se manda a un perro amaestrado a hacer piruetas ridículas en la orilla de un arroyo que lleva al túnel donde está colocada la red. La bandada, por lo

demás sensata, no puede resistirse a seguir a ese animal tan curioso que tiene delante y así, en parte por su voluntad y en parte contra ella, nada hacia su tumba.

¿Habéis estado alguna vez un viernes en el mercado Caledonian de Londres? Allí se ven expertos de todas clases vendiendo mercancías. No son comerciantes corrientes: son maestros en su arte. Hablan y gesticulan de tal modo que asaltan los oídos y los ojos del transeúnte, y al final se apoderan de él, igual que el perro de los patos.

Yo mismo estuve a punto de caer en su red un día que pasaba por aquel lugar tan concurrido. En realidad, solo buscaba unos candelabros de bronce para mi chimenea. Como tantos otros, me vi atraído hacia el lote número cuatro. No tenía nada que ver con candelabros: sencillamente, el vendedor me había hipnotizado para que pujara por su mercancía. En todo el lote no había nada que me sirviera de lo más mínimo, salvo una vieja silla de montar, una lima y un par de bocados de freno muy gastados.

Pero aquel charlatán tenía tal poder que apenas logré escapar de sus garras, y fue para caer en las de otro igual de persuasivo que estaba a la vuelta de la esquina vendiendo cortinas de punto.

Y allí estuve a punto de picar otra vez. No porque necesitara cortinas, sino porque aquel hombre decía que tenía muchísima prisa: había empaquetado todas sus cosas y, por descuido, se le habían quedado fuera aquellas cortinas, así que prefería venderlas a cualquier precio antes que deshacer de nuevo los paquetes. Lo curioso era que, un minuto después, volvía a tener la misma prisa y a ofrecer la misma oportunidad maravillosa.

Por suerte, también pude escapar, alejándome en dirección contraria. Pero cuando volví una hora más tarde, seguía vendiendo cortinas como rosquillas, porque seguía con la misma prisa desesperada y apremiaba a la

gente para que se las llevara deprisa, aunque probablemente después tuvieran que arrepentirse con toda calma.

Lo mismo ocurre con el orador político de voz chillona, que en un momento embauca a una multitud de jóvenes inexpertos que lo escuchan con la boca abierta porque nunca se han tomado la molestia de estudiar la otra cara del asunto sobre el que él despotrica. Caen como ciruelas maduras cuando se sacude el árbol, dispuestos a seguirlo y a aprenderse la Internacional o el grito de «¡Abajo el imperialismo!», según predique el comunismo o arremeta contra el imperialismo agresivo. Hipnotiza a la multitud, pero no deslumbra a la persona que no está dispuesta a dejarse llevar por lo que hacen los demás.



Y no es solo el orador quien atrapa a los que escuchan sin reflexionar: hay escritores que hacen lo mismo. Quién sabe por qué, pero cuando uno

al investigar un poco, uno se da cuenta de que era la opinión de un hombre que escribe para ganarse la vida o para defender ciertas ideas.

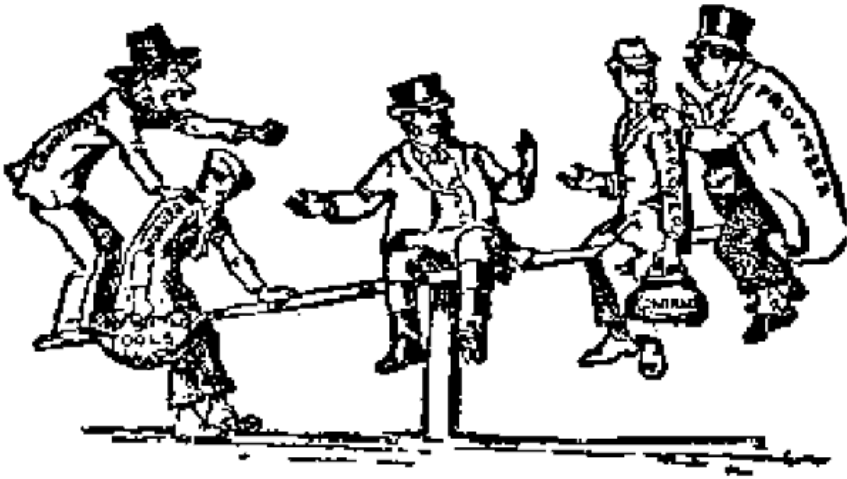
También hay escritores de prestigio que han estudiado cuestiones importantes y que aseguran haberlas explicado con claridad para quienes no tienen ocasión de profundizar en ellas. Pero incluso estos cometen errores o son parciales y tienden a pintar con bonitos colores lo que prefieren, así que no hay que fiarse por completo de ellos. Cuando escriben sobre una materia, conviene leer lo que ha dicho sobre el mismo asunto alguna otra autoridad igual de competente.

Existen además las serpientes que se arrastran por el suelo: individuos que se adueñan de uno con una conversación oportuna en la que exponen grandes ideas, o con el señuelo de clubes atractivos o de «hermandades» que suenan muy bien. Hay muchos así en el mundo, de modo que tened bien abiertos al menos un ojo, los dos oídos y todo vuestro entendimiento.

Cada uno de estos cuclillos o víboras persigue su propio fin al atrapar a los jóvenes que destacan. A veces ese fin es inofensivo, pero con más frecuencia esconde alguna mala intención.

El balancín

Las posturas extremas que la gente adopta sobre un asunto son los dos extremos de un balancín. Son los cuclillos que hacen ruido y atraen la atención de la bandada. Por suerte para las naciones, entre los dos extremos hay un grupo de hombres sensatos que no hablan fuerte, pero que piensan las cosas. A él pertenecen los trabajadores juiciosos, los patronos humanos y los benefactores públicos; en otras palabras, la ciudadanía honrada que procura que unos toleren a otros por el bien de la comunidad. Es el elemento sólido que mantiene el equilibrio entre los dos extremos.



Evolución y revolución

La verdadera evolución es un asunto de gran trascendencia, que afecta a todos los ámbitos de la vida pública y privada y que exige un estudio y un trato cuidadosos por parte de hombres desinteresados si ha de ser una bendición y no una maldición para el público en general.

Los hombres maduros, que han vivido lo bastante para darse cuenta de lo que pasa en el mundo, se sienten inclinados a preguntar a los extremistas qué pondrían ellos en lugar de los gobiernos actuales. Saben que el progreso en la buena dirección se produce constantemente y sin ruido, y que eso es la evolución, un desarrollo natural, porque una constitución nueva hecha a toda prisa nunca puede ser estable.

Los brotes tienen demasiada prisa.

Una vez viví con un misionero en un lugar insalubre de África occidental. Era el cuarto que ocupaba aquel puesto en cuatro años: sus predecesores habían muerto o habían tenido que retirarse a climas más sanos. Le pregunté si de verdad creía que su trabajo servía de algo, porque bastaba mirar alrededor para ver el poco efecto real que el cristianismo tenía sobre aquellos nativos a quienes se les había inculcado con tanto sacrificio. Me explicó que no esperaba ver resultados tangibles, pero que sentía que la buena semilla sembrada en la generación actual, aunque siguiera enterrada, iba echando raíces poco a poco y brotaría en la generación siguiente, para dar flores y frutos en las venideras.

Sin duda tenía el espíritu adecuado para la tarea que se le había encomendado. Si nosotros pudiéramos esa misma clase de espíritu en nuestros esfuerzos por mejorar las condiciones de nuestro país, probablemente los resultados serían, a la larga, mucho mejores.

Pero los extremistas suelen preferir exhibirse antes que trabajar en la sombra poniendo los cimientos.

Libertad de pensamiento

La libertad individual está bien mientras no perjudique al bien de la comunidad en su conjunto. Todo el mundo tiene derecho a sus propias opiniones, pero tiene que haber un límite.

Todos estamos de acuerdo con el socialismo verdadero y honrado en su empeño por acabar con las lacras de nuestra civilización actual, que existen en casi todos los países: lugares donde hay seres humanos condenados, sin culpa alguna, a vivir en la miseria y la mugre por culpa de una organización deficiente y de unas condiciones defectuosas. Todos creemos que cada ser humano puesto por Dios en este mundo debe tener la oportunidad de disfrutar de esta vida y sacarle el mayor fruto, sin verse

frenado por las circunstancias adversas, creadas por el hombre, que conducen a la pobreza.

Pero todo el trabajo de todos los cuclillos del mundo no pondrá fin a esa situación, como tampoco lo conseguirán todas las leyes que aprueben los parlamentos. Es una cuestión de buena voluntad y de cooperación entre todas las clases sociales para ayudar a nuestros hermanos más desvalidos a salir de su situación, sobre todo dándoles una educación adecuada que los encamine hacia el oficio que deban seguir, y formándoles el carácter.

Gobierno nacional

He estado en Rusia y en casi todos los países civilizados del mundo, y me parece que, para la felicidad del pueblo, no importa mucho que el país lo gobierne un rey o un presidente. De hecho, el presidente de los Estados Unidos tiene en sus manos más poder autocrático sobre su país que el rey de Inglaterra sobre Gran Bretaña.

Según nuestra constitución, el Rey no gobierna: solo mantiene al gobierno dentro de sus límites constitucionales. No tiene poder para declarar la guerra y, sin embargo, tiene gran autoridad para conservar la paz. No lo elige ningún partido político en particular, sino que sube al trono por sucesión, tras haberse formado para ello desde la juventud y sin interés ni aversión política alguna.

La principal objeción que se le hace es que un monarca le sale muy caro al Estado. Pero lo mismo ocurre con cualquier jefe de Estado de cualquier país; y en Gran Bretaña ni siquiera es así en realidad, porque el Rey tiene fondos privados propios y los utiliza.

En algunas repúblicas, el presidente lo elige su propio partido político; en otras llega a la presidencia por la fuerza de las armas, y en muchas

otras el presidente y su gobierno parecen estar en el poder solo para sacarle el mayor provecho mientras dure. También hemos visto subir al poder a dictadores en países donde el pueblo, dividido por sus diferencias internas, no formaba una nación con peso en el mundo. Donde esos dictadores han sido hombres de dotes excepcionales, han hecho una labor importante, disciplinando a su pueblo y consolidando su unidad nacional. Pero para alcanzar esa meta han tenido que restringir la libertad de sus súbditos.

En la Comunidad Británica de Naciones, nuestros diversos Estados se gobiernan a sí mismos democráticamente, por medio de políticos de su propio pueblo.

El trabajo en Gran Bretaña

En Gran Bretaña los trabajadores, además de formar un partido político, han sabido elevarse por sus propios méritos hasta constituir una institución nacional dirigida exclusivamente por hombres sinceros y con visión de futuro. Se han visto estorbados por los extremistas que, como chacales, han andado aullando a su alrededor e intentando recurrir a métodos más violentos. Pero son británicos, y eso es lo que los chacales, venidos en su mayoría de otros países, no entienden.

Hoy en día se fomenta en serio la educación de las nuevas generaciones, porque es necesario que tengan por igual instrucción y carácter si la mayoría de la población ha de poder disfrutar de la vida.

Por suerte, los dirigentes socialistas, igual que los que encabezan a los trabajadores, se dan perfecta cuenta de ello, como todos los que de un modo u otro han trabajado por su país y por sus conciudadanos. Sean cuales sean sus diferencias, todos están de acuerdo en este punto y lo consideran de primera importancia: la educación conduce a la ciudadanía.

Esto ya se está logrando gracias a la buena voluntad y la cooperación mutuas, dos cualidades que son la clave de la prosperidad y de la paz futura de nuestro pueblo.

Sin embargo, no está bien quedarse sentado esperando a que la universidad venga a uno, ni esperar que, una vez que haya venido, lo haga todo. Cada persona puede adquirir por sí misma una educación considerable si se decide a conquistarla.

Por eso he escrito este libro.

El cuclillo ambicioso

Como ya he dicho, además del peligro de dejarse arrastrar por los oradores rimbombantes, existe el de convertirse en uno de ellos.

Muchos, mientras son jóvenes, se creen grandes políticos, poetas, pensadores, oradores, artistas y cosas por el estilo. Yo también fui un auténtico cuclillo: como ellos, quería convertirme en un socialista de pura cepa o en un misionero devoto, y de momento llevaba una corbata verde con rayas rojas.

En el libro *Enchanter's Nightshade*, de J. B. Morton —que hay que leer si a uno le gustan las historias sobre la filosofía de la diversión, porque narra una deliciosa excursión a pie—, se cuenta lo que le dice un viajante de comercio a un excursionista con el que coincide en el camino. El viajante dice:

—Estoy contento con mi trabajo. Representa algo más que estar en un puesto del mercado voceando y alabando la mercancía, aunque a veces el puesto merece la pena verlo. Viajo mucho, veo sitios nuevos y conozco a mucha gente. No quiero estar metido en una jaula para hacer mi trabajo. Soy un viajero, y a menudo me olvido de la parte comercial. Algún día me despedirán, y entonces seguramente tocaré el piano en algún teatro. No

tengo ambiciones. Lo único que quiero es conocer la vida y vivirla hasta cierto punto.

—La ambición tiene su lado bueno y su lado malo —contestó el excursionista.

—¿Tiene usted ambiciones? —preguntó el viajante.

—Sí, las tengo —respondió el excursionista—. Y mis compañeros también. Todos queremos hacernos un nombre escribiendo.

El viajante sonrió como lo haría un padre ante un niño listo.

—Eso es solo una etapa —respondió—. Yo ya la he pasado. Me creía Paderewski: llevaba el pelo largo, nunca me cortaba las uñas, pasaba hambre, leía libros morbosos y suspiraba de amor. Pero he ido dejando atrás esa etapa a medida que me hacía mayor.

—¿Y ahora es usted feliz?

—Sí, lo soy.

Y tenía razón. El hombre que tiene la mezquina ambición de hacerse famoso o de destacar se está poniendo a sí mismo en el camino de la desilusión, unida a la envidia, el odio y la malicia contra quienes le sacan ventaja en la carrera.

La ambición de hacer el bien es la única que cuenta y la única que ayuda a alcanzar la felicidad. En cambio, la ambición personal de que a uno lo tengan por grande o por excepcional solo crea pedantes.

Por ejemplo, no es difícil convertirse en pintor futurista. Basta con hacerse con una colección de colores chillones, tener un punto de locura y combinar ambas cosas en un lienzo. Pero si uno está mínimamente cuerdo, no puede mantener esa actitud mucho tiempo: enseguida aburre.

Falta de sentido del humor

G. K. Chesterton señaló que el cuclillo medio no tiene sentido del humor.

«Pocas personas —dijo— parecen entender lo fantástico cuando se usa con lógica, según el principio de la *reductio ad absurdum*. Por ejemplo, un hombre dice que no debe existir la propiedad privada de ninguna clase, que no hay nada que un hombre posea que no deba compartir con los demás. Pero si se le responde: “Magnífico, ponga usted en práctica su propuesta comunista con su cepillo de dientes o con sus pantalones”, contesta que no hay que meter la burla en la discusión. Habría que replicarle que es él quien ha dicho un absurdo, quien ha hecho una broma; la diferencia está en que uno ve la broma y él no».

No penséis que he puesto este ejemplo para mostrar cierta parcialidad en política o en otros asuntos. Del lado reaccionario se dicen los mismos absurdos. Por ejemplo, cuando el compañero corriente del club o de la profesión le dice a uno con toda seriedad, como me dijo una vez un caballero en un club: «Yo siempre combato al enemigo con sus propias armas». A lo que le repliqué:

—¿Y cuánto tarda usted en picar a una avispa? —o bien—: ¿A qué saben los caníbales? —o alguna otra cosa por el estilo.

En casos así, el compañero del club dirá que eso es una fantasía, pero en realidad el fantasioso es él.

Falta de respeto

En *The Times* del 18 de febrero de 1922 se leía: «Lord Morley lamenta la decadencia que sufre el respeto en la democracia moderna, y lord Bryce,

en un trabajo publicado recientemente, expresa la misma inquietud, aunque cree que el respeto resucitará en el futuro. Esperamos que así sea. La petulancia, la vanidad y el cinismo vuelven a los hombres egoístas y desdeñosos. Se preguntan: “¿Quién podrá enseñarnos algo bueno?”, y como no encuentran respuesta en su cabeza, dejan de creer en la bondad. Cuando eso ocurre, el respeto desaparece, y con él queda destruida toda esperanza de progreso moral o espiritual».

Estoy de acuerdo con lord Bryce: el respeto puede revivir, y estoy convencido de que lo harán revivir los jóvenes que ahora empiezan a vivir. Os toca a vosotros resucitarlo.

Y ahora les toca a los «snobs»

El esnobismo es la causa del malestar social que hoy está dañando a las naciones. Vosotros, los jóvenes, podéis frenarlo si os lo proponéis.

Les corresponde a los mejor situados —a vosotros, que habéis tenido la suerte de recibir una educación mejor— tender la mano de la amistad y la buena voluntad a vuestros hermanos menos afortunados. Si sois caballeros, como decís ser, seguro que lo haréis. Me alegra de verdad creer que las mejores escuelas públicas y universidades ya están llevando adelante este programa, no con condescendencia, sino como hermanos, como hombres y como conciudadanos.

Vuestros hermanos mayores lo hicieron así durante la guerra para salvar al país: compartieron los sacrificios, y oficiales y soldados fueron camaradas.

Y vosotros, los jóvenes menos afortunados, pensaríais muy poco de vosotros mismos si otro equipo tuviera la suerte de ganaros un partido y os enfadarais con ellos y los tratarais mal. No lo haríais, porque sería muy

poco deportivo. Así que no seáis malos deportistas con un compañero que ha tenido la suerte de tener más dinero que vosotros.

Al fin y al cabo, es vuestro conciudadano y un hombre como vosotros. Y también tiene buen corazón. Parodiando a Chevalier: «Cuando llegas a conocerlo, te das cuenta de que es bueno, pero primero hay que conocerlo».

Cuando se juega al fútbol cuerpo a cuerpo, con todo el equipo vestido igual y todos cubiertos de barro de los pies a la cabeza, no hay mucha diferencia entre unos jugadores y otros. Vuestros hermanos mayores, ricos o pobres, de cuna alta o baja, se llenaban de barro por igual en las trincheras de la última guerra, compartían por igual los horrores, los peligros y la muerte, y ni siquiera ella los separaba.

Así pues, os toca a vosotros, los jóvenes de la nueva generación, pobres o ricos, continuar esa camaradería siendo buenos amigos. Si lo hacéis, conservaréis vuestro viejo país, el que ellos salvaron para nosotros.

Antes, quien no había tenido ocasión de recibir la educación de las escuelas públicas era mirado con desprecio por quienes sí la habían tenido. Pero creo que los alumnos actuales de las escuelas públicas son menos «snobs» en este sentido de lo que éramos los muchachos de mi época.

Hoy las escuelas públicas tienen clubes sociales y deportivos en beneficio de los menos afortunados, y procuran que sus miembros se conozcan mejor personalmente; cuanto más lo hagan, mejor será para ambas partes y para el país.

No basta con pagarles la cuota: también hay que darles la amistad. Los responsables deberían considerar este paso como un punto de suma importancia en la educación que hoy se imparte en las escuelas públicas. Y todo joven debería considerarlo parte del servicio a la comunidad al que está obligado.

Como ya he dicho en otra ocasión, la buena voluntad y la cooperación, tanto de los ricos como de los pobres, son la clave de la prosperidad de todos y de la paz del país.

El elemento humano

Una vez llevé conmigo a un elegante joven oficial de los Life Guards por los barrios del sureste de Londres, para enseñarle la otra cara de la vida de los salones y los clubes. Yo había conocido algo de aquella vida en mi juventud, en mis tiempos de fontanero, y pensé que verla podría resultarle educativo.

Y aquella visita resultó educativa para mí.

Para empezar, me gustó ver que no era tan snob como para presentarse con sus polainas de costumbre y todo acicalado. Cuando llegamos a una especie de club del barrio que yo no conocía, sacó una pipa vieja, pidió una cerveza y en pocos minutos ya estaba rodeado de varios tipos que se reían a carcajadas con las historias que les contaba.

Más tarde, de vuelta a casa, me perdí en aquel laberinto de callejuelas y acabé confesando que no había manera de dar con el puente de Waterloo. Él se puso enseguida al frente y dijo:

—Por este callejón.

Entonces comprendí que mi amigo estaba acostumbrado a frecuentar aquellos lugares. Tenía tantos camaradas por aquellos barrios como en los círculos de la «buena sociedad». Sabía apreciar a la gente por lo que valía y no por cómo vestía.

No era condescendencia: era, sencillamente, sentido humano. Y eso es «buena medicina» para cualquiera de nosotros, como dicen los pieles rojas.

Las «personas superiores» parecen creer a menudo que, si un hombre viene de una clase social distinta de la suya, no tiene corazón. A esa clase de «personas superiores» es a las que yo llamo «snobs».

El pedante extremista

Un pedante extremista es una persona que se deja llevar por la exageración. Con eso me refiero a soltar algo creyendo que es una idea brillante, cuando en realidad no es fruto ni del conocimiento ni de la experiencia.

Puede ser un discurso, un poema o un escrito en prosa. Expresar los sentimientos es algo bueno, pero cuando se lleva al extremo suele subirse a la cabeza e inflarla.

Muchos jóvenes, al llegar a los veintidós años, creen saberlo prácticamente todo y quieren que los demás lo crean también. A los treinta se dan cuenta de que aún les quedan una o dos cosas por aprender, y a los cuarenta están muy ocupados aprendiendo. (Yo tengo setenta y tres años y todavía estoy aprendiendo).

Los políticos, sobre todo los de ideas extremistas, suelen decepcionar a sus primeros partidarios a medida que envejecen. La razón es que, con el paso del tiempo, aprenden muchas cosas, la experiencia les amplía la visión y llegan a la conclusión de que sobre cualquier asunto hay más de un punto de vista.

Cuando era joven, solía tener ideas maravillosas y las escribía con un fervor poético que yo tomaba por inspiración. Cuando las releí más tarde, aquellas palabras no valían nada. Ahora acabo de recibir una carta de ocho páginas de un joven que, evidentemente, pasa por el mismo estado de ánimo. Habla de... bueno, es difícil saber de qué habla cuando dice lo siguiente: «Las personas como yo sufren porque vieron en el espíritu del Escultismo una religión y una poesía más dinámicas que mil sermones de

oro, promesas y leyes, y porque quisieron seguirlas a través de los valles de espinas de la conveniencia y de los mares de la intolerancia y la falta de imaginación que van y vienen de una orilla a otra en la psicología corriente de las multitudes».

¡Precioso!

Esto me recuerda al gran poeta Browning. Cuando le preguntaron qué había querido decir exactamente en uno de sus primeros poemas, respondió: «Cuando escribí ese poema, seguramente yo sabía lo que significaba, y Dios también lo sabía. Ahora solo lo sabe Dios».

Una vez oí a un oficial del Ejército de Salvación aconsejar a un grupo de emigrantes que estaban a punto de embarcarse hacia los Dominios de ultramar. Les decía: «Antes de que pasen muchas semanas desde vuestra llegada a vuestro destino, estaréis enseñando a aquella gente a hacer mejor su trabajo, y escribiréis a casa para contar a los vuestros que nunca habíais visto un país tan dejado de la mano de Dios ni una gente tan desgraciada. Mi consejo es que escribáis esa carta, pero que no la echéis al correo hasta seis meses después; y antes de enviarla, abridla: os daréis cuenta de la cantidad de disparates que escribisteis y os alegraréis de no haberla mandado».

Creo que este mismo consejo puede servir a muchísimos jóvenes que entran en el mundo, al parecer con el único objeto de escribir sobre ideas extremistas. Si guardaran esos escritos unos años y los releyeran después, sin duda los romperían antes de que nadie los hubiera visto.

Lo prudente es aprender primero y después dar rienda suelta al pensamiento. Así se piensa sobre bases firmes y no hay que arrepentirse más tarde ni romper lo escrito.

Autoeducación

La autoeducación es la salvaguarda contra la charlatanería

En los párrafos anteriores he intentado mostrar en qué consiste el escollo de la charlatanería: el escollo de dejarse llevar por mal camino por el reclamo del charlatán, o de convertirse uno mismo en charlatán.

Ahora voy a explicar cómo se puede sortear.

La educación es la gran salvaguarda.

Por educación no me refiero a un título académico elevado, sino a la educación de la mente y del alma. La primera te permite sortear el peligro; la segunda te eleva por encima de él. Si amplías tu pensamiento adquiriendo conocimientos más vastos mediante los viajes y la lectura, aprendiendo de la experiencia de otros y del estudio de la naturaleza, estarás a salvo de las trampas de los charlatanes. Y si fortaleces tu alma con ideales elevados, amor al prójimo, buena voluntad y servicio, nunca llegarás a ser un charlatán ni un presuntuoso, como los llaman en América, y descubrirás que te sientes mejor y más feliz.

Un pedante suele serlo porque cree que lo sabe todo, cuando en realidad le queda mucho por aprender. Intenta hacerse pasar por más inteligente que los demás apoyándose en su propia ignorancia. El filósofo Bacon dijo hace mucho tiempo: «Nada hace más daño al Estado que un tonto que pasa por listo».

Cuanto más viejo y más sabio se hace uno, más se le quita lo tonto y más ganas tiene de aprender. Hay que empezar por adquirir conocimientos y experiencia, que más tarde se pueden transmitir a los demás.

Cuando uno sale de la escuela, ha recibido, junto con el resto de su clase o de la multitud, una formación ajustada a una norma general. Pero

después de dejar la escuela, algunos hombres destacan, la mayoría se pierde en el anonimato y otros se hunden en el arroyo.

El éxito o el fracaso dependen mucho del propio esfuerzo. Quienes aprovechan lo aprendido en la escuela para seguir educándose por su cuenta son los que triunfan. Y para eso los libros y las conferencias son una gran ayuda.

Pero Ralph Parlette ha dicho: «Si me pusiera a repartir entradas gratis para una conferencia entre la gente que pasa por la calle, lo mismo me daría decirles “viruela” que “conferencia”. No tienen sitio donde meter una conferencia. No quieren pensar: van por la vida siguiendo su nariz, y siempre hay alguien que se la lleva por donde quiere. La amenaza de la democracia son los hombres que no piensan por sí mismos y que nunca aprenden a pensar bien, como aprenden a andar bien. Puede que el mundo esté preparado para la democracia, pero la democracia nunca será segura para el mundo hasta que los perezosos mentales se corrijan».

Hay perezosos y derrochadores mentales, igual que los hay físicos: personas que se dejan guiar por la prensa sensacionalista, por los oradores persuasivos, por la literatura barata y por el cine.

Los libros y cómo leerlos

Ya he dicho que los viajes, la lectura y el estudio de la naturaleza son los pilares de la autoeducación. Tomemos, por ejemplo, la lectura. Los libros que uno tiene a su alcance poseen un poder mágico: mientras otros se agobian y pierden la cabeza haciendo proyectos políticos y llevándose desilusiones, el aficionado a la lectura está sentado tan contento con lo que tiene. En cualquier momento puede, en alas de la imaginación, viajar a países lejanos llenos de historia, tener a su disposición las maravillas de la

ciencia, divertirse con buenas historias o acercarse a la belleza a través de la poesía.

Los libros son los mejores amigos que se pueden tener. Uno elige los que le gustan; puede contar con ellos siempre; le ayudan en el trabajo, en las horas de descanso y en las penas. Siempre los tiene a mano en su propia casa, en la cabecera de la cama.

No son muy caros, sobre todo si se van comprando poco a poco hasta formar una colección. Y si no se puede, siempre hay alguna biblioteca pública a la que acudir para conseguir un libro gratis.

Aun así, los libros propios son los mejores amigos y compañeros. Nunca hay que comprar un libro porque sea barato: los libros baratos a menudo son libros malos. Hay que hacerse siempre con lo mejor.

Quien está acostumbrado a leer ya sabe qué libros le gustan. Pero si no habéis leído mucho, aquí tenéis un consejo: empezad cuanto antes, que nunca os arrepentiréis, y empezad por algo que os interese.

Si lo que buscáis es instruiros, una enciclopedia de una biblioteca pública, como dice el profesor Adams, es una buena ayuda para hacerse una idea de un tema, y suele dar los títulos de otros libros que existen sobre esa materia en particular. Si se trata de leer por diversión, no os equivocareis empezando por libros como *La isla del tesoro*, de Robert L. Stevenson, o las obras de Julio Verne. Estas y las de Shakespeare son buenas lecturas, tanto para divertirse como para instruirse. *El bosque* (*The Forest*), de Stewart Edward White, y *El camino amigo* (*The Friendly Road*), de Grayson, son libros deliciosos sobre el Roverismo.

Pero no hay que leer por encima. Si se estudia lo que se lee, es decir, si de verdad se presta atención a lo que se está leyendo, se quedará grabado mucho tiempo y al final será mucho más útil.

Si se lee con intención de recordar, se recuerda.

Aquí tenéis un consejo de Bacon: «Leed no para contradecir ni para refutar, ni para creer y aceptar sin discusión, ni para hablar y pronunciar discursos, sino para pensar y reflexionar. Algunos libros hay que probarlos, otros hay que tragarlos, y unos pocos hay que masticarlos y digerirlos. La lectura hace al hombre completo; la conversación, al hombre preparado; la escritura, al hombre exacto... El hombre que lee poco necesita mucha astucia para aparentar que sabe lo que no sabe».

A mí me ha resultado muy útil apuntar en mi diario cualquier cosa buena que oigo o leo durante el día. Hoy hay personas que hacen lo mismo en un fichero de tarjetas por orden alfabético, porque así les resulta más fácil encontrar cualquier tema por su letra.

En cualquier caso, da buen resultado, después de haber guardado en la cabeza todo el buen material posible, tomar unas cuantas notas por escrito como recordatorio.

Pero leer sin un fin no es bueno: hay que equilibrar los conocimientos que dan los libros con el conocimiento práctico del mundo, de los hombres y de las cosas. Los viajes ayudan mucho en este sentido; pero un hombre observador y metódico puede aprender tanto de sus semejantes en un recorrido de un kilómetro como un atolondrado en uno de mil.

El provecho de viajar

Una vez paseaba por los muelles de Southampton cuando me llegó un olor a especias y a café que salía de uno de los almacenes del puerto. No pude evitar entrar a averiguar de dónde venía. El encargado me dijo que era un cargamento de Montevideo traído por los barcos de Río de Janeiro y del Río de la Plata. Al instante mi imaginación voló hacia un gran libro que había leído en mi juventud: el *Viaje del «Adventure» y del «Beagle»*.

¡La tentación era demasiado grande! Allí mismo saqué un billete para Sudamérica, aunque para hacerlo tuve que pedir dinero prestado.

Unas semanas después ya estaba en camino. El viaje, la variedad de personajes a bordo, los nuevos países que visité, lo que pude ver de aquellas gentes desconocidas y aquel ambiente nuevo, todo ello unido a la visita de las enormes pampas y de los gloriosos Andes, me amplió la mente y me dio ideas nuevas. En unas pocas semanas adquirí conocimientos que de otro modo solo habría logrado con años de estudio.

Aunque no se pueda ir de viaje, hay mucho que ver en el propio país y muchos aspectos de la vida que investigar, aunque sea viajando en bicicleta o a pie. En la propia ciudad o en el propio barrio, si no se puede ir más lejos, habrá algún monumento histórico, algún lugar o alguna persona que merezca la pena visitar o cuyas experiencias valga la pena escuchar. Los viajes de este tipo, hechos con el deseo de observar e investigar todo lo posible sobre las personas y las cosas, son un paso inestimable hacia la autoeducación.

David Grayson cuenta en *El camino amigo* (*The Friendly Road*) cómo dejó su granja para hacer una excursión a pie, sin dinero y sin un plan fijo, con el único objeto de empaparse de la belleza del campo y de conocer a otras personas para descubrir la bondad que había en ellas. Y resultó que encontró gran valor en el pastor del pueblo, compasión y sencillez en un millonario, un espíritu despierto en un granjero sin esperanzas y amplitud de miras en un orador socialista.

Menciono este libro no solo por su encanto y su interés, sino porque la aventura del autor es justamente un ejemplo de lo que cualquiera puede hacer si quiere educarse a sí mismo por medio de las excursiones. Es un método al alcance de todos, igual que el libro, que no está fuera del alcance de la mayoría.

Conozco también otro sistema de autoeducación que usan los estudiantes de las universidades de Canadá y de Estados Unidos. Los jóvenes que no tienen la suerte de contar con dinero suficiente para pagar la matrícula no dejan que eso les quite la esperanza de obtener una educación universitaria: durante las vacaciones de verano trabajan de camareros en los vapores que navegan por el río. Así ganan dinero suficiente para cubrir los gastos del curso y, al mismo tiempo, aumentan su conocimiento de los hombres y de las cosas, ocupando su tiempo libre en trabajar en vez de holgazanear.

Autoexpresión

Si una persona siente el deseo de expresar sus pensamientos e ideas por medio de la poesía, la prosa, la oratoria, la pintura o la escultura, hay que dejarle que lo haga. Solo le sugeriría que no intente, como hacen muchos, adoptar ideas extremistas hasta haber visto algo de mundo.

Expresarse bien es una virtud, y de las más excelsas.

Todo hombre tiene lo que se llama un «don» de alguna clase. Uno de vosotros puede ser artista o actor por instinto aunque trabaje en una tienda o en una carpintería; otro puede ser cantante aunque se gane la vida como mozo. En todos los hombres hay muchos «dones» ocultos. ¿Por qué se les llama dones?

Porque son una cualidad natural: un don de Dios. Por eso, quien lo posee debe usarlo para Dios, y la manera de hacerlo es emplear ese don en beneficio del prójimo. Que el canto o la actuación sirvan para alegrar a quienes están tristes, que el prestidigitador actúe para divertir y que el pintor abra los ojos de los demás a la belleza; que todos ellos pongan su talento al servicio del prójimo y no al servicio de sí mismos. Así harán un

trabajo grato a Dios, y no el de un charlatán, y encontrarán la verdadera felicidad.

La sugerencia de Prempeh para los jóvenes habladores

Tuve el honor —o quizá sería mejor llamarlo la diversión— de capturar al rey Prempeh, el soberano de los ashanti, en la costa occidental de África, cuando se excedió con los sacrificios humanos; pero esa es otra historia.

Solo lo menciono aquí para dar una sugerencia. Como monarca salvaje que era, estaba acostumbrado a decir lo que le venía en gana en el momento en que se le ocurría, sin pensar en las consecuencias. Si se enfadaba, perdía la cabeza sin que nada pudiera frenarlo, y por lo general el hombre que lo había enfadado también perdía la cabeza, aunque de otra manera.

Cuando lo capturaron, se dio cuenta de que en sus discusiones con las autoridades británicas tenía que hablar de otro modo. Si hablaba sin medir antes el efecto de sus palabras, podía decir cosas de las que luego se arrepentiría.

Así que hizo lo que muchos jóvenes impetuosos deberían hacer en una discusión, al menos en sentido figurado. Llevaba consigo una nuez grande, parecida a las nueces de Brasil, y se la ponía entre los dientes. Así, cuando sentía el impulso de decir algo inconveniente, tenía que sacársela de la boca, y eso le daba tiempo para reflexionar.



Otra lección que aprendí también gracias al rey Prempeh fue que, cuando uno tiene que imponerse a un adversario, no debe dar por hecho que ha acabado con él o que lo ha dejado fuera de combate hasta estar completamente seguro, porque puede que todavía esconda otra arma en la manga.

Me recuerda esta lección el gatillo de un fusil de chispa indígena que tengo ahora mismo sobre mi escritorio, y así es como la aprendí.

El rey, al darse cuenta de que podíamos arrestarlo, pensó en escapar de noche hacia la selva. Yo ya lo había previsto y le había tendido una emboscada, apostando a mis hombres a los lados del sendero que probablemente tomaría. Me escondí en una zanja unos metros por delante de ellos, de modo que pudiera ver recortarse contra el cielo la silueta de cualquiera que viniera hacia mí y dar la señal de capturarlo o de dejarlo pasar.

Al cabo de un rato apareció uno de los exploradores del rey, avanzando solo, de puntillas, con mucha precaución y en silencio. Al llegar delante de mí, se detuvo e intentó escudriñar la oscuridad. Algo le había hecho sospechar, y temí que diera media vuelta y fuera a delatar nuestra presencia.

Cuando lo tuve delante, a menos de un metro y de espaldas a mí, me levanté y me abalancé de repente sobre él.

Hubo una lucha intensa. Consiguió apuntarme al estómago con su arma, pero logré agarrarle el gatillo. El arma debía de ser muy mala, porque me quedé con el gatillo en la mano. Entonces nos abrazamos —y no precisamente con cariño— y rodamos varias veces el uno sobre el otro, hasta que mi asistente se metió en la pelea, como un tercer perro, y agarró a mi adversario por la muñeca justo cuando iba a clavarme el puñal en el hígado.



Como veis, tenía otro argumento para convencerme además de su arma de fuego.

Una vez conocí a un millonario que había sido payaso en un circo y que, aun después de haber amasado su fortuna, seguía trabajando en su fábrica en mangas de camisa. Era una bodega de uno de los países sudamericanos, y allí lo conocí. Me explicó que la razón de su éxito había sido empeñarse en producir vino puro de uva, en vez de los mejunjes químicos

que antes se vendían a aquella gente. Había aprendido esa lección en la pista del circo: allí se dio cuenta de que el público no se tragaba los chistes de segunda mano, sacados de los periódicos o de los libros de humor y recalentados, sino que pedía chistes originales y auténticos. Y con el vino pasaba lo mismo. Desde el momento en que empezó a producir una bebida pura, sin adulterar, le llovieron los pedidos y pronto se hizo rico.

En las escuelas públicas, en las universidades y en los clubes juveniles hay sociedades de debate pensadas para formar jóvenes políticos. Pero el peligro es que a veces lo que forman son pedantes, porque sus miembros no son más que imitaciones de políticos que hablan de lo que han leído u oído a otros, y no de lo que saben por sí mismos.

Un artículo de imitación no atrae a nadie. Muchos estadistas famosos empezaron su carrera a mitad de la vida, es decir, cuando ya habían visto algo del mundo y de la vida. Muchos políticos notorios empezaron la suya cuando todavía eran niños, en los clubes de debate, y nunca pasaron de ser pedantes. (Ojo: no es lo mismo ser famoso que ser notorio).

Pero sí, una vez adquirida la experiencia, uno se encuentra en situación de ayudar a su comunidad participando en la vida pública, tiene que formarse todo lo posible para desempeñar esa función. Como ya he dicho, es mejor ser estadista que político, es decir, trabajar por el bien de toda la comunidad y no solo de una parte de ella.

Un paso para conseguirlo es ser capaz de captar con facilidad las ideas y sus distintas facetas; otro, ser capaz de expresarlas con palabras. A los jóvenes que se creen con dotes de orador, lord Bryce les dio este consejo profundo, recordando el pasado: «Todavía veo a mi profesor en clase, de pie delante de mí, dirigiéndose a los muchachos, y de ahí saco esta conclusión: una vez que se tiene un buen argumento para seguir una línea de acción, un argumento bueno y suficiente, no hay que buscar otro, porque seguramente debilitaría el primero».

Para aprender a expresarse bien en público, no hay nada como participar en alguna obra de teatro. Da una formación práctica en la dicción y en establecer un contacto magnético con el público. Enseña a expresarse con la voz y con el gesto, y quita la presunción. Joseph Chamberlain me dijo una vez que debía buena parte de sus primeros éxitos a haber actuado en el teatro como aficionado.



El actor recibe la mejor formación posible en oratoria.

Escuchar

Después de haber dicho tanto sobre la oratoria, hay que recordar siempre el gran valor y el gran arte que hay en saber callar. A menudo uno siente la tentación de meter sus propias ideas en una discusión, pero en general es mejor estarse quieto y dejar hablar a los demás. Así se aprende. El que habla mucho suele delatarse ante el observador silencioso.

En todo comité hay hombres que son los que hablan y a los que apenas se presta atención. Es al hombre callado, el que solo habla cuando tiene algo importante que decir, al que se escucha. Es el que hace de esfinge.

«El hombre callado es el que suele sacar las cosas adelante».

Servicio

A medida que uno se forma en carácter y en eficacia, su meta constante no debe ser solo conseguir una posición o mejorar su situación personal, sino adquirir la capacidad de hacer el bien al prójimo y a la comunidad. Una vez que uno ha alcanzado una posición desde la que puede servir a los demás, ya se ha situado en lo alto de la escalera que conduce al verdadero éxito y a la felicidad.

El servicio no incluye solo esos pequeños actos personales de cortesía y bondad hacia el prójimo; esos son rectos y buenos, y son los que todo scout hace cada día. Pero lo que yo quiero decir es algo más elevado y más grande: el servicio al propio país como ciudadano.

Esto no significa, en general, querer convertirse en líder de los asuntos cívicos para imponer a los demás las propias ideas políticas, sino sencillamente ser una persona de confianza, un ciudadano útil al Estado en su conjunto, y no mirar solo qué es lo mejor para una parte concreta de él.

Rudyard Kipling muestra en *La gloria del jardín* (*The Glory of the Garden*) que en el servicio de la comunidad, en el bien común, hay un lugar para cada persona.

Una vez que uno ha visto, según sus dotes particulares, en qué puede ser útil, tiene que arrimar el hombro, exactamente igual que cuando juega para su equipo en un partido de fútbol. De hecho, un ciudadano servicial se parece mucho a un futbolista: primero se hace eficaz como individuo, para después poder jugar con eficacia en su puesto dentro del equipo.

Futbolista	Ciudadano
Cualidades individuales	
Interés, juego limpio, buen humor	Carácter e inteligencia
Buena respiración y musculatura	Salud y fuerza
Habilidad con el balón	Trabajo manual y habilidad
Cualidades colectivas	
Jugar para el equipo y no para uno mismo	Servicio a la comunidad

Si los miembros de un equipo no jugaran en el puesto que les corresponde; si uno pensara que es más divertido quedarse siempre al margen, otro prefiriera llevar el balón saltándose las reglas y otro se dedicara a dar puñetazos en el estómago a los contrarios, aquello dejaría de ser un partido de fútbol: se convertiría en anarquía y se acabaría el juego.

Servicio cívico

Lo mejor que uno puede hacer por su comunidad como buen ciudadano es participar en el servicio cívico. Me refiero a tomar parte en el gobierno

municipal, en los asuntos de la administración local. Pero para tener éxito hay que prepararse, igual que uno se prepara para correr una carrera o para aprobar un examen. Algunas personas se dedican a los asuntos públicos solo porque tienen el don de la palabra y una idea parcial de cómo debería llevarse el gobierno, aunque no tengan experiencia ni conocimientos reales de la materia; cuando lo que hace falta es un conocimiento sólido de lo que es la administración local, de sus fines, sus métodos y sus responsabilidades.

Hay un librito titulado *Ciudadanía (Citizenship)*, de Edward J. S. Lay (editorial Macmillan). Trata muchos de los temas de los que he hablado en este libro, y otros más, de forma sencilla, clara y accesible, con abundantes ilustraciones. Es un libro muy útil para cualquiera que empiece a estudiar la ciudadanía, e incluye temas como los salarios, el trabajo, el ahorro, la educación, la higiene, el gobierno, la Sociedad de Naciones, etcétera.

Al cumplir veintiún años uno se convierte en ciudadano con derecho a votar en las elecciones de miembros del Congreso y de presidente, así que hay que hacerse eficaz y estar capacitado para asumir esa responsabilidad y desempeñar el papel que a cada uno le corresponde en el gran juego de la ciudadanía.

Los primeros pasos para hacerse eficaz ya se han sugerido: son los que permiten esquivar los distintos escollos:

- Carácter e inteligencia.
- Trabajos manuales y habilidad.
- Salud viril, de mente y de cuerpo.

Y ahora viene una cuarta cosa: el servicio, es decir, jugar el juego como ciudadano.

En la educación de uno mismo es importante aprender la historia de la ciudad natal y del país, tanto la pasada como la presente. Mucho se puede aprender leyendo, pero más aún viajando y visitando lugares históricos. Pero para ser capaz de entender los asuntos públicos locales y ayudar en ellos hace falta aprender cómo funciona la administración local. Por ejemplo, hay que estudiar lo siguiente:

- Las juntas parroquiales: cómo se forman y cuáles son sus deberes con respecto a la iglesia y a otras materias.
- Las juntas de distrito urbanas y rurales, y su relación con las parroquiales.
- Los ayuntamientos: cómo se elige al alcalde y a los demás concejales, y cuáles son sus deberes en materia de higiene, escuelas, policía, bomberos, etc.
- Los consejos de condado: sus funcionarios, sus departamentos y sus deberes.
- Cómo se recaudan los impuestos, cómo se gastan, y lo relativo a licencias, educación, alumbrado, caminos, puentes, hospitales, orfanatos, bibliotecas, mercados, parques, abastecimiento de agua, alcantarillado, etc.

Congreso

Además del gobierno local, existen el gobierno del Estado y el Congreso local, para el que hay que elegir representantes del pueblo. Así, todo hombre mayor de 21 años tiene voz en la dirección del país.

Existe además el Congreso General, formado por dos Cámaras Legislativas, la Cámara de Diputados y la Cámara de Senadores, cuyos miemb-

ros también se eligen por votación popular. El Congreso tiene por objeto dictar las leyes a las que debe sujetarse la vida pública de la nación.

El Gabinete, o Consejo del Presidente, consta de varios miembros con funciones políticas y administrativas, y cada uno de ellos tiene a su cargo una rama del gobierno nacional: Gobernación, Relaciones Exteriores, Hacienda, Obras Públicas, Industria y Comercio, Agricultura y Ganadería, Defensa, Marina y Trabajo.

Estos ministros o secretarios de Estado los nombra el Presidente de la República y responden ante él, y él, a su vez, responde ante el Congreso.

Los miembros del Congreso y el Presidente de la República se eligen por votación secreta, y ocupa el puesto quien obtiene la mayoría de los votos.

El buen ciudadano debe estar preparado no solo para votar por la persona que de verdad garantice el bien de la comunidad, sino también para velar por la limpieza de las elecciones; es decir, para que se respete su voto y ocupen los cargos públicos quienes de verdad cuentan con la simpatía y el apoyo de la mayoría de la nación.

Falta gravemente a su deber cívico el ciudadano que no participa en las elecciones o que vota sin pensar antes en la trascendencia de su voto.

Hay que tener en cuenta, además, que no se debe votar por simpatía ni por lo que los candidatos prometen durante la campaña. El voto debe ser impersonal: debe darse a los miembros del partido cuyo programa sea una garantía de buen gobierno.

De ahí la necesidad de que todo ciudadano se afilie a un partido y, desde dentro, vigile que se adopte un programa de gobierno que atienda al bien común y que se elija bien a los candidatos que han de representar al partido, y por tanto al pueblo, en los cargos públicos. Así se puede votar en conciencia, conociendo no solo a los candidatos, sino también el prog-

rama que van a desarrollar y la solvencia moral del partido que los apoya y de los propios candidatos.

Una nueva república

Una vez, en una república recién establecida, estuve hablando con el verdugo mayor. Se lamentaba de que ya no hubiera pena de muerte, y le pregunté si era porque ahora se imponían largas condenas de prisión en lugar de la pena capital.

—Oh, no —me contestó—. Ahora somos una república democrática; ya no hay cárceles.

—¿Ya no hay delitos?

—Sí, todavía hay muchos.

—Entonces, ¿qué hacéis con los criminales?

—Los soldados se los llevan a las afueras de la ciudad y allí los matan.

(Por lo visto, para él eso no era una ejecución, seguramente porque estaba acostumbrado a cortar la cabeza a los condenados con un hacha).

—Pero ¿y los delitos pequeños? Supongamos que un hombre ha robado un pañuelo. ¿Qué hacéis con él?

—Se lo llevan fuera de la ciudad y lo matan.

(Más tarde supe que, cuando recalaba que los mataban, quería decir que muchas veces tenían que disparar varias veces antes de que el hombre muriera).

—¡Qué horror!

—¿Y qué hacéis con las mujeres que delinquen? Seguro que los soldados no les disparan hasta matarlas.

—Oh, no, no, eso no podríamos hacerlo.

—Entonces, ¿qué hacéis con las mujeres criminales?

—Esas me las mandan a mí y yo las corto en cien pedazos. Lo que hemos abolido es la pena de muerte para los hombres.

Esto ocurría en una nación joven que quería correr antes de haber aprendido a andar. Por desgracia, hay dos o tres naciones más que están deseando soltarse de las faldas de su madre para hacer más o menos lo mismo.

En otra ocasión, estando de paso por una república joven, supe que una tarde el jefe del gobierno descansaba tranquilamente en su casa de las tareas del día cuando fue a visitarlo el jefe del ejército, íntimo amigo suyo.

El general iba en visita privada y sin ninguna ostentación. Según dijo, iba a despedirse.

—¿Se marcha usted? —le preguntó el Presidente.

—Oh, no, yo me quedo aquí. Es usted quien tendrá que marcharse, porque mañana va a haber una revolución y me van a elegir a mí en su lugar en cuanto lo hayan asesinado a usted.

Así que, para evitar complicaciones, el Presidente se marchó.

Así se gobierna en aquellos lugares.

Mejor la sartén que el fuego

Cuando me ascendieron al mando de un escuadrón de mi regimiento, resultó que me dieron precisamente mi propio escuadrón, en vez de enviarme a otro.

En aquella ocasión, los soldados hicieron algo para lo que no tenían permiso: una reunión para celebrarlo. El sargento mayor, al dirigirse a mí en nombre de todos, dijo:

—Creemos que ha sido mejor así: tener al frente a un demonio conocido que a un ángel por conocer.

No estoy muy seguro de lo que quería decir, pero, en cualquier caso, debe aplicarse a esas formas extravagantes de gobierno que defienden los extremistas más recalcitrantes.

En cuanto a Gran Bretaña, nosotros preferimos un gobierno endemoniado pero conocido a uno de aspecto angelical al que no conocemos.

Política internacional

Al desarrollar nuestro patriotismo, no debemos olvidar el peligro de desvirtuarlo y convertirlo en un nacionalismo estrecho. Está bien sentirse orgulloso de su país, pero sin despreciar a los demás ni ponerlo en un pedestal más alto del que de verdad merece. El mejor patriotismo consiste en ayudar a que la nación crezca, sea eficiente y ocupe el lugar que le corresponde entre las demás naciones del mundo. Las dos últimas grandes guerras han demostrado algo que antes los pueblos ignoraban: que los países dependen unos de otros en sus tratos y en su comercio, y que el mundo solo puede prosperar y ser feliz con la buena voluntad y la cooperación de todos.

Un país puede tener las materias primas; otro, los medios para transformarlas; un tercero, la manera de darles el acabado adecuado, y un cuarto, la de utilizar esos productos. El algodón que se cultiva en la India se trabaja en Mánchester, se acaba en Bélgica y se usa en el África Oriental. Lo mismo ocurre en otros muchos ramos, incluidos los alimentos que se producen en un país y se envían a otro.

Gran Bretaña produce más carbón y hierro de los que necesita, pero no tiene suficiente carne ni maíz, de modo que intercambia sus excedentes con otros países.

Como hoy los países dependen tanto unos de otros, cuando estalla una guerra entre dos grandes naciones, estas arrastran enseguida a otras, y

así es como la mayor parte de Europa se ha visto envuelta en conflictos tan terribles. Han muerto millones de hombres. Naciones enteras se han arruinado y el mundo entero vive en un estado de desasosiego. ¿Y todo por qué? Por el asesinato de un austriaco a manos de un serbio. Después de una experiencia tan terrible, esperamos que en el futuro haya más seguridad y que mejores estadistas gobiernen las naciones.

La Sociedad de Naciones y el Tribunal Internacional de La Haya se crearon para evitar que esto vuelva a ocurrir, pero las sociedades, los tribunales y las leyes no valen nada si no cuentan con el apoyo sincero de los pueblos que están detrás de ellos. A los perros se les puede poner bozal y cadena, pero no habrá paz entre ellos mientras no sean buenos amigos y estén contentos. Los bozales no importan tanto; lo que importa es el carácter de los perros. Por eso, el deber de los ciudadanos de cada Estado es tratarse cada vez más unos con otros y sentir simpatía por los de otras naciones, interesándose por su historia y por su trabajo mediante el intercambio de visitas, etc. Cuando entre los ciudadanos de distintos países se haya establecido una buena voluntad mutua, una amistad personal, esa será la mejor garantía contra las guerras futuras.

Ya veis, pues, el campo tan amplio que se abre ante vosotros como ciudadanos, por humilde que sea vuestra posición.

A los 21 años ya tenéis derecho a llamaros ciudadanos. Pero os toca a vosotros merecer ese derecho y prepararos de antemano para ejercerlo y usarlo como es debido. Ese título os da la oportunidad de servir a la comunidad, que, como ya he dicho, es la base de la felicidad.

Para desempeñar cargos en favor del bien común, aunque sean de poca importancia, hay que estar preparado, lo que, una vez más, significa adquirir conocimientos, experiencia y práctica (véase el capítulo final).

Si después de todo esto descubríis que tenéis dotes para ello, tomad parte en los asuntos públicos.

Amplitud de criterio

Cuando yo sea primer ministro, haré obligatorio que, para que un hombre pueda ser elegido miembro del Parlamento, haya dado la vuelta al mundo al menos una vez y tenga una educación que le haya enseñado que todo asunto tiene dos caras. Además, deberá haber aprendido a ser jefe, lo que significa, para empezar, dominarse por completo a sí mismo y dejar a un lado las ideas y los intereses de su partido o de su clase en favor de un resultado más noble y de un bien mayor para toda la comunidad en el futuro.

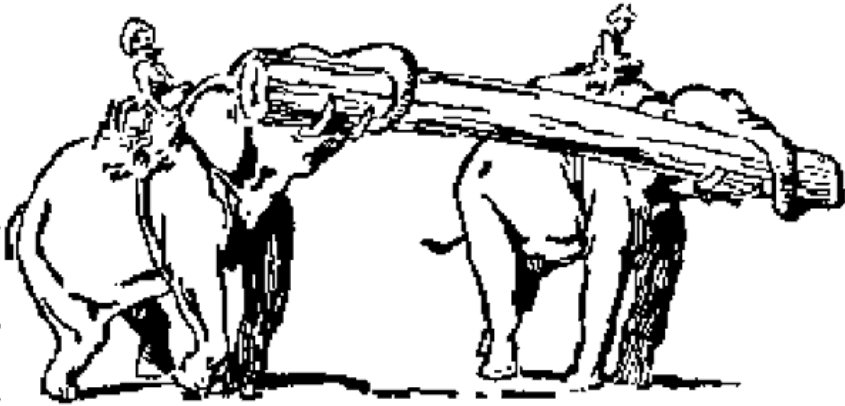
Así pues, al prepararos, tened en mente un objetivo recto. Si queréis dedicaros a la vida pública para haceros un gran nombre, conseguir un buen sueldo o una posición magnífica, no me ocuparé más de vosotros.

Eso queda fuera de mi propósito: os habréis metido en un grupo que avanza en la misma dirección que todos, lleno de celos, de odio y de malicia hacia los demás. Y lo que yo deseo para vosotros es felicidad, no política.

En cambio, si entráis en la vida pública con el humilde deseo de servir a la comunidad, de ayudar a la mayoría y de llevar por el buen camino a un número cada vez mayor de personas, entonces la cosa cambia. Vuestra recompensa no será vuestro progreso personal, sino ver cómo los que os rodean mejoran su nivel de vida gracias a vuestro trabajo. Y eso os dará más satisfacción que todas las condecoraciones y todos los premios que puedan amontonarse sobre vosotros.

Para capacitaros para el trabajo en equipo que exige el servicio como ciudadano, ya sea como simple trabajador o como jefe, haréis bien en educaros como os he sugerido: en primer lugar, desarrollando vuestro carácter y abriendo vuestra mente, sobre todo atendiendo a las dos caras de

cada asunto y defendiendo la justicia y el juego limpio; y en segundo lugar, practicando la buena voluntad tanto con vuestros adversarios como con vuestros vecinos, y tratando de comprender sus puntos de vista, ya que son vuestro prójimo.



Una lección de Birmania: solo la buena voluntad y la cooperación permiten transportar con éxito un tronco grande.

Si la mayoría de nuestros hombres y mujeres practicara de verdad esto, y también el ahorro personal que les permitiera disponer de tiempo para dedicarse a esta clase de trabajo, contribuirían en gran medida a que la cooperación y la buena voluntad sustituyeran a la fricción, que es lo que necesita la comunidad para prosperar y, a mayor escala, el mundo para vivir en paz.

Espero que, al leer esta disertación sobre los cuclillos, los peligros de este escollo y la manera de evitarlos, no penséis que este general retirado es otro ejemplar de cuclillo, cuya juventud queda ya muy lejos y que por eso se pone ahora a dar consejos sobre lo que los jóvenes deben o no deben hacer.

Puede que vosotros lo veáis así, pero lo cierto es que este viejo tiene un punto de vista distinto del de otros cuclillos: no tiene miras personales ni nada que perder o ganar. Solo lo mueve un gran amor por su prójimo y un recuerdo vivo de lo que vivió en su juventud, que le ha servido de lección. Todo ello le hace sentir una profunda simpatía por los jóvenes que empiezan a vivir. Su único deseo es ofrecerles algunas sugerencias sacadas de su propia experiencia que puedan serles útiles, prevenirlos para que no los engañen los tiburones traicioneros y ayudarlos a vivir una vida más amplia y feliz.

Puntos de meditación

Algunas máximas contra los malhumorados

- Tomarse demasiado en serio de joven es el primer paso para convertirse en un pedante.
- El sentido del humor os sacará de peligros y de muchas dificultades.
- Que vuestra ambición no sea «¿Cuánto puedo sacar de este trabajo?», sino «¿Cuánto puedo poner en él?».
- La ambición de hacer las cosas bien es la única que cuenta.
- La presteza alegre en el cumplimiento del deber es la mejor recomendación.
- El que se recomienda a sí mismo suele ser el que necesita recomendación.
- Recordad que no sois más que un ladrillo en el muro, o un jugador que debe hacer su parte en el puesto que le corresponde dentro del equipo.
- Un ciudadano equilibrado vale más que una docena de mentecatos.

- Muchos exigen sus derechos antes de habérselos ganado.
- La disposición a servir, y no a imponer, es lo que hace al buen socialista.
- La felicidad la consigue quien sirve a Dios a través de su prójimo.
- Salid de vuestro estrecho sendero cultivando vuestra mente.
- Nunca se fracasa tratando de cumplir con el deber; en cambio, siempre se fracasa cuando se descuida.
- No os conforméis nunca con él: tratad de saber el porqué y el cómo.
- La cortesía y los buenos modales no valen tanto por el placer que dan a quien los recibe como por la felicidad que dan a quien los ofrece.
- Las naciones tienen los gobiernos que se merecen.
- Jóvenes, Dios nos dio una lengua y dos orejas para que pudiéramos oír el doble de lo que hablamos.
- Saber esconder la propia inteligencia es señal de gran inteligencia (La Rochefoucauld).
- Notoriedad no es lo mismo que fama.
- Un barco, por grande que sea, puede dirigirse adonde quiera el timonel mediante un timón pequeño. Así también la lengua, siendo tan pequeña, puede decir grandes cosas (Epístola de San Juan, III).
- Solo hay dos clases de personas que nunca cambian de opinión: los tontos y los muertos (J. Russell Lowell).

Libros útiles

- *El arte de vivir en sociedad*, de L. P. Jacks.
- *Conservadurismo (Conservatism)*, de lord Hugh Cecil.
- *El movimiento socialista*, de J. Ramsay MacDonald (*).

- *Comunismo*, de H. Laski (*).
- *Los deberes y derechos de la ciudadanía*, de W. D. Aston.
- *El deber cívico*, de la Corporación de Estudiantes de México.

(*) Hay que leer precisamente aquellos por los que uno siente menos simpatía.

5. Irreligión



EL LADO OSCURO DE ESTE ESCOLLO ES EL PELIGRO DEL ATEÍSMO Y la irreligión. El lado luminoso, la comprensión de Dios y del servicio al prójimo. Una ayuda directa para conseguirlo es el estudio de la Naturaleza.

- **Irreligión**

- A los jóvenes se los intenta llevar al ateísmo.
- Predomina la irreligión.
- La religión es esencial para la felicidad.

- **El estudio de la Naturaleza**

- Salvaguarda contra el ateísmo.
- La obra de Dios en la Naturaleza desmiente el ateísmo.
- Conocer la Naturaleza es un paso hacia el conocimiento de Dios.
- La humildad y la reverencia son los antídotos de la hipocresía.
- Se pueden obtener por el contacto con la Naturaleza: en el mar, en el bosque, en las montañas.

- **El ser humano**

- No hace falta ir muy lejos para ponerse en contacto con la Naturaleza.
- La naturaleza humana y sus maravillas.
- El mundo microscópico.
- El mundo animal.
- La mente.

- **Lo divino**

- El alma.
- Todo esto lleva a comprender que Dios es Amor.

- Pensamientos guía de varias fuentes.
- Libros útiles.

Ateísmo

Hay muchos hombres que no tienen religión, que no creen en Dios: se les llama ateos. Solo en Gran Bretaña existen nueve sociedades de este tipo. Pueden tener las opiniones que quieran sobre el asunto, pero cuando intentan, como hacen siempre, imponer esas ideas a los demás, se convierten en enemigos de la peor especie.

Algunas de estas sociedades atacan directamente las creencias ajenas de forma muy ofensiva, y creo que, al hacerlo, en realidad hacen más bien que mal a las religiones que atacan, porque despiertan a la gente, que deja a un lado sus diferencias y se une para rechazar el ataque.



He aquí una muestra de los insultos gratuitos que dirigen a la religión cristiana. Es uno de tantos que han reproducido los periódicos en los últi-

«La ceremonia principal de los cristianos, conocida como misa o comunión, que consiste en comer la carne y beber la sangre de ese judío llamado Jesús, es una superstición chocante y degradante que sugiere un festín de caníbales, de donde probablemente procede.

»El cristianismo ha rebajado y pervertido en todos los sentidos las normas de la verdad. No es exagerado decir que ha corrompido el mundo con la falsedad».

Son de los insultos más indecentes que se pueden dirigir a cualquier cristiano que crea en su religión. Al mismo tiempo, son una llamada directa a pasar a la acción. Pero de esto no voy a tratar aquí.

Además de los antirreligiosos, hay muchas personas que, aunque no se oponen con violencia a la religión, no sienten especial interés por ella. En algunos casos nunca han aprendido nada sobre ella; en otros, no les ha parecido atractiva o no les ha inspirado, y la han dejado a un lado. Mark Twain decía que no le gustaba discutir de religión, porque trataba del infierno y del cielo, y él tenía amigos en los dos lados.

Por otra parte, en lo más profundo de la selva he conocido a personas que de niños no habían recibido en casa ninguna formación religiosa, pero que por sí mismas habían llegado a conocer a Dios a través de sus obras y de las maravillas con que ha dotado al mundo.

Esos hombres han llegado a la conclusión de que forman parte de esa maravillosa creación, pero dotados en mucho mayor grado que los demás animales, ya que tienen inteligencia, capacidad para apreciar la belleza y sentido del bien hacia sus semejantes, lo que significa llevar dentro algo del espíritu de Dios.

La mayoría de las religiones reconocen a un Dios Creador; sus diferencias están en el modo en que actúa la relación entre el Creador y el

alma humana.

Los cristianos creemos que Jesucristo vino a vivir entre nosotros para explicarnos y darnos a conocer que Dios es Amor, y que los sacrificios y ofrendas a Dios que practicaban en la Antigüedad las religiones supersticiosas no le eran gratos; que lo que Él desea es el sacrificio de uno mismo y el servicio a Dios.

La religión es esencial para la felicidad

Si uno se propone de verdad tener éxito —ser feliz—, tiene que evitar que lo absorban los charlatanes irreligiosos; es indispensable tener una base religiosa en la vida.

Esto no significa solo ir a la iglesia, conocer la Biblia y entender la teología. Hay hombres sinceramente religiosos que apenas conocen la Biblia y nunca la han estudiado. La religión, dicho en pocas palabras, significa:

1. Reconocer quién y qué es Dios.
2. Sacar el mejor provecho de la vida que nos ha dado, haciendo lo que Él desea que hagamos, es decir, preferiblemente, haciendo algo por el prójimo. Ese debe ser vuestro credo, no solo como tema de reflexión para los domingos, sino como algo que guíe vuestra vida en cada momento y en cada aspecto, todos los días.

Como medio para alcanzar estos dos puntos y evitar el ateísmo, os recomiendo hacer dos cosas.

Una es leer ese libro maravilloso y antiquísimo, la Biblia, que, además de contener la revelación divina, es una historia interesante llena de poesía.

La otra es leer ese otro libro maravilloso y antiguo, el Libro de la Naturaleza: ver y estudiar todo lo posible sus maravillas y sus bellezas, que están a disposición de todos los seres humanos.

Y, hecho esto, reflexionar para descubrir cuál es la mejor manera de servir a Dios mientras se disfruta de la vida que Él mismo nos ha dado.

El Libro de la Naturaleza

Lo que voy a decir aquí va dirigido a quienes no tienen religión o corren el peligro de caer en el escollo del ateísmo.

El ateo dice que está en contra del cristianismo y de otras formas de religión porque son supersticiones y no principios que guíen la vida. Sostiene que una religión que debe aprenderse en libros escritos por hombres no puede ser verdadera. Pero no parece darse cuenta de que, además de los libros impresos y de la revelación, Dios nos ha dado el gran Libro de la Naturaleza para que leamos en él, y ahí no podrá alegar que hay mentiras, porque los hechos son irrefutables.

Shakespeare habla de «sermones en las piedras, lenguas en los árboles, libros en los arroyos que cantan y bondad en todas las cosas». Bacon escribió: «El estudio del Libro de la Naturaleza es una verdadera llave para la revelación».

El Corán dice: «¿No veis que todo lo que hay en el cielo y en la tierra está al servicio de Dios: el sol, la luna, las estrellas y los montes, los árboles, las bestias y los hombres?».

Espero que no se me malinterprete: no sugiero que el estudio de la Naturaleza sea una forma de culto ni un sustituto de la religión. Lo que defiendo es que comprender la Naturaleza puede ser, en algunos casos, un paso para llegar a la religión.

Quizá este método atraiga donde otros han fracasado, sobre todo a quienes se inclinan al ateísmo, a quienes no tienen ninguna idea religiosa concreta o a quienes la tuvieron y la han dejado a un lado. Tal vez sea un camino nuevo que les ayude a reencontrar su religión. Las siguientes palabras de David Grayson describen lo que imagino que debe de ser la experiencia de mucha gente en nuestra época:

«Me he dedicado a la botánica durante los últimos cincuenta y cuatro años. De niño creía en Dios sin ponerlo en duda. Le rezaba imaginándolo como una persona que tenía delante de los ojos.

»Cuando crecí, llegué a la conclusión de que Dios no existía. Lo puse fuera del universo. Solo creía en lo que podía ver, oír o tocar.

»Hablaba de la Naturaleza y de las cosas materiales.

»Y ahora me parece que no existe nada más que Dios».

La Naturaleza como escalón para conocer a Dios

Durante la Gran Guerra, el obispo de Winchester hizo una encuesta entre unos cuantos capellanes militares, y el resultado mostró que una gran proporción de nuestros hombres tenía poco conocimiento o práctica religiosa.

He leído que en algunos casos la fe ha estado a punto de convertirse en superstición, y como remedio se propone que «el niño necesita algo tangible sobre lo que edificar su fe, porque de lo contrario se vuelve supersticioso. Ese era el resultado de intentar enseñar la religión sobre bases imaginarias». Por otra parte, sé que entre los jóvenes de hoy existe un deseo sincero de tener religión, conocerla y actuar de acuerdo con ella.

Durante la guerra supe de cientos de casos de soldados jóvenes que estaban deseando comprometerse a cumplir la Promesa y la Ley Scout como algo tangible en este sentido.

Hace poco me hablaron de un grupo de jóvenes trabajadores, unos treinta, que se habían hecho rovers y pidieron a su jefe que celebrara una reunión los domingos para enseñarles algo de religión. Es para personas como ellos para quienes espero que mis sugerencias resulten útiles. Tienen el espíritu, pero, cuando ya han empezado a darse cuenta de lo divino y del servicio que se le debe, necesitan la forma.

En el poema épico indio *Mahabharata* hay una leyenda sobre un sacerdote celoso que estaba descontento con la fe de uno de sus fieles. Cuando le reprochó su falta de religión, el hombre le explicó que había intentado con todas sus fuerzas tenerla, pero que se había dado cuenta de que la religión no estaba a su alcance.

Al oír esto, el sacerdote lo agarró y le metió la cabeza bajo el agua hasta casi ahogarlo. Con un esfuerzo enorme, luchando con todas sus fuerzas, el hombre logró soltarse y le echó en cara al sacerdote que lo tratara con tanta violencia. El sacerdote le respondió:

—Si en medio de las dificultades intentaras buscar la ayuda de Dios aunque fuera con la mitad del empeño con que has luchado por respirar bajo el agua, pronto la encontrarías.

Humildad y reverencia

El antídoto contra el ateísmo es la humildad unida a la reverencia, algo tan difícil de aprender como de enseñar. Dejarme daros un ejemplo de cómo se consigue mediante el contacto con la Naturaleza.

Temple Thurston contaba en uno de sus escritos que, mientras contemplaba un paisaje tan bello y magnífico, pensó: «¿Qué diría un hombre

de ciudad si lo trajeran de repente a este lugar y lo pusieran a contemplar una vista tan maravillosa?».

La sorpresa sería tan grande que probablemente soltaría alguna palabra gruesa, porque las palabras corrientes no bastarían para expresar lo que estaba disfrutando.

Pues eso es exactamente lo que le ocurrió a un soldado en la guerra de Sudáfrica. Después de una marcha larga y pesada, vio de repente el maravilloso panorama que se extiende al pie de un lugar llamado el Cantil del Diablo, en el Transvaal Oriental.

—¡Dios mío! —gritó—. ¡Y ha habido imbéciles que dicen que Dios no existe!

Aquella escena tan maravillosa se apoderó de una imaginación tan poco sensible e hizo brotar de sus labios una exclamación que, según Thurston, aunque fuera blasfema, por su propio contenido debía de resultar aceptable al Todopoderoso.

En cualquier caso, no es mala respuesta para los ateos.

Un marino es a menudo un hombre profundamente religioso gracias a su contacto con la Naturaleza, sobre todo si ha llegado a tener un barco a su mando. Cuando, en plena galerna, su barco asoma sobre una montaña de agua gris verdosa que muchas veces encierra la muerte, se da cuenta del poder y la magnitud de las fuerzas de la Naturaleza entre las que se abre paso con su nave.

De pie, solo en el puente de mando, dando órdenes para intentar salvar a los hombres que tiene a su cargo, no puede menos que sentirse a ratos en íntimo contacto con aquel Poder Sobrenatural del que dependen todas las cosas.

Ese contacto consiste sobre todo en reconocer y reverenciar un Poder superior al suyo. Se pone en manos de ese Poder y trabaja con confianza en colaboración con Él.

Las maravillas del bosque

Si no habéis viajado por las selvas de Brasil y del interior del África Occidental, difícilmente podréis imaginar la extraña sensación obsesiva que lo invade a uno mientras avanza con esfuerzo por aquel escenario, que desde el primer momento despliega la belleza y la maravilla de la selva tropical.

Hasta a las mentes menos sensibles les recuerda toda la gracia y la majestad de una catedral. Pero, a pesar de todo su atractivo, esconde algo de horror en su luz tenue y su vegetación enmarañada. Uno se abre camino a través de la maleza entrelazada bajo enormes árboles que no dejan pasar el sol ni el aire. Y todavía más arriba, las copas de las ceibas gigantes y de otros monarcas de la selva agitan sus melenas a sesenta metros del suelo.

Pero rara vez se ven esas copas mientras uno se abre paso entre ramas, raíces, hojas, enredaderas y arbustos. A medida que uno avanza día tras día, y quizá semana tras semana, por ese terreno agotador, su belleza se olvida a fuerza de repetirse y acaba convirtiéndose en un horror del que uno siente que no hay escapatoria ni alivio. Una depresión enfermiza se apodera de uno, y hay casos en que la melancolía y la locura se adueñan del caminante.

De noche, cuando uno se tumba en la oscuridad, en el suave silencio de la noche tropical, el bosque enmudece, pero aquí y allá se oyen multitud de vocecitas: el canto de los grillos, el croar de las ranas, la caída de las hojas, el murmullo de la brisa que juega entre las ramas sobre la cabeza. De vez en cuando, a largos intervalos, rompe la quietud el más impresionante de los ruidos de la selva: el estruendo y el crujido de uno de esos venerables veteranos, los árboles gigantes, que cede al peso de los años y cae de su orgulloso pedestal para no volver a ser visto jamás.

Hay un momento de tensión, como de respetuoso silencio, y luego las vocecitas de la selva vuelven a oírse.

El hombre parece estar fuera de lugar, parece un intruso: aquello es el ritmo de las plantas y de los insectos. Y, sin embargo, hay vida, una sensación de reproducción, muerte y evolución en gestación constante, que obedece a la misma ley que gobierna el resto del universo.

El hombre tiene camaradas de la Naturaleza entre las plantas y las criaturas de la selva.

Para quien tiene ojos y ve, y oídos y oye, la selva es al mismo tiempo un laboratorio, un club y un templo.

Solo en los Andes

Una mañana, en los Andes de América del Sur, salí solo antes del amanecer a escalar una montaña. La niebla fría del alba se hacía más densa por la profundidad del cañón del que partí, y los picos se amontonaban unos sobre otros contra el cielo, pero en una oscuridad que hacía difícil calcular distancias o alturas. A medida que subía, la luz del día iba aumentando poco a poco, y los riscos y las masas de roca se destacaban cada vez más. El aire era muy frío, transparente y quieto, y el silencio tensísimo que me rodeaba me oprimía. No se oía el murmullo de un arroyo, ni el piar de un pájaro, ni el susurro de la brisa. Solo había quietud. Pero no era una quietud de muerte; más bien parecía que todo aquello —las montañas y los valles, las crestas y las rocas— estuviera atento, esperando, aguardando la llegada del día. Casi parecía un sacrilegio romper aquel silencio con el ruido de mis pasos sobre las piedras.

La ladera que me rodeaba estaba desierta. A poca distancia, hacia arriba y delante de mí, estaba el horizonte hacia el que me dirigía y que siempre se alejaba. Al volver la cara, había otro horizonte parecido, solo unos

metros más abajo, que llevaba hacia la niebla que acababa de dejar. Un escritor que describió esta misma subida la comparó con una hormiga que intenta salir de un cuenco, y así es como uno se siente.

Por encima de las rocas que me rodeaban empezaban a perfilarse nuevas crestas de picos más altos, que parecían gigantes recortados con nitidez a la luz de la aurora, pero todos fríos e impasibles, observándome por encima de los hombros de sus vecinos más bajos. Yo era lo único que se movía en aquella inmensidad de rocas y crestas inmóviles. Me sentía un intruso en aquel dominio solemne.

Los estratos y la variedad de las rocas me hablaban de los miles de años transcurridos desde que la Tierra salió de su crisol.

Me sentía como un insecto diminuto en medio de aquella grandeza.

A medida que subía, cada vez me costaba más respirar, y la sensación de soledad y de pequeñez crecía en medio de aquel silencio intenso y bajo enormes jirones de cielo.

De repente, sobre una de aquellas crestas, vi un pico blanco verdoso de nieves perpetuas, claramente recortado contra el cielo, y después otro, y otros más por todas partes. Parecía como si los grandes gigantes de la cordillera, en cuyas paredes verticales jamás había puesto el pie el hombre, se hubieran levantado para observarme, fríos, austeros, silenciosos e implacables. Aquellas alturas asombrosas, el silencio espantoso, la soledad y la inmensidad, todo parecía querer aterrarme. No me sentía yo mismo. Me invadió un deseo enorme de gritar para romper aquel hechizo. Sin embargo, la voz humana más potente habría sonado allí como un esfuerzo débil, como el chillido de un pajarillo que oí una vez entre las inmensas ruinas del Coliseo romano.

Estaba a punto de cerrar los ojos cuando, de pronto, un resplandor extraño pareció descender sobre mí desde lo alto. Al mirar hacia atrás, por encima del hombro, vi qué era lo que me había dejado mudo. Uno de los

grandes picos, que un momento antes era de color gris azulado, brillaba ahora de repente con todo su esplendor en un tono naranja rosado, y sus partes bajas, con sombras opalinas violetas, azules y verdes. Toda la mole se recortaba perfectamente, con todo su contorno y sus detalles, contra el cielo oscuro.

A medida que pasaba la vista de un pico a otro, estos se iban tiñendo de rosa con la aurora radiante.

Sentía que aquello era demasiado para la mente de un pequeño mortal que invadía aquel lugar sagrado; era un atrevimiento presenciar cómo la Naturaleza se vestía con las galas de la mañana. Allí no había nada que uniera aquella escena divina con la vida humana que había dejado abajo, entre la niebla.

Me tambaleé, aterrado hasta el espanto ante aquel cuadro, y en ese momento, cuando más necesitaba el contacto con el mundo de los hombres, sobre el pico siguiente apareció ante mí una figura: la del Cristo Redentor.

No era la figura habitual de un cuerpo patético colgado de la cruz, sino un ser amable y grande, con las ropas ondeando al viento y los brazos abiertos en actitud de protección y de bienvenida.

Es una estatua magnífica, colocada con gran acierto para señalar la frontera entre dos grandes Estados, Argentina y Chile, como signo de paz; pero colocada con más acierto aún de lo que el escultor pudo imaginar, porque en aquel lugar es un eslabón tangible entre lo humano y lo divino: el eslabón que el mismo Cristo vino a traer a la Tierra.

Hace poco leí lo siguiente:

«En las montañas, donde solo se puede caminar, dormir y pensar, uno se convierte en algo parecido a un yogui.

»No sé por qué, pero nueve de cada diez hombres que viven a más de 500 metros de altitud son creyentes. Las montañas parecen hablarle a uno de eso.

»En la quietud de la noche se oyen sus voces; la inmensidad que lo rodea lo arrastra a uno. Más tarde, cuando el pensamiento se aleja de los cuidados y las preocupaciones inmediatas, el espíritu se expande y se abre a los amplios círculos de la conciencia. En las ciudades calurosas, donde los hombres viven amontonados, uno necesita agarrarse a algo: a un salvador personal, a una linterna sostenida por una mano firme y bondadosa, a una voz que consuela en la oscuridad. Pero aquí uno no busca: uno sabe. El yo se desvanece. Hay un propósito místico en la Naturaleza en el que uno participa, pero de lejos, no como individuo.

»Uno podrá soñar por su cuenta, pero no puede evitar formar un todo con las semillas de la hierba, con los pequeños cantos rodados y con los desheredados».

Las grandes cataratas

Abraham Lincoln, cuando se detuvo a contemplar las cataratas del Niágara, dijo: «Esto me trae a la mente el pasado brumoso: cuando Colón descubrió el continente, cuando Cristo murió en la cruz, cuando Moisés guio a los israelitas a través del mar Rojo; más aún, cuando Adán salió de las manos del Creador. Entonces, como ahora, el Niágara rugía aquí... Más viejo que el primer hombre, el Niágara es hoy tan fuerte y tan fresco como hace diez mil años. El mamut y el mastodonte vieron el Niágara, y desde entonces, hace mucho, muchísimo tiempo, ni un solo instante se ha secado, se ha detenido, se ha dormido ni se ha puesto a descansar».

John Wesley Hill escribe sobre lo mismo: «Estas reflexiones sobre el Niágara abarcan todo el tema de la Creación, la existencia de Dios, el

erio y el poder del universo, la historia, la redención y el destino del hombre... Porque este reconocimiento de Dios en la Naturaleza exige dar un paso hacia la realización de lo divino en los asuntos humanos».

Es muy cierto, y lo entenderéis si alguna vez tenéis ocasión de encontraros en el asombroso desfiladero que forman las cataratas Victoria, en el sur de África. Allí el Zambeze, con la mitad de anchura que el Niágara, despeña sus aguas desde trescientos metros de altura a un abismo oscuro.

Lejos de centrales eléctricas, tranvías y restaurantes para turistas, esta catarata poderosa impresiona todavía más la imaginación.

Su estruendo, que se oye a varios kilómetros de distancia, no ha dejado de sacudir el aire desde que el mundo existe. Las gargantas en zigzag, de trescientos metros de profundidad, que el río ha excavado a lo largo de sesenta kilómetros de roca sólida, muestran un proceso de desgaste no de miles, sino de muchísimos miles de años. Allí uno aprende algo sobre la pequeñez del hombre y de sus esfuerzos pasajeros, peleando y armando alboroto por cosas que no merecen la pena. Uno se da cuenta, pequeño e insignificante como es, de la grandeza que lo rodea y de que existe un creador: Dios.

La belleza de la Naturaleza

Muchas personas que viven en las ciudades nunca, o casi nunca, llegan a darse cuenta de la belleza de la Naturaleza. Sus ojos están acostumbrados a ver escaparates, anuncios y gente, y a seguir el lema de «la seguridad ante todo».

Pero quienes de algún modo han vivido en contacto con la Naturaleza y saben ver sus bellezas pueden, cuando van a la ciudad, encontrar allí jirones de ella, incluso en las callejuelas más estrechas.

Hubo una época de mi vida en que tenía que cruzar el puente de Westminster todos los días al amanecer y al anochecer, y casi no había día en que no me detuviera a contemplar, con un placer intenso, el espectáculo que formaban los colores grandiosos con que se visten la aurora y el ocaso, y los tonos gris perla y lila de las sombras difusas y las siluetas que allí dominaban gracias al humo del viejo y querido Londres.

Un hermano mío, que era pintor, llegó a trasladarse a Newcastle para pintar el humo y el vapor, que forman efectos maravillosos bajo la luz del sol y las nubes.

Las propias nubes forman cuadros, y a veces cuadros que invitan a reflexionar. Todavía llevo grabada en la memoria una puesta de sol que contemplé hace treinta años en la sabana sudafricana: un despliegue grandioso, como una entrada radiante que conducía a brillantes salones de oro, la puerta por la que pasan los que «se van al oeste».

¿Os ha sugerido alguna vez esa idea una puesta de sol?

El hombre que me acompañaba estaba rezando.

¿Por qué me gusta la pesca? No es solo por pescar. Disfruto lo mismo cuando pesco algo que cuando no pesco nada. Voy a pescar, no a coger peces. Es decir, lo que me atrae es el entorno.

Entre los pastos exuberantes de las praderas, con sus tonos dorados y su perfume de ranúnculos, y las sombras oscuras de los árboles, uno se siente a solas con la Naturaleza. El chirrido de los insectos, el murmullo del agua, el extraño tamborileo de la agachadiza, el martín pescador azulado: estos y otros camaradas de la Naturaleza se convierten en compañeros.

Pero hay otros escenarios además de estos. Shackleton pensaba de otro modo cuando dijo que el paisaje del campo no lo era todo:

«Eso está muy bien para un almuerzo de cordero asado con mantequilla, pero hay otra clase de paisaje que pone a prueba lo mejor del

alma humana. Es imposible describir lo que significa para un explorador que avanza entre la niebla por un terreno desconocido que, de repente, la niebla se disipe y se encuentre ante montañas que ningún hombre había visto antes».

Pues bien, en esto también estoy de acuerdo con él. Amo la belleza hogareña del campo inglés tanto como las vastas llanuras y las sucesivas cordilleras de Sudáfrica.

Amo los torrentes y los bosques espesos de Canadá; pero más me han impresionado la profundidad de los barrancos, la altura de los picos del Himalaya y la grandiosidad de sus crestas cubiertas de nieves perpetuas, que se alzan muy por encima del mundo, que jamás ha pisado el hombre y que llegan a lo más elevado, lo máspreciado, lo más cercano al cielo.



El Kanchenjunga

Excursionismo

«Con un palo de escoba por caballo uno puede ir adonde le venga en gana».

Quizá digáis: «Sí, pero ¿dónde voy a encontrar yo montañas, océanos y bosques? ¿Cómo voy a ver y comprender estas maravillas de la Naturaleza y su mensaje?».

Pues bien, casi todo esto podéis encontrarlo en vuestro propio país si dejáis la ciudad y sus afueras y os vais al campo, a los bosques y a las praderas, con la mochila a la espalda y el bastón en la mano, o llevando vuestra tienda de campaña, vuestra manta y vuestros utensilios de cocina, y, sobre todo, la libertad. Disfrutad del aire libre que Dios nos ha dado, preferiblemente de excursión, es decir, recorriendo el país a pie y llenando el espíritu de las glorias que ofrecen el cielo, la tierra y el mar; disfrutando de los colores tan variados del bosque y del campo, aspirando el perfume de las flores y del heno, escuchando la música de los arroyos, de los pájaros y del murmullo de la brisa, y familiarizándoos con los animales y sus costumbres hasta sentirlos camaradas suyos y «parte» del gran plan de la Naturaleza.



David Grayson escribe en *El camino amigable* (*The Friendly Road*): «De vez en cuando, estos «samuráis» tienen la costumbre de apartarse del resto de los hombres y, con la mochila a la espalda, marcharse al desierto o a las estepas del Ártico. Estoy convencido de que todo hombre necesita cambios así: una oportunidad de reflexionar y de ver la vida desde otro ángulo, de elevarse de nuevo hacia Dios. Pero ni las estepas del Ártico

ni el desierto son para mí. Yo prefiero el «camino amigable» y la gente que vive a su vera».

¡Cuánto me gustaría volver a ser rover y poder salir de excursión con uno o dos compañeros que piensen como yo y tengan el mismo paso!



«Excursión» traduce aquí una vieja palabra inglesa que aún sobrevive en muchos dialectos locales. Su significado es «caminar sin prisa».

El cuerpo humano como objeto de estudio de la Naturaleza

Además de los bosques y los campos, no hace falta ir más allá de uno mismo para empezar a estudiar la Naturaleza. ¿De dónde procede uno? De una pequeña semilla que forma el cuerpo humano, con su carne, sus huesos, sus músculos y su parecido con los padres, además de la fuerza y la voluntad para obedecer a la propia mente.

El cuerpo humano es un mecanismo admirable en todas sus partes. Fijaos en el ojo: es el aparato más delicado y maravilloso, más de lo que ningún hombre podría imaginar. Informa al instante a la mente sobre las cosas cercanas o lejanas, feas o bonitas, y sobre sus colores y formas. Lee estas páginas y transmite al cerebro los pensamientos de las palabras impresas, para que este los guarde y los use más tarde cuando haga falta.

Tocad este libro con un dedo y pensad qué acción tan sencilla y, sin embargo, qué maravillosa.

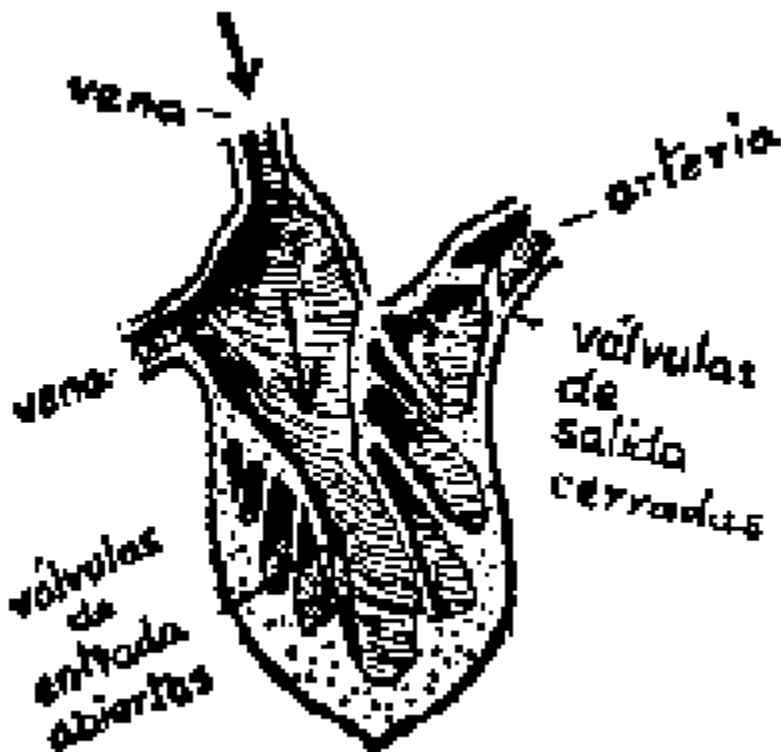
El ojo telegrafía al cerebro: «Ahí está el libro, a tal distancia», y el cerebro ordena a los músculos que muevan el brazo, la mano y, por último, el dedo para tocarlo. Los nervios de la punta del dedo telegrafían de vuelta al cerebro que han cumplido la misión, e indican si el libro está frío o caliente, si es áspero o liso, etc.

Preguntadle al ateo quién inventó y construyó esta máquina maravillosa; y no un solo ejemplar, sino millones en este mundo maravilloso, todos parecidos hasta en el detalle más insignificante, pero ninguno exactamente igual ni en mente, ni en cuerpo, ni en aspecto.

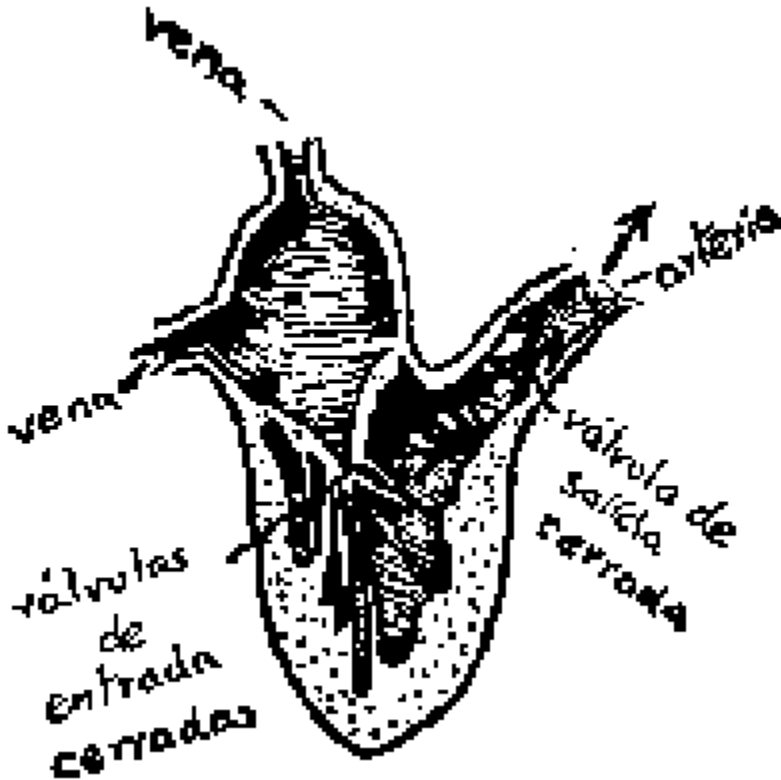
Poned el dedo sobre el pulso, es decir, sobre la arteria que pasa por la muñeca. Ahí notaréis la acción maravillosa de vuestra sangre, que, purificada y bombeada, corre sin parar por vuestras arterias.

Pensad en las arterias, repartidas por todo el cuerpo, que llevan la sangre a cada parte; después, ya impura, la sangre vuelve por las venas al corazón para que los pulmones la limpien con el oxígeno del aire.

Y todo este trabajo se hace de forma constante y regular sin el menor esfuerzo por nuestra parte; da igual que estéis dormidos o caminando: el corazón hace su tarea sin descanso.



Sección del corazón humano latiendo. El corazón abre sus válvulas para recibir la sangre de las venas.



El corazón cierra sus válvulas grandes para impulsar la sangre por una válvula pequeña hacia las arterias.

Si el corazón se pusiera en huelga y dejara de trabajar aunque fuera un minuto, morirías. Tiene sus hilos de telégrafo, los nervios, que le transmiten los mensajes del cerebro en el mismo momento en que vuestros ojos o vuestros oídos envían su mensaje al cerebro. Así, si en mitad de la noche vuestro oído os avisa de que alguien se os acerca sigilosamente con un cuchillo en la mano, el oído avisa al cerebro, el cerebro al corazón, y el corazón late con más fuerza.

Del mismo modo, si corréis o subís una cuesta, vuestro cuerpo necesita más sangre y vuestros pulmones toman más aire para renovarla, mientras el corazón trabaja con doble energía.

Le debéis mucho a vuestro corazón: vuestra salud y vuestra vida dependen de que cumpla su misión. Y, sin embargo, muchísima gente no piensa en lo que le debe.

Como muestran los dibujos, el corazón abre sus válvulas para recibir la sangre de las venas y cierra sus válvulas grandes para impulsarla por una válvula pequeña hacia las arterias. Este maravilloso mecanismo de válvulas funciona una vez por segundo.

No es bueno para el corazón forzarlo artificialmente para que sus válvulas trabajen más deprisa de lo que la Naturaleza exige. Si se le fuerza a menudo, las válvulas se debilitan y no pueden mantener la sangre en circulación como es debido, y eso provoca enfermedades. Por ejemplo, una persona bebe alcohol y hace que su corazón lata con más fuerza de lo normal; si sigue haciéndolo, el corazón se irá debilitando cada vez más.

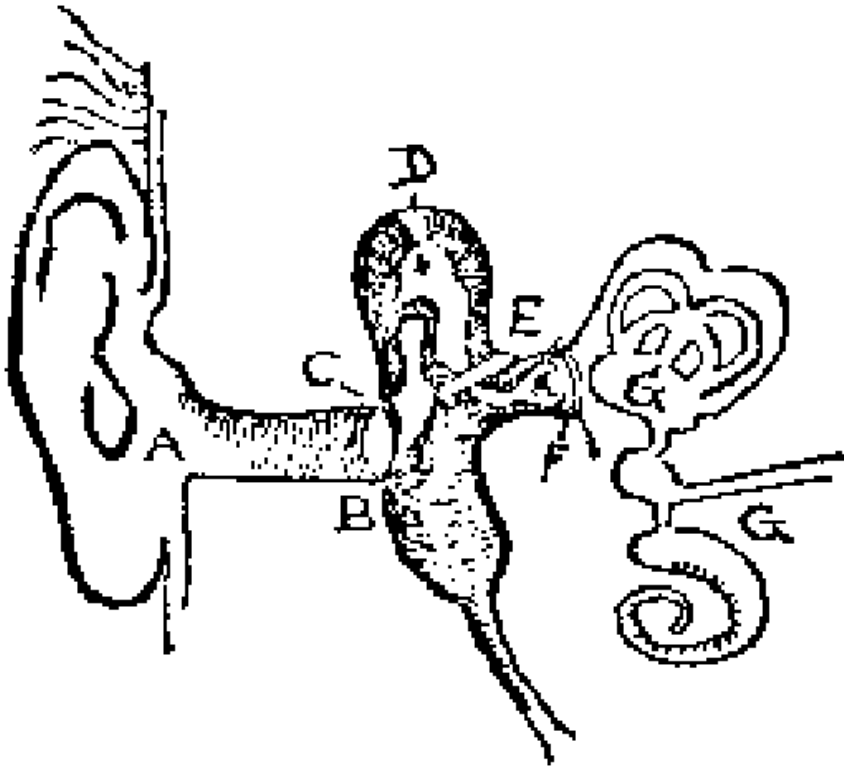
Lo mismo ocurre si una persona fuma demasiado, sobre todo en el caso de los jóvenes que aún están creciendo, cuyo músculo cardíaco todavía no tiene la fuerza necesaria para soportar ese esfuerzo.

Por eso, por fumar sin saber que perjudica al corazón, miles de muchachos arruinan su salud y su fuerza para el resto de su vida.

Lo anterior está tomado del libro *Vida y salud (Life and Health)*, del doctor Shelley, que deberíais leer si queréis tener una información completa, presentada de forma amena, sobre los distintos órganos del cuerpo y su funcionamiento. La verdad es que su lectura resulta agradable. Lo que sigue no lo dice él, pero yo puedo asegurarlo: muchos de los que destacan en la carrera o en el remo mueren jóvenes, enfermos del corazón, por el esfuerzo que hicieron en ejercicios practicados cuando eran demasiado jóvenes.

Pasemos ahora al oído. ¿Habéis visto alguna vez un modelo del oído humano y la maravillosa maquinaria que contiene, que, como un teléfono, envía los sonidos al cerebro?

Estudiar aquí en detalle este aparato maravilloso llevaría demasiado tiempo, pero este corte del oído os dará una idea de cómo es.



Sección interior del oído humano, instrumento maravilloso y delicado. El sonido entra por el conducto A y hace vibrar el pequeño tambor B; este, a su vez, hace que el martillo, C, golpee contra el yunque, D, y mueva el estribo, E, que golpea un segundo tambor, F. Abí hay una especie de caracol, G, lleno de líquido. Las vibraciones del tambor F agitan ese líquido, que, en la parte inferior de su tubo, toca una serie de pelillos. Al agitarse, estos tocan los nervios, que telefonan el sonido al cerebro.

Creo que, si cada persona estudiara un poco su propio cuerpo y cómo funciona, enseguida tendría una idea nueva del trabajo milagroso que Dios ha hecho en él, y se daría cuenta de que Él está constantemente activo en nuestro cuerpo y en nuestro cerebro.

Y cuando, como algunos de vosotros habéis visto, esos cuerpos maravillosos hechos por Dios, con todo su mecanismo complicado, bello y preciso, han quedado aplastados, destrozados o mutilados por bombas y granadas fabricadas por el hombre, en batallas ideadas también por el hombre con todas sus villanías, uno siente que la guerra tiene algo de malvado y de profano.

Fijaos en las líneas de la piel de la punta de vuestros dedos, con sus innumerables círculos y vueltas; tomad su huella en un papel con tinta y examinadla con una lupa. Conseguid que miles de personas hagan lo mismo y veréis que no hay dos iguales. Observad cualquier parte de vuestro cuerpo y su estructura maravillosa, su sensibilidad y cómo obedece vuestras órdenes. Entonces empezareis a daros cuenta de la maravillosa maquinaria viva que se os ha confiado para que la uséis como es debido, y sentiréis reverencia por vuestro cuerpo.

Naturaleza microscópica

Tomad una gota de saliva de la boca, ponedla en un cristal bajo el microscopio y veréis que contiene cientos de pequeños animales vivos, o gérmenes, de formas delicadas, parecidos unos a otros, dotados de vida y movimiento, y capaces de alimentarse y reproducirse.

Id al jardín o al parque más cercano y observad las plantas.

Coged una hoja de los miles que tiene un árbol y estudiadla con una lupa; comparadla con otras del mismo árbol o de la misma especie a miles de kilómetros de distancia. Todas serán exactamente iguales en forma y

textura y, sin embargo, cada una tendrá una diferencia pequeñísima que la hace única. Cada una tendrá también su propia capacidad para respirar y alimentarse, para sentir el calor o el frío, la salud o la enfermedad. Cada planta nace, crece, se reproduce y muere como cualquier animal de la Tierra.

Las posibilidades del electrón

¿Sabéis qué es un electrón? Es una partícula pequeñísima de electricidad que nos llega del Sol desde millones y millones de kilómetros de distancia. Es difícil describir lo pequeño que es.

Tomad un átomo: el átomo es la partícula de materia más pequeña que existe. Es tan diminuto que no se puede ver y, sin embargo, una burbuja de hidrógeno del tamaño de una letra de imprenta contiene varios millones de átomos.

Pues bien, un átomo es mil veces más grande que un electrón.

El profesor Arthur Thomson, que lo explica todo en *Esbozos de la ciencia* (*Outlines of Science*), muestra que, si un átomo se ampliara hasta el tamaño de la catedral de San Pablo, un electrón vendría a ser como una bala pequeña. Esto nos hace pensar que en este mundo hay un sinnúmero de cosas pequeñas de las que no nos damos cuenta y que, sin embargo, son maravillosas.

«Un electrón —dice sir William Bragg— solo puede mantener una existencia independiente si se mueve a más de mil kilómetros por segundo. De lo contrario, se adhiere al primer átomo con el que se cruza». Puede desplazarse a entre 16 000 y 160 000 kilómetros por segundo; dicho de otro modo, podría dar la vuelta al mundo media docena de veces en un segundo. Eso ya es una maravilla, pero más maravilloso aún es que los hombres de ciencia hayan podido descubrirlo. Y han ido más lejos: han averig-

uado que la septuagésima parte de un grano de radio produce treinta millones de electrones por segundo.

Tal es la inmensa cantidad de fuerza y energía que nos rodea. Se ha descubierto hace poco, y todavía no ha aparecido nadie capaz de dominarla para que el hombre pueda aprovecharla. El día que ocurra, las condiciones de vida serán enormemente distintas.

Hace unos años no sabíamos nada de la electricidad. Desde entonces se ha descubierto y se ha usado con resultados maravillosos. Ha hecho posibles multitud de cosas que nuestros abuelos habrían tomado por obra del demonio, como la telefonía y la telegrafía sin hilos; y, sin embargo, ahí están. El descubrimiento de los electrones demuestra que incluso las ideas de los últimos años sobre la naturaleza de la electricidad se han quedado anticuadas. ¿Quién puede predecir lo que se descubrirá en los próximos años?

Sir W. Bragg dice: «La energía atómica cubrirá nuestras necesidades futuras. Quizá pasen mil años antes de que podamos dominar un átomo, o quizá mañana tengamos ya las riendas en nuestras manos. Esa es la peculiaridad de la física: la investigación y los descubrimientos accidentales van de la mano».

¡Qué oportunidad tan espléndida para quien haga de los átomos, las moléculas y los electrones su afición! Podría llegar a ser uno de los mayores benefactores que la humanidad haya conocido jamás.

Las maravillas y los misterios de la Naturaleza no tienen límite. Ahí tenéis grandes oportunidades que se abren ante vosotros, los miembros de las generaciones futuras. Hay un material valiosísimo por estudiar; pero cuanto más estudiéis, más humildes os sentiréis ante la obra del Creador.

Naturaleza telescópica

Mirad al cielo. Un avión vuela muy alto, casi fuera de la vista. Pero ¿qué hay más allá, más arriba que el avión?

Un espacio sin límites. Observad de noche con un telescopio y veréis que esos puntitos que llamamos estrellas son soles inmensos, con planetas que giran a su alrededor igual que nuestra Tierra gira alrededor del Sol, junto con media docena de cuerpos semejantes, y que todos cruzan constantemente el espacio a grandes velocidades.

Muchas de esas estrellas están tan lejos que su luz (y ya sabéis lo deprisa que viaja la luz) tarda quinientos años, y a veces más, en llegar hasta nosotros. Una de ellas pudo haber estallado en tiempos de Enrique V, después de la batalla de Agincourt, y su luz todavía nos estaría llegando.

Cuando uno contempla los diminutos microbios y átomos que se ven por el microscopio y los vastos mundos que se observan por el telescopio, empieza a comprender lo que significa el infinito. Y si piensa que todas estas cosas, grandes y pequeñas, funcionan con un orden perfecto dentro de un plan inmenso —las estrellas recorriendo sus órbitas por el espacio sin límites; el nacimiento y el crecimiento de nuevos volcanes en la Tierra; la vida, la reproducción y la muerte, en ciclos constantes, de las plantas, los gérmenes, los insectos y los animales—, no puede menos que llegar a la conclusión de que tiene que existir una Mente, un Creador, que lo gobierna todo.

El mundo animal

La vida animal está ahí, al alcance de la mano, para que la estudiéis si queréis conocer mejor las maravillas de la Naturaleza.

Hay pájaros de plumaje maravilloso y de un mecanismo complicadísimo, con huesecillos que les permiten volar, con un ingenio enorme para construir sus nidos y con un instinto migratorio que los lleva cada año a recorrer medio mundo hasta lugares determinados. Ahí tenéis también las abejas, modelo de colonia socialista donde todas trabajan por el bien común, con una maravillosa división de tareas y un gran sentido de la disciplina.

¿Podríais haceros amigos de alguien que tenga un colmenar y os deje observar lo maravillosa que es su organización? Así veríais por vosotros mismos cómo las abejas recogen la miel y fabrican la cera a partir del polen de las plantas, mezclándolo con su propia saliva; cómo las constructoras forman con ella celdas exactamente iguales en forma y tamaño, ligeramente inclinadas cuando van a contener miel; cómo las obreras que la recogen de las flores llegan y las llenan para alimentar a la comunidad; cómo la reina pone sus huevos en las celdas de cría, donde las nodrizas alimentan a las recién nacidas; cómo las ventiladoras, colocadas en filas especiales, mantienen la colmena aireada con sus alas, y cómo las centinelas y las guardianas impiden la entrada a los intrusos.

La mente

Entre los animales grandes, sean salvajes o domésticos, focas o panteras, caballos o perros, se comprueba que todos son sagaces: todos tienen mente y memoria para dirigir sus facultades.

No solo la madre humana ama a sus hijos. La tigresa ama igualmente a sus cachorros, y la perdiz a sus polluelos.

También el macho protege a la hembra, ya sea un mono, un jabalí o un pez, y en eso son tan valientes y caballerosos como cualquier caballero de la Antigüedad.

He visto animales sacrificar su vida para proteger la de sus crías con tanto arrojo como cualquier soldado que defiende su hogar o su país.

Cualquiera que haya tenido perro sabe cómo defienden estos animales a su amo y sus cosas, incluso a costa de su vida, sin esperar recompensa alguna, solo por cariño.

Por sus actos se nota lo mucho que disfrutan expresando su afecto. Son felices cumpliendo lo que se les manda y haciendo pequeños trabajos para su amo.

El hombre también posee todos estos atributos: mente y memoria, valor y caballerosidad, afecto y felicidad, como los animales, pero en un grado mucho mayor. Y puede usarlos con mucho más provecho.

El alma

Como hombres, tenemos sobre los animales la capacidad de reconocer y apreciar las maravillas y las bellezas de la Naturaleza. Podemos admirar el esplendor de una puesta de sol, la belleza de las flores y los árboles, la majestad de las montañas, la luz de la luna y los paisajes.

Pero, además, podemos crear cosas, que es más de lo que los animales pueden hacer: muchos saben pintar, otros escribir poesía y otros hacer música. Eso es lo que tenemos de más que los animales para disfrutar de la vida.

De todo esto se deduce que de nosotros debe esperarse algo más que de un árbol o de un animal, cuyas facultades son limitadas; algo más que disfrutar del sol, como hacen ellos.

El hombre tiene inteligencia y la capacidad de usarla. Pero la desperdicia si no la usa o si la usa mal; por ejemplo, cuando, en vez de trabajar en el vasto universo que Dios ha creado a nuestro alrededor, nos dedicamos a

pelearnos con el vecino de al lado por alguna tontería de política o de creencias.

Y es curioso que en el mundo se haya discutido y peleado más por la religión que por ninguna otra causa. Más que curioso, es ridículo; pero es verdad que, cuanto más apreciamos nuestras propias creencias religiosas, más intransigentes nos volvemos con las ideas religiosas de los demás.

Olvidamos que todos somos hijos del mismo Padre y que nuestra tarea es cumplir Su Voluntad, aunque sea por caminos distintos.

Hay algo, sin embargo, que es seguro: Dios no es un ser de mente estrecha, como algunos parecen imaginar, sino un gran espíritu de Amor que bendice a todo aquel que de verdad se esfuerza por hacer el bien en la medida de sus posibilidades, de acuerdo con su conciencia y a Su Servicio.

Conciencia

¿Cuál es la mejor manera de servir a Dios con la inteligencia y las demás facultades que nos ha dado?

Si hay dudas, hay que consultar a la Conciencia, esa voz que Dios ha puesto en nuestro interior. Ella nos dice enseguida qué se espera de nosotros, que por lo general será ponernos al servicio de los demás con buena voluntad y generosidad. Los animales se pelean y gruñen («a los perros les gusta ladrar y morder, pues tal es su naturaleza»), pero no pueden elevarse hasta tener miras amplias, ser caritativos, ayudar a los demás y ser bondadosos. Los hombres, en cambio, pueden hacer todo eso si se lo proponen. Es decir, el hombre ocupa su verdadero lugar cuando ejerce, en el servicio al prójimo, el amor divino que lleva dentro.

Amor

En la India se ven con frecuencia faquires que, para cumplir una promesa, llevan un brazo siempre en alto y no lo usan jamás. Ese brazo se seca y acaba muriendo. Del mismo modo, la chispa divina del Amor que hay en todo hombre, si no se ejercita, se desperdicia y muere; pero si se pone en práctica, crece más y más, se fortalece y cada día se vuelve más vigorosa.

Servir es dejar a un lado el placer o la comodidad para tender la mano al necesitado. Si practicas el servicio a los demás día tras día, tanto en las cosas pequeñas como en las grandes, esa chispa de amor que todos llevamos dentro se va desarrollando y se hace tan fuerte que te conduce con alegría a través de las dificultades y las penas de la vida. Te elevas por encima de ellas, te llenas de buena voluntad hacia los hombres, y la Conciencia, esa voz interior, te dice: «¡Muy bien!».

Ese Amor es como la misericordia que describe Shakespeare, que tiene una doble virtud: es una bendición tanto para quien la da como para quien la recibe. El amor es «ese algo de Dios» que todo hombre posee: es el alma.

Cuanto más amor y caridad prodiga un hombre a sus semejantes, más desarrolla su alma.

El profesor Drummond, en su obra *La ley natural en el mundo espiritual* (*Natural Law in the Spiritual World*), sugiere que es ahí donde el hombre encuentra la oportunidad de alcanzar lo que se conoce como vida eterna: una parte de Dios. Es ahí donde encuentra la alegría de colaborar en la obra de Dios. Es ahí, desde luego, donde encuentra la felicidad celestial.

En todo esto no hay ninguna superstición, como insinúan los ateos. Son hechos al alcance de cualquier hombre, pobre o rico, que puede disf-

rutar de ellos siempre que siga el buen camino.

Un paso hacia ese fin es leer la Biblia y conocer la historia de lo que Dios quiere que el hombre haga, para después cumplir ese deseo con buena voluntad y ayuda al prójimo. Eso convierte al hombre en un ser mejor y lo guía sano y salvo alrededor del escollo del ateísmo en su viaje hacia la felicidad.

No penséis que con lo que he dicho en este capítulo intento convertirlos a una nueva forma de religión, porque no es esa mi intención.

Solo quiero que vosotros, los que leáis estas páginas, adquiráis una idea más profunda de la religión si no la tenéis, o si algún ateo está intentando arrebatarosla. Solo sugiero que a Dios se le puede conocer mejor estudiando la Naturaleza que a través de los libros. Lo he comprobado en muchos casos entre hombres de los bosques, marinos, soldados y exploradores que no tenían otra forma de entrar en contacto con la religión.

Si veis que este método no os ayuda, el siguiente paso será hablar con un ministro de vuestra religión, que os ponga en el camino correcto para conocer los verdaderos principios religiosos.

Pensamientos guía de fuentes diversas

Ser bueno está bien; hacer el bien está mejor.

Muchos celebran el nacimiento de Cristo, pero muy pocos siguen sus preceptos. Es más fácil guardar las fiestas que los mandamientos (Franklin).

El estudio del Libro de la Naturaleza es la verdadera clave de la revelación (Bacon).

La muerte y la resurrección de Cristo son una llamada a morir al pecado y resucitar a una vida nueva: en este mundo y ahora mismo.

Aunque vendierais todos vuestros bienes y los repartierais entre los pobres, si no tuvierais caridad, de nada os serviría. La caridad es paciente y bondadosa; la caridad no envidia, no se jacta ni se engríe, no obra con malicia, no busca su propio interés, no se irrita fácilmente, no piensa mal, no se alegra de la injusticia, sino de la verdad; todo lo soporta, todo lo cree, todo lo espera (1 Corintios 13).

Dios no es un amigo que solo se fije en nuestra práctica religiosa; al contrario, es una ayuda y un estímulo si lo vemos como un amigo bondadoso que se interesa igual por nuestros juegos, nuestro trabajo o nuestra afición a coleccionar sellos (*El corazón de un colegial, The Heart of a Schoolboy*).

La reverencia es garantía de liberarse de los malos juicios, de amistad hacia el prójimo y de veneración a los dioses (Marco Aurelio).

Puedo entender que un hombre que solo mira a la tierra sea ateo; pero no puedo entender que un hombre que levanta la vista al cielo en una noche serena pueda decir que Dios no existe (Abraham Lincoln).

Estudio de la Naturaleza

El estudio de la Naturaleza comprende:

- **Maravillas de la Naturaleza:** de los gérmenes microscópicos al infinito de la astronomía; la historia geológica del mundo; la evolución; la reproducción; el orden de la Naturaleza; la vida.
- **Espíritu de la Naturaleza:** el instinto y la vida animal; el amor de madre; la caballería masculina; la protección y la ayuda; el sacrificio propio por el bien común.
- **Bellezas de la Naturaleza:** forma, color, sonido y ritmo de la Naturaleza; la belleza en el arte; la expresión personal y el instinto en el arte

y en el teatro; el goce de la belleza; la transmisión de ese goce a los demás; la felicidad.

Todo ello conduce al Amor y a **Dios**, que está a nuestro alrededor y dentro de nosotros. Y el **servicio de Dios** significa, por tanto:

- Una reproducción sana dentro del plan de la Naturaleza.
- Disfrutar de la vida y dar felicidad a los demás.
- Amor desinteresado y servicio al prójimo.

* * *

El hombre que es ciego a las bellezas de la Naturaleza se pierde la mitad del placer de vivir.

Formad parte del equipo de Dios.

La Naturaleza es una escuela donde cada inteligencia aprende cosas distintas: uno expresará su visión de la Naturaleza con la poesía, otro con la pintura, pero todos con un Amor sereno.

Lord Avebury dice en su introducción a *Las maravillas del universo* (*Marvels of the Universe*): «Vivimos en un mundo maravilloso y bello; un mundo que es de suma importancia comprender, pues malinterpretarlo es peligroso, cuando no fatal. No hay animal ni planta que no compense, no digo ya una hora de atención, sino la dedicación de toda una vida. Muchas veces me ha apenado pensar cuánta felicidad desperdician mis semejantes por ignorar la ciencia. Quien está triste es porque quiere. Todo bosque, todo campo, todo jardín, todo arroyo, todo estanque está lleno de interés para quien tiene ojos y quiere ver».

Dos cosas llenan mi ánimo de un asombro siempre renovado cuanto más y más profundamente medito sobre ellas: el cielo estrellado sobre mi cabeza y la ley moral dentro de mí (Immanuel Kant).

Amarás al Señor tu Dios con todo tu corazón, con toda tu alma y con toda tu mente. Este es el primero y el más grande de los mandamientos. Y el segundo es semejante al primero: amarás a tu prójimo como a ti mismo. En estos dos mandamientos se fundan toda la Ley y los Profetas (Mateo XIII, 37).

Libros útiles

- *Año litúrgico.*
- *Vida de Cristo*, de fray Justo Pérez de Urbel.
- *La maravilla de la vida (The Wonder of Life)*, de J. E. Thompson.
- *Vida de Cristo*, de Remigio Vilaríño.
- *Cristianismo de cada día (Weekday Christianity)*, de P. B. Clayton y L. G. Appleton.
- *Vida de Cristo*, del P. Salgado.
- *Jesús de Nazaret (Jesus of Nazareth)*, del obispo Gore.
- *La historia más grande jamás contada (The Greatest Story Ever Told)*, de Fuller.
- *El Jesús de la historia (The Jesus of History)*, de T. R. Glover.
- *Ortodoxia*, de Chesterton.
- *Ensayos francos. Primera serie (Outspoken Essays. First Series)*, del deán Inge.
- *El plan de Dios (God's Plan)*, del obispo de St. Albans.
- *El Cristo de nuestra fe*, de Kusters.
- *La religión demostrada.*
- *Dios y el Grupo Scout abierto*, de J. Thurman.

Sumario



RESUMO EN POCAS PALABRAS TODO LO QUE HE DICHO EN LAS páginas anteriores.

Queréis tener éxito en la vida.

El éxito no consiste tanto en conseguir dinero y poder como en alcanzar la Felicidad.

Muchos jóvenes van a la deriva entre la multitud, a merced del azar, y nunca llegan a ser felices. Hay que ser activo, no pasivo. No hay que dejarse llevar por la corriente. Hay que seguir un camino propio, hay que remar la propia canoa; pero hay que tener cuidado con los escollos, y para evitarlos hay que cultivar ciertas cualidades.

Si os marcáis esa meta y tratáis de alcanzarla practicando estas salvaguardas, en vez de dejaros arrastrar por la corriente entre los escollos, conseguiréis el éxito y la felicidad.

Escollos (por la tentación de la multitud)	Antídotos (por el esfuerzo individual)
Caballos, apuestas, falsos deportes.	Aficiones activas. Ganar dinero.
El vino y otras formas de complacerse a uno mismo.	Dominio de sí mismo. Carácter.
Las mujeres: los peligros de una actitud equivocada y las bendiciones de la actitud correcta.	Caballerosidad y salud de mente y de cuerpo.
Extremistas en política. Irreligión, etc.	Servicio al prójimo por Dios.